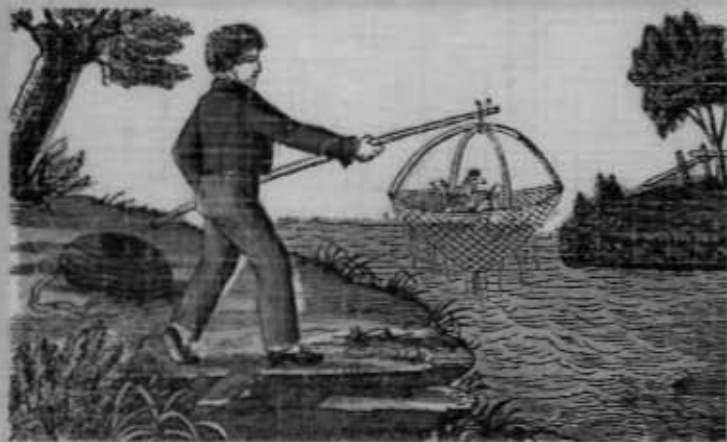


Josep Fontana

---

# LA HISTORIA DESPUÉS DEL FIN DE LA HISTORIA

---



225  
CRÍTICA

LA HISTORIA DESPUÉS DEL FIN DE LA HISTORIA

JOSEP FONTANA

## LA HISTORIA DESPUÉS DEL FIN DE LA HISTORIA

Reflexiones acerca de la situación actual  
de la ciencia histórica

CRÍTICA  
BARCELONA

La presente obra ha sido editada mediante ayuda de la Dirección General del Libro y Bibliotecas del Ministerio de Cultura.

## LA HISTORIA DESPUÉS DEL FIN DE LA HISTORIA

Reflexiones sobre el estado de la historia en el mundo actual

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cubierta: Enric Satué

© 1992: Josep Fontana Lázaro, Barcelona

© 1992 de la presente edición para España y América:

CRÍTICA (Grijalbo Comercial, S.A.), Aragón, 385, 08013 Barcelona

ISBN: 84-7423-561-8

Depósito Legal: B. 38.336-1992

Impreso en España

1992.—NOVAGRÁFIK, Puigcerdà, 127, 08019 Barcelona

¿El fin de la historia? ¿O tal vez el de la ciencia histórica? En el primer sentido, esta expresión se ha puesto de moda como consecuencia de un artículo de Francis Fukuyama publicado en 1989, cuya fama se debe ante todo a la orquestación que para su difusión organizó la John M. Olin Foundation, una institución norteamericana que invierte anualmente millones de dólares para favorecer un viraje a la derecha en la enseñanza de las ciencias sociales.<sup>1</sup> Reconvertido posteriormente en un libro, su ampliación ha servido para poner más en evidencia su vaciedad: se trata simplemente de una reelaboración más de la tesis de Hegel que contemplaba «el mundo germánico y las instituciones que comprende el estado europeo moderno como el fin de la historia»;<sup>2</sup> viejas ideas recicladas re-

1. El artículo original apareció en el verano de 1989 en *The National Interest*; la primera traducción castellana, en *Claves*, 1 (abril de 1990), pp. 85-96. Sobre los orígenes y la «financiación» de su difusión: J. Wiener, «Dollars for neocon scholars», en *The Nation* (1 de enero de 1990), pp. 12-14. (La fundación a que me refiero es la misma que financia a François Furet, debelador de la Revolución francesa, con una subvención de unos 50 millones de pesetas.) Como era de esperar, ante la publicidad recibida, el libro de Fukuyama ha sido rápidamente traducido al español (Barcelona, Planeta, 1992).

2. Las tesis de Hegel, enunciadas en primer lugar en *Filosofía del derecho* (341-360), se desarrollan sobre todo en las lecciones de *La razón en la historia*. La cita que se hace es de Raymond Plant, *Hegel. An introduction*, Oxford, Blackwell, 1983/2, pp. 233-234.

petidamente desde que Kojève las volvió a poner en circulación en los años treinta, mezcladas ahora con gotas de Nietzsche para componer lo que se ha calificado de «libro de rezos hegeliano» para el conservadurismo norteamericano, mientras un crítico se pregunta: «¿Por qué una obra de tan evidente mediocridad ha obtenido tanta atención pública? ... ¿Por qué un editor ha podido emplear tanta energía y capital para lanzar un libro tan pueril y de tan escaso interés?».<sup>3</sup>

En el segundo sentido —o, cuando menos, en una forma ambigua que implica el primero y, sobre todo, el segundo—, encontramos la expresión como título de una secuencia de artículos publicados en la revista británica *History Today*, que se inició con uno de Christopher Hill titulado «¿Funerales prematuros?», donde, refiriéndose a tópicos como «la muerte del marxismo» o «el fin de la historia», afirmaba que «tal vez los habitantes del Tercer Mundo no estén tan seguros de que la historia se haya acabado».<sup>4</sup>

Las reflexiones que expongo en este pequeño volumen no tienen la pretensión de resolver el problema —o, mejor, los problemas—, sino que aspiran, simplemente, a ayudar a quienes se interesan por el estudio de la historia, y muy en especial a quienes se dedican a su enseñanza, a

3. La primera cita es de Alan Ryan, «Professor Hegel goes to Washington», en *The New York Review of Books* (26 de marzo de 1992), pp. 7-13; la segunda, de John Dunn, «In the glare of recognition», en *Times Literary Supplement* (24 de abril de 1992), p. 6.

4. En *History Today* (abril de 1991). Desde entonces hasta marzo de 1992 han aparecido otros dieciocho artículos, no siempre coincidentes con las opiniones de Hill, como era de esperar, dada la ola de conservadurismo —o, por lo menos, de prudencia— que invade unas universidades británicas amenazadas de desguace por las restricciones presupuestarias.

orientarse en el laberinto de corrientes que ha venido a reemplazar aquel mapa tan claro de nuestro territorio que hace pocos años solía dividirse en dos o tres continentes: la historia «marxista», la académica conservadora y alguna supuesta «tercera vía», como la escuela de las *Annales*.

El punto de partida de esta reflexión debe ser el fracaso de las expectativas que se habían depositado en formas elementales y catequísticas del marxismo como alternativa a la enseñanza y la investigación tradicionales. A quienes piensan que esto es, simplemente, una consecuencia del hundimiento político y económico de los países del Este europeo y de la Unión Soviética —esto es, a quienes confunden el curso de la historia con el de la ciencia histórica—, les conviene recordar que ya hace mucho que quienes nos dedicamos a enseñar habíamos descubierto, por nuestra cuenta, que reemplazar la vieja historia de reyes y batallas por la no-tan-nueva de los modos de producción no nos había permitido mejorar y hacer más vivo nuestro trabajo, aproximándolo a los problemas reales de los alumnos y de su medio, y que nos estábamos planteando estos problemas mucho antes de que se produjera la reciente oleada «revisionista».

No entraré ahora en el análisis de las razones que explican el triunfo, primero, y el previsible hundimiento, después, del «marxismo catequístico», porque lo que me propongo es, precisamente, examinar qué ha pasado *después del fin*,<sup>5</sup> por lo cual comenzaré a partir del mismo fracaso.

5. Omito también, por ello, el análisis de la lucha renovadora que historiadores educados en el pensamiento de Marx venían haciendo contra el marxismo catequístico y contra sus derivaciones, como el llamado «estructuralismo marxista».

so, ya que ha sido el descrédito de unos esquemas elementales que proporcionaban a muchos historiadores un marco de referencia para situar su trabajo lo que ha conducido al estado de desorientación presente.

No se había llegado entre nosotros a extremos de suspensión del sentido común como el de Abimael Guzmán, el llamado «presidente Gonzalo» de Sendero Luminoso, quien, según me contaban quienes habían sido sus discípulos en la Universidad de Huamanga, en Ayacucho, les enseñaba que no habían de preocuparse por resolver intelectualmente ningún problema que se les plantease, incluso en su vida cotidiana, puesto que leyendo atentamente las obras de Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao Tse-tung encontrarían en algún lugar la respuesta que necesitaban.

Pero si esto resulta grotesco, y puede tranquilizarnos no haber llegado a tanto, conviene no echar en olvido que prácticas que se consideraban normales y admitidas entre nosotros, como las discusiones escolásticas acerca de la revolución burguesa —un concepto, por cierto, que no se hallará como tal en las obras de Marx, y que procede de los elementos con que la historiografía burguesa del siglo XIX quiso componer una legitimación de la sociedad que estaba construyendo—, nacen de la misma raíz y son igualmente ajenas a la forma de concebir la historia que tenía el hombre que en 1879 afirmaba que no podía acabar de escribir el volumen segundo de *El capital* hasta que concluyese la crisis económica que estaba atravesando Gran Bretaña, porque necesitaba reajustar el análisis teórico «observando el curso actual de los acontecimientos».<sup>6</sup> Lo

6. *Marx Engels Werke*, 34 (Berlín, Dietz Verlag, 1973), pp. 370-375.

cual viene a ser exactamente lo contrario de lo que hacían los cultivadores de nuestro «marxismo ortodoxo», que hubieran denunciado al Marx de 1879 como un vulgar positivista.

Este pseudomarxismo —para entendernos emplearé en lo sucesivo «marxismo» y «marxista» para referirme a estas formas escolásticas, y «marxiano» y «marxismo crítico» para el pensamiento personal de Marx y para aquellas tendencias que lo reflejan más fielmente—, que ha sido denunciado por su reducción al «cientifismo»,<sup>7</sup> implicaba una utilización petrificada, fosilizadora, de los conceptos marxianos (con frecuencia de la simple terminología, y no siempre bien entendida) que se ha calificado como una forma de fetichismo, reclamando la vuelta a una consideración «histórica» de los conceptos, que es la propia de Marx,<sup>8</sup> cuya capacidad para repensar y corregir los esquemas, incluso algunos que se consideran erróneamente como integrantes de una parte fija y esencial de su «sistema», resulta evidente del estudio de sus reflexiones sobre «el caso ruso»,<sup>9</sup> que nos permite advertir que posiblemente había superado la visión unilineal de la historia que el «marxismo» posterior codificó en la sucesión única de los modos de producción.

7. Véase, por ejemplo, Francisco Fernández Buey, *Contribución a la crítica del marxismo cientifista*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 1984.

8. Derek Sayer, *The violence of abstraction. The analytic foundations of historical materialism*, Oxford, Blackwell, 1989, pp. 126-149.

9. Véase, sobre esto, el espléndido libro de Teodor Shanin, ed., *Late Marx and the Russian road. Marx and the «peripheries» of capitalism*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1984 (hay trad. cast.: *El Marx tardío y la vía rusa*, Madrid, Revolución, 1988).

Frente a esta reivindicación posible y lógica del pensamiento marxiano —entendido como un método y no como un sistema de interpretación completo y cerrado— encontramos en un pasado inmediato intentos de recuperar el marxismo ortodoxo sobre nuevas bases, como el de Cohen<sup>10</sup> —contra el que se dirige esencialmente la crítica de Derek Sayer citada anteriormente—, o el más reciente de Wright, Levine y Sober,<sup>11</sup> que tratan de oponer alguna forma de razonamiento a la grosera irracionalidad del infinito número de críticos que se limitan a repetir que el fracaso de los regímenes del Este europeo «demuestra» la caducidad del pensamiento marxiano —lo cual es tan coherente como sostener que la crisis de las cajas de ahorro norteamericanas «demuestra» la caducidad del de Adam Smith— o contra los casos, todavía más pintorescos, que se ofrecen alegremente a «superar» lo que ni siquiera comprenden, integrándolo dentro de nuevos sistemas generales de pensamiento (o de algo que tiene tales pretensiones).<sup>12</sup>

10. G. A. Cohen, *Karl Marx theory of history. A defence*, Oxford, Oxford University Press, 1978.

11. Erik Olin Wright, Andrew Levine y Elliott Sober, *Reconstructing Marxism. Essays on explanation and the theory of history*, Londres, Verso, 1992, dentro de la línea del llamado «marxismo analítico», que se define como una fusión de filosofía analítica, *social science* empírica y análisis económico neoclásico con los objetivos teóricos y políticos tradicionales del marxismo (p. 3). En un tono semejante, pero con menor entidad, hay reivindicaciones bienintencionadas, pero más triviales, como la de Colin Moers, *The making of bourgeois Europe*, Londres, Verso, 1991.

12. Casos como el de Richard James Blackburn, *The vampire of reason. An essay in the philosophy of history*, Londres, Verso, 1990, citado sólo a título de ejemplo y no por su especial importancia, que tiene algunas ideas aprovechables, pero no precisamente nuevas, como su denuncia del error de los teóricos del progreso que formularon sus tesis en términos de un único modelo de sociedad, sin advertir que eso no surge precisamente de Marx, etc.

Pero de lo que quiero hablar, como he dicho al principio, no es del método de Marx (esto es, del método «marxiano») y de lo que queda de útil en él después de los feroces intentos de desguace a que hemos asistido, sino de la situación de desconcierto que ha producido este hundimiento de una vieja fe, que ha dado lugar a sorprendentes conversiones y que ha dejado desamparados a muchos de los que se sostenían arrimados a las andaderas del marxismo catequístico, a quienes vemos vagando como aimas en pena, buscando un nuevo arrimo, sin encontrar otro catecismo equivalente que les devuelva la vieja confianza y la perdida alegría, dedicados a probar con cada una de las nuevas modas que aparecen en el mercado.

Hay que comenzar aclarando que la primera reacción que suele suscitar la crisis de una fe es generalmente el escepticismo. Lo cual significa, en este caso, la desconfianza ante cualquier planteamiento teórico, que puede muy bien traducirse en formas de positivismo enmascaradas de posmodernidad, en un eclecticismo superficial o en una sensación de que lo que necesitamos es cambiar con frecuencia el bagaje metodológico, renovándolo de acuerdo con las modas de cada temporada.

Eso no ha sucedido ahora por primera vez. Algo semejante les ocurrió, por ejemplo, a quienes habían compartido la visión de la sociedad y del hombre del nazismo. Quienes se enfrentan hoy a un producto intelectual en apariencia tan abstracto como *Los dos cuerpos del rey* de Kantorowicz,<sup>13</sup> difícilmente adivinarán que este tratado de

13. Ernst H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, Alianza, 1985 (la edición original es de 1957).

«teología política» es el fruto del desengaño de un hombre que, siendo profesor de la Universidad de Frankfurt, en 1933, y previendo su próxima expulsión de ella, por el hecho de ser de origen judío, escribía al ministro de Educación de Prusia:

Creía que alguien como yo, que me alisté voluntario en agosto de 1914, que he combatido, durante la guerra y después de ella, contra los polacos en Poznan, contra la insurrección espartaquista en Berlín y contra la república soviética en Munich, no había de temer verse despojado de su cargo a causa de su ascendencia judía: creía que por los escritos que he publicado sobre el emperador Federico II Hohenstaufen no necesitaría garantía, pasada ni presente, para demostrar mis sentimientos en favor de una Alemania reorientada en un sentido nacional; creía que mi actitud fundamentalmente entusiasta hacia un Reich dirigido en un sentido nacional iba mucho más allá de la actitud común, determinada por los acontecimientos.<sup>14</sup>

De modo semejante podemos pensar que el escepticismo ante la interpretación del texto propugnada por Paul

14. Alain Boureau, *Histoires d'un historien. Kantorowicz*, París, Gallimard, 1990, el texto citado en pp. 24-25. Fue la hostilidad de los estudiantes nazis la que le obligó a pedir en 1933 un permiso temporal. Abandonó Alemania a fines de 1938, cuando otros judíos menos afortunados, como Bettelheim, estaban ya en los campos de concentración. El Kantorowicz desengañado que pasó a Estados Unidos se negó en 1949 a prestar el juramento que se le exigía en Berkeley —pese a que le hubiera sido fácil, con su biografía, demostrar que no era sospechoso de simpatías comunistas— en nombre de una libertad académica que no debía sujetarse a controles políticos. En Alemania, mientras tanto, instituciones académicas dominadas por historiadores se hicieron cómplices de los peores excesos del racismo, al «dar una legitimación científica» a su política (M. Burleigh y W. Wippermann, *The racial state. Germany 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p. 55).

de Man tiene mucho que ver con su amargo despertar de una cierta fe en el nazismo que la publicación de sus artículos periodísticos en los años de la ocupación alemana de Bélgica ha puesto en evidencia, más allá de toda duda y de cualquier posibilidad de «deconstrucción».<sup>15</sup>

El hundimiento del entorno ideológico en que se sostenía nuestro mundo puede dar también, en otros contextos, resultados parecidos de desconfianza. Citaré, para tomar un ejemplo que escojo deliberadamente de un campo muy distinto, aparentemente ajeno a la historia, el esfuerzo de análisis del lenguaje y del discurso realizado por el grupo de Oulipo, bajo la inspiración de Raymond Queneau, que me parece que tiene mucho que ver con la crisis provocada en Francia por la segunda guerra mundial.<sup>16</sup> Cuando uno se enfrenta a la obra literaria de Georges Perec, y en especial a *La vie. Mode d'emploi*, o a sus inaca-

15. La publicación de Paul de Man, *Wartime journalism, 1939-1943*, ed. W. Hamacher, N. Hertz y T. Keenan, Lincoln, University of Nebraska Press, 1989, desencadenó una polémica que condujo a la revisión de su vida y de su obra. Me volveré a referir a ella más abajo, pero quisiera adelantar que estoy de acuerdo con la visión de Denis Donoghue —en «The strange case of Paul de Man», en *New York Review of Books* (29 de junio de 1989), pp. 32-37—, quien se niega a considerar que eso signifique que la «deconstrucción» tenga algo que ver con el nazismo y concluye: «La relación que veo entre el periodismo de Man y sus escritos posteriores es la de un repudio. Repudió, en el segundo o "más alto" nivel, la sucia concatenación de prejuicios que en su juventud había tomado por sus convicciones».

16. Oulipo —«Ouvroir de Littérature Potentielle»— nació en 1960 y publicó su primer manifiesto, obra de François Le Lionnais, en 1962. Sus publicaciones esenciales se han reunido en los tres volúmenes de *La bibliothèque oulipienne*, París, Seghers, 1990. Una cómoda antología de sus trabajos en Oulipo, *La littérature potentielle*, París, Gallimard, 1973. Conviene tal vez señalar que en el hombre que fue su principal inspirador, Raymond Queneau, el análisis crítico del lenguaje no excluye una lúcida conciencia histórica, como puede verse en algunos textos de sus «Lectures pour un front» (en *Batons, chiffres et lettres*, París, Gallimard, 1965, pp. 172-173 y 210-211).

bados *53 jours*, debe recordar que su fundamento es esencialmente autobiográfico. Sólo que una biografía como la suya, que se inicia en la infancia con el absurdo horror de ver muertos a su madre, recluida en Auschwitz, y a tres de sus cuatro abuelos, igualmente deportados, no podía encauzarse ni por los caminos de la historia académica —que Perec había comenzado a estudiar y cuya vaciedad ha satirizado agudamente—<sup>17</sup> ni por los de la narración convencional. ¿Cómo verter en estos marcos, que presuponen la aceptación de la racionalidad del sistema establecido, y en especial de sus valores morales y sociales, una experiencia vital semejante?<sup>18</sup>

17. Georges Perec, *La vie. Mode d'emploi*, Paris, Hachette, 1978, pp. 25, 88-89 y 264-265.

18. C. Burgelin, *Georges Perec*, Paris, Seuil, 1988.

## EL RETORNO A LA HISTORIA NARRATIVA: UN INDICADOR DE PROBLEMAS Y UNA FALSA SOLUCIÓN

He citado precisamente la narración. Una de las modalidades de huida más frecuentes, y elementales, de quienes pretenden escapar del contagio de la teoría es la que se define a sí misma como un intento de recuperar la historia narrativa, presentada como una forma expositiva neutra, limpia de carga ideológica.<sup>19</sup> El estudio que Hayden White ha dedicado al discurso narrativo y a la representación histórica muestra que la narración no es sólo una «forma», sino que implica un contenido, puesto que está íntimamente relacionada con el impulso por identificar la

19. Más elemental es el caso de un historiador tradicional como Elton, para quien el problema de la narración parece reducirse al hecho de que a los historiadores «les gusta que los lean» (Robert W. Fogel y G. R. Elton, *Which road to the past? Two views of history*, New Haven, Yale University Press, 1983, p. 107). Lo que parece justificar el planteamiento que acerca de historiadores como Elton hace Hayden White en el libro que se citará a continuación, al afirmar que a ellos «la representación narrativa no les plantea ningún problema teórico» (p. 31). Más bien habría que decir que son incapaces de plantearse cualquier «problema teórico».



realidad con el sistema social vigente. Analizando una de las variantes aparentemente más neutras de narración, como son los anales y las crónicas medievales, Hayden White nos muestra la carga «moralizante» que encierran. Así, la crónica de Dino Compagni, escrita entre 1310 y 1312, nos presenta el contraste entre un orden ideal y la anarquía vigente en Florencia:

Los acontecimientos que se registran en la narración aparecen como reales en la medida en que pertenecen a un orden de existencia moral, al igual que derivan su significado de su colocación en este orden. Los acontecimientos obtienen un lugar en la narración que atestigua su realidad en la medida en que conducen al establecimiento del sistema social.<sup>20</sup>

Algo semejante, aunque de forma lamentablemente menos comprensible, se expresa en un libro de Sande Cohen sobre la «recodificación de la historia académica»,<sup>21</sup> que White ha calificado como «el primer análisis semiológico del discurso historiográfico». Pero la jerga de Cohen va tan lejos que no estoy seguro de que resulten fiables los esfuerzos que he hecho por traducir una de sus afirmaciones finales, a guisa de conclusión. El único mérito de mi intento de versión, en todo caso, será el de reproducir la confusión que el texto original ha producido en mí, deján-

20. Hayden White, *The content of the form. Narrative discourse and historical representation*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1990, pp. 22-23.

21. Sande Cohen, *Historical culture. On the recoding of an academic discipline*, Berkeley, University of California Press, 1988.

dome con la sensación de que había en él unas ideas válidas que percibía oscuramente, sumergidas en la niebla de unos neologismos innecesarios:

Lo que he argumentado —dice Cohen— es que cuando los historiadores sintetizan sus narraciones con el fin de hacerlas legibles por un «público educado medio», tales síntesis reestabilizan registros y formas de signos del discurso semantizados, convertidos en lógicos y cognitivos, y llenos ya de contrarios semánticos, status, ideología, modales, simetría, contradicciones «apropiadas» y falso pensamiento. Los historiadores trabajan sobre significaciones —discurso— ya acabado, ya ideologizado, y sus actos colectivos son determinados por el mantenimiento del privilegio del historiador: que la forma de narración [*story*] es compatible con cualquier modo de comprensión, pero es trascendente al pensamiento crítico.<sup>22</sup>

Una forma peculiar de historia narrativa, que tiene muchos puntos de contacto con otras corrientes, como con

22. Mi justificación para prestar atención a libros como éste la tomo de uno de mis viejos maestros en el arte de pensar, puesto que, contra lo que creen algunos, quienes nos hemos educado en una línea de pensamiento crítico no tenemos «catecismos» y nos nutrimos de una tradición milenaria. Entre mis maestros más admirados, como pensador y por su integridad personal, figura precisamente ese «San David —laico— de Escocia» que escribió: «La mayor parte de la humanidad se puede dividir en dos clases; la de los pensadores *superficiales*, que se quedan cortos, sin llegar a la verdad; y la de los *abstrusos*, que van más allá de ella. La última es, con mucho, la más rara; y añadiré que también la más útil y valiosa. Sugieren indicios, por lo menos, e inician problemas para cuya prosecución tal vez les falta la pericia necesaria; pero que pueden producir grandes descubrimientos, cuando son manejados por hombres que tienen una forma más correcta de pensar. En el peor de los casos, lo que dicen no es común; y aunque cueste algún trabajo comprenderlo, nos proporciona, cuando menos, el placer de escuchar algo nuevo» (David Hume, «Del comercio», en *Essays moral, political and literary*).

el estudio de las «mentalidades», es la llamada «microhistoria», cultivada y teorizada sobre todo en Italia, en las páginas de la revista *Quaderni storici*, y que tiene uno de sus representantes más caracterizados en Carlo Ginzburg. La «microhistoria» a la italiana, que ha alcanzado éxitos literarios tan resonantes como el de *El queso y los gusanos*, del propio Ginzburg, o *El retorno de Martin Guerre*, de N. Z. Davis, pretende identificar estos ensayos sobre acontecimientos que no pasan de anécdotas (*story* más que *history*), con investigaciones de más fuste, que exploran casos individuales, pero que los sitúan en un contexto, y cuya pretensión es la de prevenirnos contra la falsa universalidad de las reglas con que se los interpreta habitualmente,<sup>23</sup> y hasta pretenden apropiarse nombres y obras como los de E. P. Thompson.

La verdad es que las teorizaciones con que se intenta legitimar este género histórico-literario no resultan convincentes<sup>24</sup> y que a lo que parece conducir el «método detectivesco a la Sherlock Holmes» que propugnan los «microhistoriadores» es a *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, y no siempre con la misma garra narrativa.

Otros historiadores han defendido el retorno a la narración como una posible solución a la compartimentación

23. Como, para citar un ejemplo tomado de la propia colección «Microstorie» de Einaudi, el libro de Franco Ramella *Terra e tela*, Turín, Einaudi, 1983/2. O, más claro aún, el *Chi ruppe i rastelli a Monte Lupo?* de C. M. Cipolla, que el autor ha vuelto a publicar más adelante como parte de un libro tan inequívocamente «generalizador» como es *Contro un nemico invisibile. Epidemie e strutture sanitarie nell'Italia del Rinascimento*, Bolonia, Il Mulino, 1986.

24. Véase, por ejemplo, el volumen compilado por Edward Muir y Guido Ruggiero, *Microhistory and the lost peoples of Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1991.

de la investigación histórica en segmentos especializados, que ha llevado a una situación en que nos va faltando, cada vez más, la visión de conjunto. En la misma medida en que aumenta el caudal de información que poseemos sobre un segmento determinado del pasado, disminuye el conocimiento que los especialistas tienen de la totalidad del territorio. La narración podría ser una solución del problema tan sólo en casos elementales, en que la sucesión de unos acontecimientos más o menos homogéneos —políticos o biográficos, por ejemplo— pueda servir de hilo conductor; pero sólo en ellos. Porque la solución a este problema no reside en limitarnos a volver a una explicación lineal y ordenada, sino que requiere la elaboración de un nuevo tipo de síntesis que integre de manera coherente los datos de la historia política, social y cultural, sin olvidar, por otro lado, que sus protagonistas son siempre seres humanos.<sup>25</sup> El mero regreso a la forma narrativa tradicional resulta ser una falsa solución a un problema al que hay que enfrentarse asumiéndolo en toda su complejidad: el de la necesidad de recuperar una visión global, lo que exige plantear seriamente el análisis de los criterios de ordenación que han de definir esta globalización.

Presentar la narración como una alternativa a los «sistemas teóricos» es o una equivocación o una trampa. Y hablo de trampa por algunos casos en que parece claro que la suposición de inocencia no es oportuna, como el de Simon Schama. Schama debe su prestigio académico a un libro sobre «la cultura holandesa en la edad de oro»,<sup>26</sup>

25. Robert Middlekauff, «Narrative history and ordinary life», *Pacific Historical Review*, LX, 1 (febrero de 1991), pp. 1-13.

26. Simon Schama, *The embarrassment of riches. An interpretation of Dutch culture in the Golden Age*, Berkeley, University of California Press, 1988.

que es un ingenioso montaje de erudición capaz de deslumbrar al lector con informaciones curiosas sobre las más diversas cuestiones —la cárcel, de reforma a negocio; la dificultad de definir Holanda, la patria y el término *dutch*; el tratamiento de la pobreza y la vagancia; la limpieza; los tulipanes como moda y como negocio, etc.—, pero del cual es difícil que se pueda obtener una interpretación de la cultura holandesa como fenómeno global. Para Dennis Smith, el éxito de público del libro se debe a que proporcionó a los norteamericanos «un modelo optimista para poderes hegemónicos amenazados»,<sup>27</sup> pero lo que me interesa no es analizar una obra que, al cabo, es inteligente y está bien escrita, sino seguir los libros posteriores de su autor, para observar su evolución metodológica.

El siguiente paso de Schama fue *Citizens: A chronicle of the French Revolution*, donde su contribución a la «revisión» de la Revolución francesa consistió en explicar historias personales, reduciendo el aparato erudito a un mínimo, que no siempre resulta suficiente para justificar sus afirmaciones. Y el punto de llegada de esta evolución ha sido su último libro, *Dead certainties (Unwarranted speculations)*,<sup>28</sup> donde se dedica a contarnos una muerte y un crimen, que apenas tienen una tenue relación entre sí, añadiendo elementos de ficción —de novela— a los de la realidad para «resolver» dos enigmas históricos: la muerte del general Wolfe en el campo de batalla de Quebec en 1759 y un asesinato en Harvard en el siglo XIX. Que Schama pre-

27. Dennis Smith, *The rise of historical sociology*, Cambridge, Polity, 1991, pp. 180-182.

28. Nueva York, Alfred A. Knopf, 1991.

tenda con estos procedimientos aumentar sus ventas al gran público —aunque la verdad es que las dos historias que cuenta son más bien aburridas y están escritas con escasa gracia—<sup>29</sup> es lícito. Pero no lo es, y menos aún por parte de quien en el pasado criticó la «pigmeización» (*sic!*) de la escala utilizada por los «microhistoriadores» italianos, refiriéndose al *Chi ruppe i rastelli a Monte Lupo?* de Cipolla, tratar de esconder esta búsqueda de más lectores y mayores ventas tras una supuesta teorización que, dividiendo el campo de la historia entre los partidarios de un Tucídides preciso y exacto y un Heródoto «ávido de chismes» y poco fiable —lo cual demuestra, además, escasa familiaridad con los estudios sobre Heródoto publicados en las últimas décadas—, concluye que «plantearse preguntas y relatar narraciones no necesitan ser, según pienso, formas mutuamente excluyentes de representación histórica».<sup>30</sup>

Lo que tendríamos con ese tipo de retorno a la narrativa sería, simplemente, una historia que vuelve a ser, como en un pasado que creíamos superado, un simple cuento a narrar.

Si, por lo menos, estuviésemos seguros de que este cuento no es más que una forma de entretener a los muchachos en la clase y a los lectores en sus casas, y de que es siempre inocente, podríamos tranquilizarnos. Pero cuando vemos que Gertrude Himmelfarb, que hace pocos años

29. Schama no es precisamente Sciascia, capaz de elevar el relato de un crimen a página de historia, sino todo lo contrario. Una muestra de su estilo, un tanto pedestre, la da esta imagen con la que pretende ponderar el interés por la ciencia de su «hombre de Harvard»: «en Roma evitó el *Apollo Belvedere* y otros especímenes del torso ideal en favor de los cuerpos heridos que yacían en el *ospedale*» (p. 101).

30. *Dead certainties*, pp. 325-326.

se dedicaba a estudiar el problema de la pobreza, reclama ahora «una historia hecha de grandeza y miseria, de heroísmo y maldad, de acontecimientos protagonizados por hombres y mujeres extraordinarios antes que por fuerzas sociales impersonales»,<sup>31</sup> nos resulta difícil olvidar que algo semejante era lo que sostenía el manual de historia de España con el que, en 1939, pretendía el franquismo transformar la enseñanza para adecuarla a la hora del fascismo:

La historia es como un cuento maravilloso, pero un cuento en que todo es verdad, en que son ciertos los hechos grandiosos, heroicos y emocionantes que refiere ... Por la historia se sabe lo ocurrido en cada país y cómo fueron sus reyes, sus gobernantes y sus personajes más ilustres ... La historia nos habla, en fin, de todos aquellos que hicieron en su vida algo notable e importante.<sup>32</sup>

31. La cita es indirecta, ya que no conozco todavía el texto de esta Jefferson Lecture hecha en Washington. La tomo del artículo de James Bowman, «Cowboys and curators» —un llamamiento a reemplazar la historia social del oeste norteamericano por la vieja y tramposa épica del far-west— en *Times Literary Supplement* (10 de mayo de 1991), p. 12.

32. *Manual de Historia de España. Primer grado*, Santander, Instituto de España, 1939, p. 7.

## LA ILUSIÓN CIENTIFISTA

Hay otra modalidad de huida tal vez más común, y posiblemente más dañina, que el escepticismo metodológico (o su hijo directo, el escapismo narrativo), y es la que lleva a buscar el auxilio de otras ciencias sociales, menos controvertidas que la historia y con un mayor prestigio académico, para suplir con sus métodos la pérdida del viejo instrumental analítico en el que ya no se sigue confiando.

Lo que ocurre es que esta huida hacia la ciencia no es nueva, y nos obliga a tomar el fenómeno con cierta distancia en el tiempo para hacer más explicable su florecimiento actual. En un primer momento su origen reside en la ilusión engendrada por la vieja distinción neokantiana entre unas disciplinas generalizadoras, capaces de llegar a formular leyes, y las que, obligadas, como la historia, a limitarse a lo individual, no pueden aspirar a semejante perfección. El complejo de inferioridad de los historiadores se vio todavía aumentado por el feroz ataque de Popper en *La miseria del historicismo*, en especial a partir de 1957, cuando lo sintetizó en un juego de «cinco proposiciones», cuya elementalidad tenía la virtud de hacerlo fá-

cil de entender hasta por los más tontos —quienes, cuando pueden hincarle el diente a un «mensaje filosófico» como éste, que les permite enfrentarse sin inhibiciones a colegas más imaginativos y mejor documentados, se aferran a él con empeño y perseverancia— y que, astutamente, salvaba de la condena final a otros campos de «teoría sociológica» —por ejemplo, las teorías económicas— que podían ser sometidas a verificación,<sup>33</sup> y llegó al paroxismo con la querrela desencadenada en 1959 por el ensayo de C. P. Snow sobre «Las dos culturas y la revolución científica». Cuando, al término de la década de los setenta, Daniel Bell hacía un balance de las ciencias sociales desde la segunda guerra mundial, que incluía un cuadro de «innovaciones básicas de 1900 a 1965», la historia no aparecía para nada en sus páginas: había sido expulsada del campo de las ciencias sociales por la espada flamígera de los ángeles guardianes del pensamiento «científico-social».<sup>34</sup>

Mientras tanto, en una Francia que se sentía el centro de la cultura mundial —enriquecida intelectualmente después de 1945 por el contacto con los exiliados de Europa central y del Este que el nazismo había desplazado y que no encontraban tampoco acogida en el dogmatismo de un

33. K. L. Popper, *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 1973, p. 12.

34. D. Bell, *Las ciencias sociales después de la segunda guerra mundial*, Madrid, Alianza, 1984. El propio Bell, sin embargo, reconocía que «los principales avances teóricos en las ciencias sociales de 1940 a 1970» habían tenido que ser rectificadas seriamente hacia 1980 (p. 64), lo cual no deja de ser un período de caducidad escandalosamente corto para una «ciencia». ¿Cómo van a cumplir la exigencia popperiana de «predecir» unas disciplinas que ni siquiera han sido capaces de prever su propia erosión en veinticinco años? Acerca del tema de «las dos culturas», véase más adelante, al ocuparnos de la economía, lo que dice C. M. Cipolla.

marxismo oficial esclerótico—, los jóvenes izquierdistas iniciaban su ruptura formal con el marxismo. El viraje de 1956, dirá Dosse, «es la auténtica hora natal del estructuralismo como fenómeno intelectual que toma el relevo del marxismo». Hay para ello unas razones objetivas: «al optimismo de la Liberación, que se ha expresado en la filosofía existencialista, lo reemplaza una relación desencantada con la historia».<sup>35</sup> Este desencanto propició un rechazo del historicismo y condujo a una reacción cientifista (a un afán por aproximarse a las «ciencias duras», imitando sus métodos), que tuvo una consecuencia, lógica aunque tal vez inesperada —y que no pretendo, en modo alguno, que haya sido determinante en su inicio—, que fue la de ver cómo por primera vez se les abrían a los jóvenes «renovadores» las puertas de la ciudadela académica y se les facilitaba la difusión de un mensaje que, una vez hubo pasado el «malentendido de 1968»,<sup>36</sup> se reveló perfectamente asimilable por el orden establecido (o menos «peligroso» que el espantajo marxista).<sup>37</sup>

De las secuelas de estas dos corrientes —ambas hoy en franca decadencia— se alimenta todavía ese «cientifismo»

35. François Dosse, *Histoire du structuralisme*, Paris, Éditions de la Découverte, 1991-1992, vol. I, p. 200.

36. La expresión es del propio Dosse —vol. II, pp. 141 y ss.—, quien deja en claro que la inspiración de los sucesos de Mayo del 68 procede ante todo de los enemigos, más o menos marxistas, del estructuralismo.

37. Quiero dejar claro que una cosa es sostener que esta «buena acogida» permite explicar acontecimientos tan impensables en otros tiempos como el acceso al Collège de France del Foucault de 1970 y la relación personal de éste con el marxismo, marcada por una experiencia «policíaco-sexual» en la Polonia del «socialismo real», y que no excluye posteriores tomas de posición política no exentas de dignidad, aunque igualmente complejas, de creer a su biógrafo Didier Eribon, *Michel Foucault (1926-1984)*, Paris, Flammarion, 1989 (hay una reciente traducción castellana).

que sirve de refugio para historiadores y «científicos sociales» desorientados. No importa que los resultados de muchos de estos «trasplantes», más que injertos, de métodos ajenos den resultados irrelevantes o risibles. Un libro de Carlo M. Cipolla que muchos han querido entender como un divertimento, esforzándose en no enterarse de lo que tiene de denuncia del pseudocientifismo de buena parte de nuestra historia académica,<sup>38</sup> nos permite acercarnos lúcidamente a los grotescos frutos de esta desviación. Cipolla nos presenta dos casos: uno, que se supone corresponder a un trabajo de historia económica medieval, sobre la importancia del comercio de las especias; el segundo, de carácter más bien sociológico, sobre las reglas fundamentales de la estupidez humana. En los dos ejemplos los razonamientos siguen caminos semejantes a los que podríamos encontrar en artículos que aparecen normalmente en muchas publicaciones «serias» actuales, pero los resultados finales a que conducen son grotescamente cómicos.

Quienes crean que esto no es más que parodia, no han de hacer otra cosa que contrastarlo con ejemplos reales. Como un libro reciente —debido, además, a un investigador de prestigio, K. N. Chaudhuri, cuyas aportaciones no pueden en modo alguno menospreciarse— que les permitirá advertir hasta qué punto está fundamentada la caricatura que hace Cipolla.<sup>39</sup> Al amontonamiento de elementos tomados de la semiótica y del análisis del discurso —de

38. C. M. Cipolla, *Allegro ma non troppo*, Barcelona, Crítica, 1991.

39. K. N. Chaudhuri, *Asia before Europe. Economy and civilisation of the Indian Ocean from the rise of Islam to 1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

préstamos de Lévi-Strauss, Derrida, Greimas, Jakobson, Foucault, etc.— añade el autor un «hallazgo» propio: la aplicación a la historia de la «teoría de conjuntos», que le permite recurrir a nuevos, y aún más prestigiosos, préstamos de Cantor, Wang, Hilbert, Gödel, etc., lo que significa, como se ve, una doble coraza de «ciencia». Chaudhuri «matematiza» la historia, no a través del uso de métodos cuantitativos o de modelos explícitos, como los cliómetras —en este libro apenas hay series de cifras, gráficos o estadísticas—, sino mediante la adopción de los conceptos más elementales de la teoría de conjuntos, como parte de una «nueva visión» que, en su aplicación concreta, sólo conduce a resultados triviales o disparatados. Respecto del concepto de «número cardinal», por ejemplo, se nos dice que para aplicarlo no es preciso contar, sino que basta con comprobar la «correspondencia» entre distintas colecciones de objetos: así, la afirmación 'la clase está llena' requiere «la correspondencia entre dos números cardinales», el número de sillas y el número de personas presentes, que se puede verificar con la mirada.

En esta obra —añade—, el concepto de cardinalidad es usado para identificar un grupo de gente con una religión, cultura o civilización común. Así las palabras 'musulmán', 'hindú', 'javanés' o 'chino' implican la existencia de principios por los cuales *todos* los miembros del respectivo conjunto pueden reconocerse como pertenecientes al conjunto sin excepción.<sup>40</sup>

40. Esta explicación, tan reveladora, se encuentra en la p. 423. Esta crítica puntual no pretende que el libro sea menospreciable. Hay en él, bajo ese disfraz y en medio del desorden de su esquema articulador, muchos elementos a apro-

La inutilidad de este cientifismo resulta más patética aún cuando nos damos cuenta de que el afán por imitar mecánicamente los métodos de otras disciplinas responde a concepciones de la ciencia completamente superadas. El universo intelectual popperiano en que la ciencia era identificada con la capacidad de predecir hace tiempo que se ha venido abajo.<sup>41</sup> Semejante concepción pertenece al viejo mundo del determinismo laplaciano, y no a una física que se basa en las matemáticas del caos y opera con objetos fractales.<sup>42</sup>

Estamos ante lo que un científico ha llamado la tercera revolución científica, que sucedería a la primera —la de Galileo y Newton— y a la segunda —la de la relatividad y la mecánica cuántica— para establecer la física de la complejidad.<sup>43</sup> El determinismo y la injustificada fe en la capacidad predictiva de la ciencia correspondían a un mundo de abstracciones, pero no se ajustan al de la realidad tal como hoy la experimentamos.<sup>44</sup> Para decirlo con pala-

vechar. Como en la obra entera de Chaudhuri, que me merece un respeto que está muy por encima de estas observaciones acerca de sus planteamientos metodológicos.

41. Muchos filósofos actuales se niegan a aceptar que exista un campo especial, convencionalmente llamado «ciencia», que se pueda separar del resto de la cultura «por uno o dos de estos rasgos: un método especial, o una relación especial con la realidad». Richard Rorty, «Is natural science a natural kind?», en *Objectivism, relativism and truth*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, cita de la p. 46.

42. Benoît Mandelbrot, *Los objetos fractales*, Barcelona, Tusquets, 1987; Ian Hacking, *La domesticación del azar*, Barcelona, Gedisa, 1991; Ian Stewart, *¿Juega Dios a los dados? La nueva matemática del caos*, Barcelona, Crítica, 1991, etc.

43. Tito Arecchi, «Chaos and complexity», *Liber*, 1, p. 15 también en *Times Literary Supplement*, 4.514 (6-12 de octubre de 1989).

44. Ian Stewart, *¿Juega Dios a los dados?*, donde concluye (y lo dejó deliberadamente en los términos tajantes del original inglés): «All deterministic bets are off. The best we can do is probabilities» (p. 299).

bras de Ilya Prigogine: «Hemos llegado a un nuevo nivel de comprensión en el que la racionalidad no se identifica ya con la “certeza”, ni la probabilidad con la “ignorancia”».<sup>45</sup>

Y, lo mismo que ha estallado la imagen laplaciana del cosmos, lo ha hecho el ordenado esquema de la evolución de los seres vivos que encajaba a la perfección entre este mundo físico determinista,<sup>46</sup> por un lado, y la visión lineal de la historia como un ascenso continuado de la barbarie al progreso, que heredamos hace dos siglos del optimismo burgués y que comienza a ser hora de arrinconar.<sup>47</sup>

Es también Prigogine quien nos dice: «Hemos de abandonar el mito del “conocimiento completo” que ha obsesionado a la ciencia occidental durante tres siglos» y aceptar que la diferencia entre las llamadas ciencias duras y las blandas es mucho menor de lo que pensábamos.<sup>48</sup> O, como ha dicho Tito Arecchi, «el movimiento desde un único punto de vista a una multiplicidad de puntos de vista

45. Ilya Prigogine, «Origins of complexity», en A. C. Fabian, ed., *Origins. The Darwin College lectures*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 69-88.

46. Stephen Jay Gould, *La vida maravillosa. Burgess Shale y la naturaleza de la historia*, Barcelona, Crítica, 1991, donde, partiendo de consideraciones que afectan a la vieja visión lineal de la evolución de los seres vivos, en la que ahora se introducen grandes dosis de incertidumbre —y el hombre pasa de representar una culminación previsible a ser un mero «accidente cósmico», se proclama la necesidad de revalorizar «la contingencia de la “simple historia”», dejando a un lado la vieja fe en las «leyes de la naturaleza».

47. Esta necesidad de revisión de los «paradigmas del siglo XIX» se señala, por ejemplo, en Immanuel Wallerstein, *Unthinking social science. The limits of Nineteenth-century paradigms*, Cambridge, Polity Press, 1991, haciéndose eco de una conciencia que comienza a generalizarse. Volveré a este problema en las páginas finales de este volumen.

48. En el texto citado anteriormente, p. 69.

legítimos viene a significar algo así como la revolución copernicana en comparación con el monocentrismo del sistema ptolemaico: rectifica los viejos desacuerdos entre las "dos culturas" y vuelve a abrir un área de fértil debate interdisciplinar». <sup>49</sup>

Si son sus mismos cultivadores quienes nos dicen que hemos de perder el respeto reverencial que sentíamos ante las ciencias supuestamente más duras y nos incitan a que debatamos con ellos los problemas que nos son comunes, abandonando nuestros complejos de inferioridad, ¿qué justificación puede tener que sigamos imitando lo mismo que ellos tratan de reemplazar y mejorar?, ¿o que traspasemos esta fe a otras «ciencias sociales», que ni disponen de auténticas leyes generalizadoras, ni son capaces de predecir más que supuestos muy elementales y casi siempre en condiciones fijadas con tantas restricciones que los hacen escasamente representativos de la realidad?

Es fácil comprobar esta fragilidad en el caso de la economía, una de las disciplinas que ha llegado a ejercer mayor seducción sobre los historiadores descarriados, por lo cual le dedicaré alguna atención individualizada.

## LA «CLIOMETRÍA»

Si la «cliometría» resulta un ejemplo privilegiado del problema general del cientifismo, es porque en ninguna otra manifestación de éste han llegado los historiadores tan lejos en su voluntad de constituir una disciplina independiente, que tomaría de la teoría económica convencional todo el aparato metodológico y sólo acudiría a las técnicas propiamente históricas para recoger los datos que somete a análisis. Recuérdese la vieja y tajante propuesta de Peter Temin de entender «la historia económica como una forma de economía neoclásica aplicada». <sup>50</sup>

Con todo, una exploración más completa exigiría prestar una atención paralela a otras versiones cientifistas, como la sociología histórica —no lo hago, en este caso, porque es tarea que Julián Casanova ha llevado a cabo satisfactoriamente en un libro reciente—, <sup>51</sup> o a los problemas que

49. En el texto de Arecchi citado anteriormente, p. 17.

50. Peter Temin, ed., *New economic history*, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 8.

51. Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991. Añadiré únicamente, por haberse publicado con posterioridad, la cita del libro de Dennis Smith, *The rise of historical sociology*, al que ya me he referido más arriba.



plantean las influencias de la antropología, que van desde lo mejor de una determinada etnohistoria, hasta los excesos de quienes acaban abandonando el estudio de la realidad social y reemplazándolo por el de los símbolos, sin hacerse cargo de la necesidad de combinar ambos planos. El camino a seguir no sería, probablemente, muy distinto al que utilizaré para ocuparme de la cliometría, de modo que el análisis tan sólo ganaría en matices y se recargaría, a cambio, de citas bibliográficas.

A primera vista parece que lo que debe justificar la división entre la *economic history* (historia económica) y la *historical economics* (economía «histórica») ha de ser la indole del utillaje teórico empleado, y la naturaleza de los objetivos que cada una de estas disciplinas se propone. Pero no es así. La paradoja aparece con toda claridad cuando se ve que suelen ser historiadores «conversos», ávidos de recalificación científica, quienes defienden la formalización económica extrema,<sup>52</sup> mientras los economistas «puros y duros» reclaman una historia económica capaz de ayudar a corregir los excesos de abstracción en que está cayendo la teoría económica —y esta demanda viene de cultivadores de la disciplina de tanta categoría como K. J. Arrow o R. E. Solow—,<sup>53</sup> y los cultivadores de la his-

52. Casos como el de Donald N. McCloskey, en *Econometric history*, Londres, Macmillan, 1987, corresponden a viejos momentos de euforia que contrastan con textos posteriores del mismo autor, mucho más escépticos. Para entender las posturas expresadas por los autores, en un campo que ha sufrido grandes cambios —donde todo parece mudar y envejecer rápidamente—, es necesario prestar mucha atención a las fechas en que se ha escrito cada afirmación.

53. Véanse sus contribuciones a W. N. Parker, ed., *Economic history and the modern economist*, Oxford, Blackwell, 1986, donde Solow acaba diciendo que «la historia económica puede ofrecer al economista una mejor comprensión de la variedad y flexibilidad de los arreglos sociales y, con ello, una ayuda para entender mejor la interacción de la economía y de las restantes instituciones sociales» (p. 29).

*torical economics*, como Charles P. Kindleberger, le piden a esta disciplina una visión «historicista» y nos advierten de que «muchos modelos económicos son plausibles y resultan adecuados en determinadas circunstancias; el problema consiste en saber hasta qué punto son generales». Kindleberger rehúsa, en principio, hablar de «predicción», porque considera que en modelos de equilibrio general, con montones —tal vez centenares— de variables, resulta demasiado difícil, probablemente imposible, «estar seguro de que las diversas variables independientes de una función dada han sido especificadas cuidadosamente en la primera ocasión y reproducidas en la segunda».<sup>54</sup>

En su incapacidad para situar «históricamente» su propia evolución, los cliómetras no se han dado cuenta, sin duda, de que con su intento de mantener a la historia económica «dentro» de la economía están repitiendo la batalla que se libró en las universidades británicas a fines del siglo XIX y comienzos del XX y que concluyó con la independización de la historia económica respecto de la teoría, lo que les lleva a empeñarse de nuevo en una batalla que ya se libró y concluyó hace años, acerca de si es preferible tratar de seguir en su evolución —no siempre es seguro que esta palabra sea sinónimo de «avance»— a la teoría económica, a riesgo de paralizar su propio progreso, o independizarse de ella para enriquecer sus enfoques y sus métodos específicos.<sup>55</sup>

54. «La *historical economics*, tal como yo la veo, cree en el equilibrio parcial, *ceteris paribus*, más que en *mutatis mutandis*, y busca pautas de alguna uniformidad, pero procura no hablar de identidad», Ch. P. Kindleberger, *Historical economics. Art or science?*, Berkeley, University of California Press, 1990, pp. 3-4.

55. Alon Kadish, *Historians, economists and economic history*, Londres, Routledge, 1989, nos explica aquel primer combate.

El punto esencial que justifica hoy, como sucedió en el pasado, la independencia de la historia económica como disciplina —como algo más que teoría económica aplicada— es el hecho de que la teoría económica se ha mostrado incapaz, por sí sola, de explicar la complejidad de los actos humanos colectivos, incluso si nos limitamos al terreno específico de los de naturaleza estrictamente económica (o que se interpretan habitualmente como tales). «En el mundo real —nos dice Kindleberger— reina la ambigüedad.» No hay que hacer muchos razonamientos para llegar a una convicción semejante. Basta con mirar a nuestro alrededor y comprobar la reiteración de los errores de previsión cometidos por gobiernos e instituciones que tienen a su servicio los asesoramientos técnicos más calificados: los préstamos irresponsables a países que jamás podrán devolverlos,<sup>56</sup> la situación actual de la mayor parte de las empresas informáticas (que, pese a disponer del mejor equipamiento imaginable para utilizar modelos económicos sofisticados, previeron equivocadamente la demanda de sus productos), etc.

Por otra parte, ¿podemos hablar de un cuerpo de teoría económica que se concreta en un conjunto de «leyes» de amplio alcance? Si descartamos esquemas generales como el de las «expectativas racionales», que se ha comprobado que no funcionan,<sup>57</sup> resulta que, cuando se inten-

56. El estudio de los «ciclos» de préstamos exteriores lleva a Kindleberger a concluir: «Cualquier cosa puede suceder y con frecuencia sucede. El día de la economía positiva, utilizable para la predicción, está todavía algo distante», Charles P. Kindleberger, *Keynesianism vs. monetarism and other essays in financial history*, Londres, George Allen and Unwin, 1985, p. 152.

57. Ch. P. Kindleberger, «Collective memory vs. Rational expectations: Some historical puzzles in macro-economic behavior», en *Keynesianism vs. monetarism*, pp. 129-138.

ta examinar el conjunto de las llamadas «leyes económicas», lo que mejor resiste al contraste cotidiano con la realidad son viejas observaciones, casi de sentido común, como la ley de Gresham o la de Ernst Engel, que vienen a corresponder a lo que el propio Kindleberger llama «uniformidades o cuasi-uniformidades en el modo en que la gente actúa para ganarse la vida, ninguna de las cuales es válida para todos los momentos y todos los casos, lo que conduce a que la selección del momento o del lugar en que haya que aplicar una de ellas sea más bien cuestión de arte que de ciencia».<sup>58</sup> Donald McCloskey ha contribuido también al retorno a la sensatez con su denuncia de los elementos retóricos en la ciencia económica, que no sería propiamente una ciencia normativa, sino que, aunque pretenda expresarse en un lenguaje y un estilo «científicos», está en realidad contando «historias» enmascaradas en retórica científica.<sup>59</sup>

Nos encontramos hoy, paradójicamente, con unos historiadores-economistas que, empeñados en apoyarse exclusivamente en un cuerpo teórico inseguro, ven cómo sus trabajos ni interesan a los historiadores «puros»,<sup>60</sup> si se me admite esta caracterización, ni a los economistas, puesto que, como ha dicho recientemente uno de ellos, este tipo de historiadores se han equivocado «al caer en la tentación de contar a los economistas lo que éstos deseaban oír

58. Charles P. Kindleberger, en *Economic laws and economic history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, y en *Historical economics*, p. 9.

59. Donald N. McCloskey, *If you're so smart: The narrative of economic expertise*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.

60. Pesimismo compartido por D. C. Coleman, *History and the economic past*, Oxford, Clarendon Press, 1987, y por M. J. Daunton en J. Gardiner, ed., *What is history today?*, Londres, Macmillan, 1988, pp. 37-38, entre otros.

—una historia acerca de la simplicidad de los procesos de cambio— en lugar de contarles la clase de historia que necesitan oír, que es la que versa acerca de la complejidad y sutileza del mundo real». <sup>61</sup> Se cobijaron en los departamentos de economía y, una vez instalados en ellos, cuando creían haber ganado su batalla, se encontraron con que eran los economistas quienes no veían que les interesase invertir en puestos docentes de historia económica —por lo menos, de esta clase de historia económica— los recursos de sus departamentos, «habiendo otros economistas que —liberados de la necesidad de estudiar y absorber hechos históricos— tienen una mejor preparación en matemáticas y estadística».

Por otra parte, el balance de los primeros veinticinco años de una historia económica que ya ha perdido el derecho a seguirse llamando «nueva» demuestra que sus mayores éxitos son los que alcanzó en la década de los sesenta en el estudio de dos problemas concretos —el de la economía esclavista del sur de los Estados Unidos y el de la contribución del ferrocarril al desarrollo económico— y que sus años posteriores de triunfo y expansión no han aportado nada nuevo que tenga la ambición y trascendencia de aquellos primeros resultados. La conclusión a que se ha llegado es que, en el fondo, la «nueva historia económica» como tal, con sus pretensiones de independencia, ha mostrado que para lo más que servía era para «corregir malos planteamientos y errores en la historia económica

61. G. D. Snooks, «What should economists be told about the past?, A review article», *Australian Economic History Review*, XXX, 2 (septiembre de 1990), pp. 89-94.

tradicional», pero no para establecer un «texto» propio, dado que representa simplemente «una extensión edificada sobre los fundamentos descriptivos de la vieja» y que no puede seguir viviendo, si se empeña en prescindir de ella. <sup>62</sup>

La conclusión a que habrá que llegar es que los fenómenos sociales son demasiado complejos como para esperar que puedan ser analizados satisfactoriamente, ni con el instrumental relativamente simple, aunque preciso, de la econometría, ni con el más amplio y vago de la historia tradicional. Rechazar el «cientifismo» no significa, sin embargo, rechazar la «ciencia». La exigencia de definir explícitamente los supuestos en que se basan nuestros razonamientos no es propia tan sólo de la historia econométrica, sino de cualquier forma de historia, y el uso de métodos estadísticos y econométricos avanzados, e incluso el de «modelos explícitos hipotético-deductivos» —cuando éstos se aplican a problemas que pueden resolverse con un número manejable de variables, sin caer en simplificaciones desnaturalizadoras de la realidad— no sólo es lícito sino recomendable, y puede resultar especialmente provechoso para el estudio de determinados problemas histórico-económicos (como sucedió en su tiempo con el prudente uso que de estos métodos hicieron Conrad y Meyer en su estudio de la rentabilidad de la esclavitud) o para poner a prueba la validez de explicaciones que contienen razonamientos económicos implícitos o mal especificados.

62. Alexander J. Field, «The future of economic history», en el libro colectivo compilado por él y que lleva este mismo título, Boston, Kluwer-Nijhoff, 1987. Citas literales de las pp. 2 y 26.

Pero suponer que se puede explicar la llamada «revolución agrícola» con un cuadrado elemental y un par de trivialidades acerca de los «derechos de propiedad exclusivos sobre los recursos» que son necesarios para el desarrollo del saber y de la técnica<sup>63</sup> —por poner un ejemplo de los abusos a que han llegado algunos cliómetras— es tan poco sensato como el viejo intento de construir modelos cibernéticos para explicar la primera guerra mundial.<sup>64</sup>

En un libro reciente,<sup>65</sup> Carlo M. Cipolla ha querido contribuir a devolver a la historia económica el equilibrio perdido, recordando que la historia, en cualquiera de sus ramas y modalidades, se refiere siempre al hombre y que al ser humano no se le puede llegar a comprender si no se ponen en juego todas las dimensiones que lo constituyen.

La historia económica es una materia eminentemente interdisciplinar. Ocupa una zona del saber humano que está situada en la encrucijada de otras dos disciplinas: la historia y la economía. La historia económica no puede prescindir de ninguna de ellas. Si cede en uno de esos dos frentes, se desnaturaliza y pierde su propia identidad. El problema consiste en que las dos disciplinas que están en su base, por así decirlo, pertenecen a dos culturas distin-

63. Douglas C. North, «The first economic revolution», en *Structure and change in economic history*, Nueva York, W. W. Norton and Co., 1981, pp. 72-89.

64. William J. Chandler, *The science of history. A cybernetic approach*, Nueva York, Gordon and Breach, 1984, pp. 35-44. Los modelos se construyen sobre la base de hipótesis tan sensacionales y clarificadoras como ésta: «H6: Todo gobierno requiere un apoyo que puede basarse en la mayoría, en una amplia minoría o ser elitista» (p. 52).

65. *Entre la historia y la economía. Introducción a la historia económica*, Barcelona, Crítica, 1991.

tas. La historia era y sigue siendo la disciplina humanística por antonomasia. En cambio la economía se ha distanciado progresivamente de la historia y de las ciencias humanas desde los tiempos de Ricardo: aun permaneciendo tan débil como base para la predicción, se aferra obstinadamente a las llamadas ciencias exactas, mediante el uso y el abuso de la lógica matemática como instrumento fundamental para el análisis.

Pero tal vez la reflexión más adecuada para combatir los excesos «cientifistas» sea la que ha hecho McCloskey al advertirnos que si la teoría económica (y la historia económica con ella) no sirven para mejorar la suerte de los pobres y para empujar a los políticos a que se preocupen por hacer la Tierra habitable, sirven para muy poco. Por elegantes que sean los montajes que hagamos con su utillaje.

## UN EJEMPLO CONCRETO: EL PROBLEMA DEL NIVEL Y DE LA CALIDAD DE VIDA

Nos detendremos un momento en este repaso, tal vez demasiado limitado a textos de carácter programático general, para examinar un campo concreto de trabajo historiográfico al que se ha prestado mucha atención en los últimos años —el del estudio del nivel y de la calidad de vida—, con la intención de que sirva para ilustrar mejor la complejidad de los temas histórico-económicos y la imposibilidad de resolverlos satisfactoriamente con el solo utillaje de la cliometría.

Comencemos, si se quiere, por lo que parece más concreto, elemental y cuantificable: el salario. Los que estén familiarizados con las discusiones que han engendrado las series de salarios agrícolas británicas,<sup>66</sup> o quienes, sencii-

66. A. L. Bowley, «The statistics of wages in the United Kingdom during the last hundred years. Agricultural wages», *Journal of the Royal Statistical Society*, LXI (1898), pp. 702-722, y LXII (1899), pp. 140-151, 395-404 y 555-570; George H. Wood: «Real wages and the standard of comfort since 1850», *ibid.*, LXXII (1909), pp. 91-103, etc. Sobre Bowley y sus trabajos estadísticos, E. P. Hennock, «The measurement of urban poverty: from the metropolis to the nation, 1880-1920», *Economic history review*, 2.ª serie, XL (1987), pp. 208-227.

llamente, hayan llegado a percatarse de la complejidad que esconden las cifras de los salarios que encontramos en los archivos, no se sorprenderán demasiado ante afirmaciones como la de Michael Sonenscher, quien nos invita a ver el salario de los artesanos franceses del siglo XVIII como «una cifra que codifica toda una serie de presunciones distintas ..., inscritas por muchos autores diferentes, cuyas premisas no eran enteramente las mismas. Un sumario críptico de diversas estimaciones del significado del paso del tiempo». <sup>67</sup> Aunque está claro que podría haberlo dicho de manera más simple e inteligible.

Si razones de comodidad nos llevan a utilizar en la práctica estimaciones globales de la evolución de los salarios como las de Phelps Brown, <sup>68</sup> no debemos olvidar que sólo resultan útiles para una primera aproximación a la realidad y que cualquier intento de basar en ellas análisis más precisos puede conducirnos a situaciones irracionales, como la de encontrarnos en determinados momentos con valores cuantitativos que implicarían que los trabajadores están sobreviviendo milagrosamente por debajo de los requerimientos biológicos mínimos.

Un volumen colectivo de estudios sobre salarios reales

67. Michael Sonenscher, *Work and wages. Natural law, politics and the eighteenth-century French trades*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 174. Véase también, del mismo autor, «Work and wages in Paris in the eighteenth century», en M. Berg, P. Hudson y M. Sonenscher, eds., *Manufacture in town and country before the factory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 147-172.

68. H. Phelps Brown y M. Browne, *A century of pay*, Londres, 1968, y, sobre todo, H. Phelps Brown y S. V. Hopkins, *A perspective of wages and prices*, Londres, Methuen, 1981, donde se encontrarán compilados sus trabajos sobre siete siglos de salarios reales en el sur de Inglaterra.

en la Europa de los siglos XIX y XX <sup>69</sup> nos recuerda la necesidad de proceder con muchas precauciones. Nos dice, por ejemplo, que las series de «salarios nacionales» no parecen ser realistas, que hay que publicar salarios por regiones, ciudades, ocupaciones y oficios; que al salario básico hay que añadirle los otros ingresos efectivos; que importa mucho investigar también los salarios obtenidos por semana y por año (no sólo las cifras percibidas por hora y por día trabajados); que conviene calcular los ingresos familiares e incorporar a la investigación el estudio de los ingresos de grupos generalmente olvidados, como los artesanos, los tenderos y, sobre todo, los empleados, etc. Haber tomado en cuenta esta última recomendación es lo que explica, por ejemplo, que un nuevo índice de ingresos nominales en Gran Bretaña, calculado por Feinstein, modifique substancialmente la imagen que daban las viejas cifras de Bowley. <sup>70</sup>

Pero los mayores problemas surgen cuando hemos de pasar del salario nominal al llamado salario real, a la evaluación de su nivel adquisitivo. Las controversias sostenidas en las últimas décadas demuestran la dificultad de llegar a establecer cifras aceptables. <sup>71</sup> Los estudios más

69. Peter Scholliers, ed., *Real wages in 19th and 20th century Europe. Historical and comparative perspectives*, Oxford, Berg, 1989.

70. Charles Feinstein, «New estimates of average earnings in the United Kingdom, 1880-1913», *Economic history review*, XLIII (1990), pp. 595-632 (como utilizo siempre la 2.ª serie de esta revista, omitiré a partir de aquí tal referencia).

71. Limitándonos al caso británico y a una sola revista, *Economic history review*, la sucesión de textos, de nuevas propuestas de cifras y de debates —por que parece imposible llegar a un consenso— resulta inabarcable en una nota. Pueden verse los artículos de Flinn en 1974, la réplica de Von Tunzelmann en 1979, el debate entre Schwarz, por una parte, y Hunt y Botham, por otra (1987-1990), etc. Para una visión más de conjunto, y no exclusivamente británi-

recientes muestran que nos encontramos, por ahora, ante dificultades metodológicas insalvables: la diferencia que implica usar precios efectivos de venta al detalle —los que el trabajador paga cuando adquiere los artículos necesarios para su mantenimiento— en lugar de los precios al por mayor con los que se han formado la mayoría de los índices disponibles (que no deberían, por ello, utilizarse para el cálculo del salario real; lo que nos obligaría, en la mayor parte de los casos, a comenzar calculando nuevas cifras representativas de la evolución de los precios); la conveniencia de revisar las ponderaciones y las «cestas» tomando en cuenta las diferencias de las pautas de consumo de los diversos grupos sociales y su variación a lo largo del tiempo, etc. Cuando Vera Zamagni plantea la problemática de las comparaciones internacionales de los salarios industriales reales, no sólo rechaza el simple expediente de convertirlas a un patrón monetario común, sino que expresa sus dudas acerca de la utilidad de comparaciones más complejas, y aparentemente más fiables, como son las establecidas con métodos como el de la Purchasing Power Parity o el de las «necesidades alimentarias básicas». <sup>72</sup> Lo cual acaba conduciéndonos —lo queramos o no— de algo que inicialmente parecía ser un simple problema de cuantificación —el establecimiento de índices de salarios reales— al tema más complejo de la estimación del «nivel de vida».

ca, véase J. Söderberg, «Real wage trends in urban Europe, 1750-1850: Stockholm in comparative perspective», *Social history*, XII (1987), pp. 155-176.

72. Vera Zamagni, «An international comparison of real wages, 1890-1913: Methodological issues and results», en el libro citado de Peter Scholliers, ed., pp. 107-139 (y los comentarios de R. Leboutte y M. J. Daunton en pp. 140-148).

Bastaría en este caso recordar la inacabable literatura que ha suscitado la discusión sobre el nivel de vida en la primera fase de la industrialización británica, sin que se haya llegado ni siquiera a un principio de acuerdo. <sup>73</sup> Pero no es un caso único, aunque sea el más conocido y citado. El tema se ha estudiado para otras épocas y otros escenarios, tal vez en un contexto excesivamente ligado a la alimentación, <sup>74</sup> sin que los resultados sean más convincentes: así, en relación con la sedentarización y la aparición de las primeras sociedades agrícolas, <sup>75</sup> con el establecimiento de formas de control del aprovisionamiento en la antigüedad grecorromana, <sup>76</sup> respecto de la Edad Media

73. Cualquier intento de acotar la inmensa bibliografía fundamental resultaría vano. Nos limitaremos a dos libros generales —la vieja compilación de A. J. Taylor, traducida en la actualidad al castellano, *The standard of living in Britain in the industrial revolution*, Londres, Methuen, 1975, y el de J. G. Williamson, *Did British capitalism breed inequality?*, Londres, Allen and Unwin, 1985. Más en concreto, el estudio de Roger Wells, *Wretched faces. Famine in wartime England, 1763-1801*, Gloucester, Alan Sutton, 1988, nos muestra cómo la combinación de la guerra y la crisis económica dio lugar a unos años de hambre que explican los temores de Malthus.

74. También ha surgido, recientemente, la tentación de convertir la historia de la alimentación y de la dieta en poco menos que una rama independiente de la historia. Véase, por ejemplo, Hans J. Teuteberg, *European food history. A research review*, Leicester, Leicester University Press, 1992, con una impresionante información bibliográfica.

75. Elizabeth S. Wing y A. B. Brown, *Paleonutrition. Method and theory in prehistoric foodways*, Nueva York, Academic Press, 1979, con una amplia bibliografía. Mark Nathan Cohen, *The food crisis in prehistory. Overpopulation and the origins of agriculture*, New Haven, Yale University Press, 1977 (hay traducción castellana). Para una actualización de sus puntos de vista, véase la contribución del mismo autor al volumen colectivo coordinado por Lucile F. Newman, *Hunger in history. Food shortage, poverty and deprivation*, Oxford, Blackwell, 1990, pp. 56-97.

76. Peter Garnsey, *Famine and food supply in the Graeco-roman world. Responses to risk and crisis*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

européa,<sup>77</sup> de los cambios introducidos por la colonización de América,<sup>78</sup> etc. Si, en lo que se refiere a la alimentación, considerada aisladamente, resulta ya difícil llegar, como veremos, a algún tipo de conclusión satisfactoria, entrar en el tema más complejo de una estimación del «nivel de vida» que abarque más elementos —que pretenda ir más allá de la mera subsistencia biológica— nos enfrenta a problemas poco menos que insolubles, incluso una vez hemos superado la trampa elemental de suponer que los diversos «niveles» de los grupos que componen una sociedad evolucionan paralelamente, de acuerdo con las cifras «medias» de sus ingresos per cápita (ilusión que basta para contradecir la evidencia de evoluciones divergentes; por ejemplo, la del aumento progresivo del intervalo entre ingresos «medios» de los ciudadanos más ricos e ingresos «medios» de los más pobres que se manifiesta en la sociedad norteamericana actual).

Para Christopher Dyer, el análisis de los niveles de vida en la Inglaterra medieval se desglosa necesariamente en capítulos diversos acerca de la aristocracia, los campesinos, los habitantes de las ciudades y los asalariados (sin olvidar, en este último caso, que las cifras de los salarios no tienen sentido si se examinan al margen de unas circuns-

77. Véase, para Inglaterra, el excelente libro de Christopher Dyer, *Standards of living in the later middle ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989 (hay trad. cast.: Barcelona, Crítica, 1991). Informaciones sobre la alimentación en la Italia medieval podemos encontrarlas en las obras de Montanari o Fumagalli.

78. D. M. Persall, *La producción de alimentos en Real Alto*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1988; Bernard R. Ortiz de Montellano, *Aztec medicine, health and nutrition*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1990; John C. Super, «La formación de regímenes alimentarios en América Latina durante la época de la colonia», en J. C. Super y T. C. Wright, eds., *Alimentación, política y sociedad en América Latina*, México, F.C.E., 1989, etc.

tancias sociales que sólo entendemos a medias).<sup>79</sup> Cuando queramos ir más allá, para hacer comparaciones entre los datos referidos a estos distintos grupos, deberemos tomar en cuenta, además, la diversidad de las expectativas de cada uno de ellos y la existencia de «anomalías y discrepancias entre las condiciones inmateriales y el bienestar económico».<sup>80</sup>

Todo ello parece que debería conducirnos a substituir el uso simplista de índices globales por una pluralidad de enfoques distintos. El primero, el más objetivo y cuantificable —aquél, en consecuencia, al que podría encaminarse más fácilmente buena parte del esfuerzo que hoy se realiza en materia de investigación de salarios y de niveles de vida— es el que se refiere a la desigualdad económica, o al reparto de la riqueza, si se prefiere formularlo así. La complejidad, por una parte, pero también las promesas que ofrece este campo aparecen claramente evidenciadas en la obra de Amartya Sen.<sup>81</sup> La forma en que un enfoque semejante puede enriquecer nuestro conocimiento histórico se advierte en investigaciones concretas como la de Cornwall sobre la Inglaterra de comienzos del siglo XVI,<sup>82</sup> o en

79. Sus observaciones sobre este tema aparecen enriquecidas en el artículo del propio Dyer y de S. A. C. Penn, «Wages and earnings in late medieval England: evidence from the enforcement of the labour laws», *Economic history review*, XLIII (1990), pp. 356-376.

80. Dyer, *Standards of living...*, pp. 274-275.

81. Amartya Sen, *Sobre la desigualdad económica*, Barcelona, Crítica, 1979, a lo que hay que añadir publicaciones más recientes como *Poverty and famines: an essay on entitlement and deprivation*, Oxford, Oxford University Press, 1981; *Resources, values and development*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1984, etc.

82. J. C. K. Cornwall, *Wealth and society in early sixteenth century England*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1988.



las hipótesis de Lindert sobre la relación entre el aumento de la población y la evolución del salario real, como consecuencia de una oferta creciente de trabajo.<sup>83</sup> Y a propuestas más discutibles, pero de las que puede y debe aprovecharse lo que tienen de bueno, como la de Williamson, demasiado amplia tal vez, sobre la evolución a medio y largo plazo de la desigualdad y la pobreza.<sup>84</sup>

Los métodos cuantitativos no son suficientes, en cambio, para el otro tipo de investigaciones, que ha de basarse, ante todo, en la percepción de los cambios por parte de quienes los experimentaron, partiendo de sus expectativas —Dyer ha señalado la diferencia que existía entre las fantasías de las clases populares, que se planteaban en términos de una «tierra de Cucaña» en que hasta las casas eran comestibles, y las de una aristocracia que soñaba en un mundo cortesano que incluía, aparte de los banquetes, otros goces caballerescos—, de unos temores por el futuro que en ocasiones podían ser equivocados —quienes conocemos los pánicos injustificados que los espectros de la anarquía o el bolchevismo han suscitado en nuestro tiempo, hasta llegar a los delirios conspirativos de la John Birch Society, conocemos bien este tipo de miedos, y podemos percatarnos con más facilidad de que la historia está llena de errores de percepción semejantes—, pero que no deben menospreciarse por el hecho de que se haya demostrado

83. Peter H. Lindert, «English population, wages and prices: 1541-1913», en R. I. Rotberg y T. K. Rabb, eds., *Population and economy. Population and history from the traditional to the modern world*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 49-74.

84. J. G. Williamson, *Inequality, poverty and history*, Oxford, Blackwell, 1991.

su condición «fantasmagórica», porque en su tiempo pudieron ser causa determinante de acciones reales por parte de quienes creían en ellos. Hace ya años que Thompson explicó, en las espléndidas páginas dedicadas a la explotación, que la aparente contradicción entre una mejora «objetiva» de las condiciones materiales de vida y un sufrimiento creciente podía explicarse de manera racional.<sup>85</sup>

Las dificultades de la investigación cuantitativa en el terreno de los «salarios reales», y la repugnancia que muchos sienten a trabajar con elementos aparentemente no mensurables, como la percepción social de los hechos, explica que una parte de la investigación que se pretende «dura» haya optado por otras vías, como las de la relación entre hambre, enfermedad y muerte, o las de la llamada «historia antropométrica».

No voy a entrar ahora en la larga trayectoria de los estudios que han pretendido relacionar el hambre con las epidemias y la mortalidad, porque el excelente estado de la cuestión publicado hace un tiempo por Vicente Pérez Moreda<sup>86</sup> me ahorra este trabajo y me permite limitarme a citar algunas publicaciones posteriores a las que él analiza en su texto, y a plantear algunos problemas más concretos.

Hace tiempo que hemos abandonado la ilusión, demasiado simplista, que nos ofrecían aquellas exactas correspondencias entre precios de los granos y curvas demográficas de los primeros trabajos de Meuvret. Se nos ha puesto

85. E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, vol. I, pp. 197-222.

86. Vicente Pérez Moreda, «Hambre, mortalidad y crecimiento demográfico en las poblaciones de la Europa preindustrial», *Revista de historia económica*, VI (1988), pp. 709-735.

sobre aviso acerca de la compleja relación que puede existir entre los rendimientos de las cosechas y los precios,<sup>87</sup> y desde los trabajos de Andrew B. Appleby son muchos los que han comenzado a expresar dudas acerca de «hasta qué punto el hambre era consecuencia directa de la escasez de alimentos y sólo de ella».<sup>88</sup>

Comencemos por la necesidad de definir y evaluar el hambre. Aparte de la difícil estimación de lo que es una nutrición adecuada —que en modo alguno puede reducirse a los elementales promedios de calorías por habitante que suelen usarse—, resulta necesario que nos aproximemos al problema, en cada caso y en cada momento, con un buen conocimiento de la compleja combinación de alimentos con la que cada pueblo ha elaborado las bases de una dieta equilibrada —definida no sólo por razones naturales, sino también culturales—, pero que tiene como consecuencia fundamental la de producir una adaptación a esta dieta que hace difícil su cambio. El ejemplo de los indígenas mexicanos, que desde la conquista española modificaron su religión y su idioma, pero que conservan a grandes rasgos la misma dieta de los tiempos precolombinos, puede ilustrarnos acerca de algo que ya había intuido George Orwell, al afirmar: «Me parece que es lícito sostener que

87. E. A. Wrigley, «Algunas reflexiones sobre la producción y los precios del grano en las economías preindustriales», en *Gentes, ciudades y riqueza*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 134-185.

88. Peter Laslett, «Andrew Appleby. A personal appreciation», en J. Walter y R. Schofield, eds., *Famine, disease and the social order in early modern society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. xii. Una amplia síntesis de las ideas y aportaciones de Appleby se encontrará en «Famine, disease and crisis mortality in early modern society», el trabajo de Walter y Schofield que abre el citado volumen (pp. 1-73).

los cambios de dieta son más importantes que los cambios de dinastía o incluso de religión».<sup>89</sup> El propio ejemplo mexicano nos muestra la gran adaptabilidad de los patrones alimentarios al entorno natural. Si en el caso de los aztecas nos sorprende la importancia del consumo de algas (*Spirulina*) y de las más diversas formas de vida animal («los aztecas —nos dice Ortiz de Montellano— comían prácticamente toda cosa viva que andaba, nadaba, volaba o reptaba»), en el de los otomís vemos cómo lograron adaptarse para sobrevivir en una zona árida y pobre, con un promedio de precipitaciones de 440 mm al año. Los investigadores que, a la vista de que su alimentación actual no contiene la clase de productos que consideramos esenciales para una buena nutrición (carne, fruta, verduras, etc.), esperaban encontrar entre ellos todo tipo de consecuencias médicas de sus deficiencias alimentarias, se vieron sorprendidos al advertir que su dieta era satisfactoria de acuerdo con los niveles medios establecidos en los Estados Unidos.<sup>90</sup>

Pero, incluso si nos limitamos a considerar la disponibilidad o escasez de los alimentos fundamentales, la cosa resulta más complicada de lo que suele pensarse, y nos obliga a abandonar algunas simplificaciones más o menos «malthusianas».<sup>91</sup> John D. Post nos ha mostrado que, por

89. Tomo buena parte de estas consideraciones de Wing y Brown, *Paleo-nutrition*, que he citado más arriba. La afirmación de Orwell, acompañada de otras no menos sensatas sobre la trascendencia de los cambios alimentarios en la historia, se encontrará en *The road to Wigan Pier*, 6.

90. Tomo todas estas consideraciones del excelente libro de Ortiz de Montellano, *Aztec medicine, health and nutrition*, citado anteriormente, pp. 98-119.

91. Véanse, por ejemplo, las dudas que acerca de la relación entre superpoblación y hambre en los países subdesarrollados se expresan en R. D. Lee et al., eds., *Population, food and rural development*, Oxford, Clarendon Press, 1988.

lo que se refiere al hambre de los años cuarenta del siglo XVIII, su incidencia sobre la población no sólo dependió de datos físicos como el volumen de las cosechas, sino también, y sobre todo, «de la efectividad de los programas de ayuda y bienestar públicos, la disponibilidad de reservas y la mejora de la organización social».<sup>92</sup> Un estudio sobre el hambre de las últimas décadas entre los hausas del norte de Nigeria demuestra que, más que a causas naturales, se debe a la ruptura de unos sistemas sociales de producción que en el pasado, con técnicas productivas más rudimentarias, garantizaban una mejor protección de la comunidad ante las malas cosechas. Sus conclusiones vienen a coincidir con los puntos de vista de científicos de otros campos acerca de la naturaleza «social» de muchas catástrofes supuestamente «naturales».<sup>93</sup> Todo lo cual no implica, naturalmente, negar la existencia de catástrofes demográficas desencadenadas, en determinadas circunstancias, por la escasez y las epidemias asociadas a ella.<sup>94</sup>

En los últimos años, y a partir sobre todo de las observaciones formuladas por Amartya Sen acerca de la importancia de distinguir entre disponibilidades de alimentos y acceso a ellos —la diferencia entre *availability* y *entitlement*— se ha tendido a hacer una historia del hambre que

92. John D. Post, *Food shortage, climatic variability, and epidemic disease in preindustrial Europe. The mortality peak in the early 1740s*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, p. 200.

93. Michael Watts, *Silent violence. Food, famine and peasantry in Northern Nigeria*, Berkeley, University of California Press, 1983 (véase la afirmación que se hace en p. 465). K. Hewitt, ed., *Interpretations of calamity from the viewpoint of human ecology*, Boston, Allen and Unwin, 1983.

94. Véase, por ejemplo, el minucioso estudio de Marcel Lachiver, *Les années de misère. La famine au temps du Grand Roi*, París, Fayard, 1991.

toma en cuenta, ante todo, el problema fundamental de la distribución, y que si, por una parte, sirve para hacernos más cautos en la interpretación «malthusiana» del pasado, nos ayuda, por otra, a que examinemos de manera más realista los problemas actuales, alertándonos contra ciertas complacencias prematuras.<sup>95</sup>

Por lo que se refiere a la enfermedad, tal vez se haya abusado de la cita de viejos textos que la ven como una secuela del hambre, lo cual nos ha llevado a pasar por alto que los médicos eran capaces de ir más allá y que comprendían, a su modo, la importancia del contagio y de las defensas naturales. Véase, como ejemplo, este texto de un médico español del siglo XVII que en algún modo se anticipa a McNeill, y que cito en extenso porque no me parece que sea muy conocido:

Pero mirémoslo por otro lado más práctico y tratable. No sea uno el principio de los venenos, sean diversos por todo su ser. Entendamos que los crió Dios distintísimos en varias partes del mundo, y que, como crió diversos animales y yervas ponzoñosas, también esparció diferentes raíces, semillas o astros de enfermedades en distantes climas, no teniéndose en unos la noticia de los otros. Pero como el trato de las gentes ha llevado de unos reynos a otros semillas desconocidas, que después se han recibido

95. En la introducción al volumen colectivo coordinado por L. F. Newman, *Hunger in history* (citado anteriormente), se afirma textualmente: «the history of hunger is embedded in the history of plenty» (p. 3). En este mismo libro se puede encontrar un texto de Amartya Sen —«Food entitlement and economic chains» (pp. 374-386)— que sintetiza sus planteamientos globales. En cuanto a aplicar la experiencia histórica para una mejor comprensión del presente, véase Utsa Patnaik, «Food availability and famine: a longer view», en *Journal of Peasant Studies*, 19, n.º 1 (octubre de 1991), pp. 1-25.

bien y se han conservado, de la misma manera se puede entender de las enfermedades, astros o miasmas de ellas. Sabemos que no se avían visto viruelas en las Indias, que es fruta tan conocida en España y Europa, y que quando Narváez fue contra Cortés a México llevó un negro con esta desdicha, y que la plantó en aquellos reynos, de suerte que se encendió fortísima la epidemia de viruelas y murieron seiscientos mil indios, porque, ignorantes de su veneno, como se veían tan manchado el cutis, se bañaban y, retrocedido, los matava prestamente. Desde entonces son ordinarias allá las viruelas en más o menos copia, conforme las disposiciones en los sugetos. Algunos han pensado que nos retornaron el presente con el morbo gálico, y por esso le llaman indico.<sup>96</sup>

Estamos abandonando también otras interpretaciones mecanicistas que ligan la desaparición de la enfermedad al progreso económico o al avance de la medicina: una medicina científica que, en todo caso, ha llegado muy tardíamente a las capas populares y que ha sido vista con malos ojos por los sectores conservadores de las clases acomodadas (en Portugal se publicó en 1858 un folleto que concluía «recommendo as famílias religiosas cautela com os medicos ..., ja connecidos como inimigos de Deus ou da religiã»).<sup>97</sup> Pero también por la comprobación de que algunas enfermedades comenzaron a retroceder mucho an-

96. Juan Nieto de Valcárcel, *Disputa epidémica*, Valencia, s.l., 1686, pp. 36-37.

97. P. Joze de Souza Amado, *Cautela com os medicos*, Lisboa, Silva, 1858, p. 19. A esta recomendación sigue una receta para la hidrofobia, reproducida de un almanaque eclesiástico de la época, donde se asegura que se puede curar con un emplastro a base de huevos batidos.

tes de que la ciencia médica conociese, no ya remedios eficaces para curarlas, sino ni siquiera sus causas, de lo que es un ejemplo elocuente el rápido descenso de la mortalidad por tuberculosis en la Gran Bretaña del siglo XIX.<sup>98</sup>

Tampoco encaja en este esquema la aparición en pleno siglo XX de una epidemia tan mortífera como la de la llamada gripe española de 1918, que en nueve meses causó en el mundo entero 25 millones de muertos; más que los que había producido la primera guerra mundial. La convicción de que los progresos de la alimentación, la higiene y la medicina han hecho desaparecer de nuestro mundo las grandes epidemias del pasado explica que nos neguemos a considerar esta gripe como una de ellas y que reciba por lo general un tratamiento puramente anecdótico.<sup>99</sup>

Mientras en su último libro Thomas McKeown trataba de ofrecernos una visión revisada de viejos planteamientos «malthusianos»,<sup>100</sup> Mark Nathan Cohen, a la vez que matiza la imagen feliz de los pueblos primitivos que se ha puesto de moda entre nosotros en los últimos años —a partir de visiones como la de Marshall Sahlins—, desmitifica los efectos del «progreso» sobre la alimentación y la salud de los hombres, insistiendo en que muchas mejoras tan sólo han alcanzado —en los imperios de la antigüedad como en los países de lo que llamamos el Tercer Mundo actual—

98. Como muestra de una bibliografía extensa sobre el tema, véase F. B. Smith, *The retreat of tuberculosis*, Londres, Croom Helm, 1988.

99. A. W. Crosby, *America's forgotten pandemic. The influenza of 1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

100. Thomas McKeown, *Los orígenes de las enfermedades humanas*, Barcelona, Crítica, 1990.

a las clases privilegiadas.<sup>101</sup> Los caminos por los que hay que avanzar para resolver tales problemas parecen dirigirse hacia respuestas menos simplistas, que examinen en detalle cada momento en el tiempo y cada grupo de enfermedades, como hace Alex Mercer. Lo que parece más claro hoy por hoy es que, en el caso de la mayor parte de las enfermedades «transmisibles», el papel de la mejora en la alimentación, si lo ha habido, no ha sido importante. Tendríamos así, ante todo, un conjunto de causas de naturaleza inmunológica. Como en el caso de la práctica desaparición de la lepra, el gran azote medieval, desde el comienzo de los tiempos modernos, que parece debida a la difusión de la tuberculosis, que habría creado cierta inmunidad entre los que sobrevivían a su ataque.<sup>102</sup> Por otra parte tenemos, como ya aclaró hace años Biraben, el fin de las grandes epidemias de peste, por razones también de naturaleza inmunológica, pero reforzadas probablemente por una mutación de los virus. Ello habría dejado como grandes causas de mortalidad por enfermedad en el siglo XVIII la viruela, la tuberculosis y el tifus. En lo referente a la viruela, los efectos de la inoculación y la vacuna habrían resultado decisivos. Menos claro resulta el caso de la tuberculosis, al que antes he aludido. En cambio, la disminución en el transcurso del siglo XIX de la mortalidad

101. Mark Nathan Cohen, *Health and the rise of civilization*, New Haven, Yale University Press, 1989, citas de las pp. 133 y 141. Véanse, sin embargo, las críticas que este libro ha recibido por parte de Roy Porter —«Confounding Malthus», *London Review of Books* (21 de diciembre de 1989), p. 13— y de Andrew Wear —*Times Literary Supplement* (23 de febrero de 1990), p. 191.

102. Françoise Bérécas, *Histoire del lépreux au Moyen Âge*, Paris, Imago, 1988, pp. 265-270.

infantil por disentería, y de otras enfermedades asociadas, sería consecuencia de la introducción de medidas higiénicas, y en especial de la mejora del abastecimiento de agua y del sistema de cloacas, impulsada por la nueva conciencia creada en el siglo XIX por la lucha contra el cólera.<sup>103</sup> Sin olvidar, además, que nos hemos acostumbrado a generalizar demasiado alegremente al mundo —o, por lo menos, a Europa— algunos resultados deducidos de la situación en un país concreto —casi siempre Gran Bretaña o Francia, donde abundan más los estudios de demografía histórica—, sin pararnos a comprobar si en otros se estaba dando simultáneamente la misma secuencia de causas y efectos. Un estudio reciente sobre la disminución de la mortalidad en Europa, no sólo muestra diferencias muy notables acerca de la época en que se produjeron determinados cambios, sino que llega a sugerir «que pueden haber existido diversos caminos hacia la transición en la mortalidad, que los investigadores no han sacado aún a la luz».<sup>104</sup>

Parece, pues, que necesitamos un repertorio de soluciones mucho más matizado y complejo, que debería reemplazar las viejas simplificaciones que ligaban el descenso de la mortalidad a causas únicas, como la mejora de la alimentación o los progresos de la medicina.

No quisiera, sin embargo, abandonar este aspecto del tema que nos ocupa sin mencionar las palabras que le ha dedicado Miroslav Holub, al denunciar que la visión que

103. Alex Mercer, *Disease, mortality and populations in transition*, Leicester, Leicester University Press, 1990.

104. R. Schofield y D. Reher en el libro del que ellos mismos son *editors*, junto a A. Bideau: *The decline of mortality in Europe*, Oxford, Clarendon Press, 1991, p. 7.

asocia el progreso humano a la liberación del espectro de la enfermedad es falsa:

El Ángel de la Enfermedad es idéntico al fenómeno histórico de la humanidad. La humanidad no existiría de no haber sido por la presión evolutiva de la muerte y la enfermedad. ... La enfermedad es algo íntimamente ligado a nuestra identidad, integrado no sólo en nuestra historia, sino posiblemente también en nuestra herencia física.<sup>105</sup>

El surgimiento, cuando creíamos que estábamos ganando las últimas batallas contra los microbios y los virus, de una amenaza como la del sida, la reaparición del cólera en América Latina y la renovada expansión de la malaria en el sureste asiático deben servirnos de advertencias contra la falacia de estas visiones simplistas, por un lado, e invitarnos a que reflexionemos sobre la dimensión social del problema.

La obsesión cuantificadora explica posiblemente el éxito alcanzado por una técnica de innegable utilidad, pero cuyas aportaciones me parece que se exageran cuando se pretende hablar, presentándola como un campo independiente, de «historia antropométrica».

Que existe una relación entre la calidad y abundancia de la alimentación y el tamaño corporal es algo que se convirtió en poco menos que un tópico en la primera mitad del siglo XIX, gracias a las observaciones de quienes, estudiando la condición de vida de los trabajadores —y apro-

105. Miroslav Holub, «This long disease, our history», *Times Literary Supplement* (5 de octubre de 1990), pp. 1.051-1.052.

vechando los datos reunidos por el reclutamiento militar— señalaron que el empobrecimiento parecía causar una reducción de la talla de los hombres. Lo comprobó Villermé en 1829, y el belga Eugène Buret utilizó los mismos datos franceses, en 1840, para deducir consecuencias acerca del empobrecimiento popular a partir de la disminución de la estatura media de los reclutas procedentes de la clase trabajadora.<sup>106</sup>

En la etapa que va del gran miedo social de 1848 hasta la primera guerra mundial este tipo de discurso humanitario fue reemplazado en buena medida por otro muy distinto: el de la degeneración biológica de las capas más pobres de la población urbana, como consecuencia de sus vicios y defectos.<sup>107</sup> Era el temor a las «clases peligrosas», por una parte, pero sobre todo a las masas revolucionarias, el que lo inspiraba.

La recuperación del estudio de las relaciones entre alimentación y estatura se ha producido en fechas recientes. Su más ambicioso patrocinador ha sido John Komlos, quien ha pretendido basar en su investigación del caso austriaco una auténtica «historia antropométrica», con la que abriría una nueva y amplia vía: «Por primera vez —afirma— procesos biológicos, demográficos y económicos son integrados en una teoría de la Revolución industrial que

106. Eugène Buret, «De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France», p. 531 (utilizo este libro en su segunda edición —Bruselas, Société Typographique Belge, 1843— publicado en un solo volumen, y con una única paginación, con el título general de *Cours d'économie politique*, junto a otras obras de A. Blanqui y P. Rossi. Esta edición es, al parecer, la que manejaron Marx y Engels, y donde este último debió leer una obra que influiría en su estudio sobre la clase obrera inglesa).

107. Daniel Pick, *Faces of degeneration. A European disorder, c. 1848-c. 1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

no sólo es aplicable a la Europa central del este, sino a la experiencia europea, considerada en general». <sup>108</sup>

Más específicamente relacionada con los problemas generales del estudio del nivel de vida es la ambiciosa investigación de Floud, Wachter y Gregory. <sup>109</sup> Sus conclusiones son, además, mucho más matizadas y prudentes que las de Komlos, puesto que rehúyen la propuesta de modelos simplistas y afirman que no hay una correlación directa entre mejora del salario y de la condición de vida, ya que los ingresos han podido aumentar a costa de un empeoramiento en otros aspectos —vivienda, entorno, dieta, intensidad del trabajo, etc.—, que pueden haber tenido repercusiones negativas sobre la salubridad, y sobre la estatura, de la población obrera en la primera mitad del siglo XIX. <sup>110</sup> E incluso después de 1850, cuando la evidencia de una mejora en el ingreso y en los niveles de nutrición es indiscutible, sigue presentándose alguna incógnita difícil de resolver, como la de explicar por qué la mortalidad infantil no disminuyó hasta el siglo XX. Este libro tiene cuando menos la virtud de integrar las técnicas de la historia antropométrica en un conjunto de consideraciones más amplias,

108. John Komlos, *Nutrition and economic development in the Eighteenth-century Habsburg monarchy. An anthropometric history*, Princeton, Princeton University Press, 1989, p. 3. No me ocuparé aquí de la simplista hipótesis global de Komlos, válida poco menos que para interpretar toda la historia universal, que me parece de escaso interés.

109. Roderick Floud, Kenneth Wachter y Annabel Gregory, *Height, health and history. Nutritional status in the United Kingdom, 1750-1980*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

110. Comprueban, de hecho, que la estatura, que habría aumentado en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII, «en el período de la Revolución industrial», disminuyó de nuevo en la primera mitad del siglo XIX y «volvió a ascender gradualmente hasta alcanzar de nuevo su máximo anterior alrededor de la primera guerra mundial» (p. 325).

que toman en cuenta el contexto físico global de la existencia humana, y las desigualdades internas de la sociedad, lo cual explica que los autores definan su investigación como «una contribución tanto a la enfermiza ciencia de la economía como a las más esperanzadoras ciencias de la historia y de la biología humana».

Quisiera que quedase claro que las cautelas expresadas aquí no deben verse como una actitud negativa ante los estudios que tratan de esclarecer problemas tan fundamentales para el historiador como son los de la evolución del salario, el cálculo de su poder adquisitivo, la evolución de la alimentación y otras condiciones que contribuyen a la calidad de la vida de los seres humanos, ni ante unas investigaciones antropométricas que pueden proporcionarnos —cuando son como la de Floud, Wachter y Gregory— enfoques muy interesantes. Las dudas expresadas acerca de algunos resultados no niegan la validez de las investigaciones sobre estos temas, sino que expresan el deseo, y la esperanza, de que se intensifiquen y renueven. <sup>111</sup>

Al criticar las respuestas demasiado elementales —y, sobre todo, la tentación de usar un indicador cuantitativo aislado para medir la evolución de un fenómeno tan complejo como la «calidad de vida», o la utilización de promedios que nos ocultan la importancia de las desigualdades sociales— no me alejo, además, de planteamientos

111. Como lo hacen Penn y Dyer, en el artículo que he citado antes, cuando concluyen: «Las series de salarios, y sobre todo las gráficas de Phelps Brown y Hopkins, que semejaban a quienes estudiaban la economía medieval islas firmes de hechos en un mar cambiante de opiniones, no nos parecen ya tan seguras. No marcan el fin de nuestra búsqueda de conocimiento acerca del asalariado medieval, sino más bien el comienzo de una nueva etapa», S. A. C. Penn y C. Dyer, «Wages and earnings...», p. 372.

como los de Vera Zamagni, cuando nos propone una aproximación a los métodos de Amartya Sen, tanto en lo que se refiere a «la necesidad de utilizar la distribución de los ingresos para evaluar correctamente las cifras de ingreso per cápita», como en su propuesta de abandonar las medidas de bienestar basadas en «paquetes de mercancías» e integrar en ellas, en cambio, indicadores como la esperanza de vida, la mortalidad infantil, la alfabetización, la escolarización, la desnutrición y «otros semejantes que se usaron en el pasado bajo el rótulo genérico de la "calidad" de vida».<sup>112</sup> Añadiéndole, además, otros elementos que hoy no son cuantificables pero que resultan decisivos, como las experiencias y las expectativas de los diversos grupos sociales, ya que, al fin y al cabo, la «calidad» que pretendemos medir depende esencialmente de la percepción de los propios sujetos que estudiamos.<sup>113</sup> Lo cual significa, sencillamente, que un estudio de esta naturaleza —si pretende ser realmente «científico» y no una mera caricatura cientifista— ha de integrar toda una serie de elementos culturales en los que se fundamentan —y mediante los cuales se expresan— las experiencias vividas y las esperanzas de los seres humanos.

112. Vera Zamagni, «An international comparison...» (citado más arriba), p. 125.

113. K. D. M. Snell, *Annals of the labouring poor. Social change and agrarian England, 1660-1900*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, señala las distorsiones que se introducen cuando se enjuicia la calidad de vida de los hombres del pasado en función de las prioridades de los del presente, en lugar de esforzarse en «comprender y adoptar las prioridades de los trabajadores de la época, de acuerdo con las cuales valoraban ellos los cambios sociales y económicos que les afectaban» (p. 4). En ocasiones, unos versos del «poeta campesino» John Clare ilustran más acerca de las consecuencias «vividas» de las *enclosures* que los más refinados análisis cuantitativos.

## HISTORIA, ESPACIO Y RECURSOS NATURALES: DE LA GEOGRAFÍA HUMANA A LA «ECOHISTORIA»

Aunque no se trata aquí de agotar las diversas dimensiones del cientifismo, consideraré otro aspecto que puede ayudarnos a ilustrar mejor la dificultad de reducir a fórmulas y a modelos de análisis simplistas unos problemas tan ricos y complejos como son aquellos a que habitualmente se enfrenta el historiador. Con la particularidad de que éste es también uno de esos campos en que se está manifestando la tentación de construir una «nueva rama de la ciencia».

La creciente preocupación por los recursos naturales de nuestro planeta —por los problemas que plantea su escasez o su conservación— ha dado lugar a un interés renovado por los estudios sobre el medio, que ha conducido a adaptaciones lógicas y razonables de la temática tradicional,<sup>114</sup> pero también a rápidas y superficiales tentativas

114. En la línea de los trabajos de J. Martínez Alier y, sobre todo, en la que apunta en trabajos, poco conocidos aún, de Juan Carlos Garavaglia.



de aprovechamiento de la moda para vender vieja mercancía con denominaciones más atractivas, y sugeridoras de novedad, como «ecohistoria»,<sup>115</sup> *environmental history*, etc. Uno se encuentra, así, con que un investigador que hasta hoy había publicado seis libros sobre política británica desde 1940 hasta la actualidad, nos «sorprende» con *Una historia verde del mundo*<sup>116</sup> en que pretende reinterpretar toda la historia de la humanidad con cuatro lugares comunes y algunas trivialidades, cuando los auténticos expertos intentan, en vano, convencernos de lo complejos que son los sistemas naturales sobre los que operamos —y opinamos— con tan alegre inconsciencia.

En realidad, la preocupación de los historiadores por el espacio, el clima y los recursos naturales no es nueva, aunque haya variado su enfoque desde el siglo XVIII. Hasta entonces la historiografía europea —de hecho, la civilización europea entera— prestó una atención preferente a dos cuestiones: el dominio del hombre sobre la naturaleza (con la idea de que su acción sobre ella era siempre para «mejorarla») y la influencia del medio sobre la cultura.<sup>117</sup> Que la acción del hombre sobre el medio pudiese tener efec-

115. Por ejemplo, Piero Pierotti, *Introduzione all'ecostoria*, Milán, Franco Angeli, 1982.

116. Clive Ponting, *A green history of the world*, Londres, Sinclair Stevenson, 1991. En su capítulo final, tras repasar todo el curso de la historia humana, se llega a conclusiones tan «sensacionales» como la de que «la más importante ruptura de las limitaciones ecológicas básicas ha sido el aumento del número de los seres humanos más allá del nivel que podían sostener los ecosistemas naturales» (p. 393).

117. Véase, acerca de ello, el admirable libro de Clarence J. Glacken, *Traces on the Rhodian shore. Nature and culture in Western thought from ancient times to the end of the eighteenth century*, Berkeley, University of California Press, 1990 (la edición original es de 1967).

tos nefastos es algo que empezaron a advertir los hombres de ciencia del siglo XVIII, observando las consecuencias de las roturaciones abusivas, pero ello no sirvió para evitar las fatales consecuencias que para la Europa mediterránea del siglo XIX tuvieron la deforestación y, sobre todo, la roturación abusiva de montes y pastos, como resultado de aplicar mecánicamente modelos de cultivo pensados para otras condiciones naturales (lo que no significa tampoco que en tales «otras» condiciones —las de la Europa central y del norte— fuesen «beneficiosos» para la conservación de los recursos naturales). En cuanto a la ecología propiamente dicha, su nacimiento suele fecharse a fines del siglo XIX, aunque la verdad es que su definición precisa —de la que depende, como es lógico, la filiación ideológica que le busquemos— sigue siendo objeto de discusión.<sup>118</sup>

Volviendo a la ciencia histórica —a la integración del estudio del medio dentro del de la evolución de las sociedades humanas—, no se puede ignorar la aportación de la geografía histórica tradicional, que en sus formas más modernas, como en la obra de Pounds,<sup>119</sup> integra elementos de historia agraria de un innegable interés, ni la forma en que la vieja escuela de *Annales* supo sacar provecho del legado de la geografía humana francesa de los Vidal de la Blache, Demangeon, Sorre, etc., como se puede advertir en libros tan admirables como *La terre et l'évolution*

118. Libros como el de Anna Bramwell, *Ecology in the 20th century*, New Haven, Yale University Press, 1989, y el de Joan Martínez Alier, *L'ecologisme i l'economia*, Barcelona, Edicions 62, 1984, dan interpretaciones muy distintas de lo que sea ecología (entre las que prefiero, con mucho, la de Martínez Alier).

119. N. J. G. Pounds, *An historical geography of Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; *La vida cotidiana: historia de la cultura material*, Barcelona, Crítica, 1992, etc.

humaine de Febvre o, sobre todo, en la *Historia rural francesa* de Bloch,<sup>120</sup> aunque posteriormente esta preocupación acabase convirtiéndose en manierismo —limitada a unos largos antecedentes geográficos de carácter meramente descriptivo que no se integraban en la investigación—, lo que explica que una crítica reciente denunciase, pienso que prematuramente, el envejecimiento de la «historia rural» francesa.<sup>121</sup>

Hay también una doble tradición anglosajona que se apoya, por una parte, en los estudios de historia agraria británicos, con ese monumento a punto de concluir que es *The agrarian history of England and Wales*<sup>122</sup> y con obras recientes que muestran claros signos de innovación metodológica,<sup>123</sup> y por otra, en una vertiente norteamericana que tiene, desde hace muchos años, una orientación ecológica acentuada, tal como se manifiesta en la obra de

120. Una valoración de estas relaciones entre geografía e historia —«une histoire compréhensive, telle que l'a développée l'École des Annales»— se puede encontrar en el prólogo que Pierre Flotras ha escrito para la reciente reedición de la obra de Roger Dion: *Histoire du paysage rural français*, Paris, Flammarion, 1991.

121. «The innovative works of social history that ushered in the golden age ... are now old, and French agrarian history has grown weak and tired», Philip Hoffman, en *Agricultural history*, 64, n.º 4 (California, 1990), p. 117. La observación no hace justicia, sin embargo, a recientes desarrollos, como los estudios sobre el bosque de Corvol, Dornic o Woronoff (*Forges et forêts. Recherches sur la consommation proto-industrielle de bois*, Paris, EHESS, 1990) y otros a que me referiré más adelante.

122. Una muestra de este estilo de trabajo nos la ofrece el volumen colectivo, compilado por J. Chartres y D. Hey, *English rural society, 1500-1800. Essays in honour of Joan Thirsk*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

123. Como el volumen colectivo, «editado» por Bruce M. S. Campbell y Mark Overton, *Land, labour and livestock. Historical studies in European agricultural productivity*, Manchester, Manchester University Press, 1991.

hombres como Carl O. Sauer,<sup>124</sup> Alfred W. Crosby<sup>125</sup> o J. R. Kloppenburg.<sup>126</sup> Al igual que es de origen anglosajón la difusión de un enfoque ecológico en la arqueología de la antigüedad.<sup>127</sup> Y no deberíamos olvidar lo que haya de aprovechable en la vieja aportación de la geopolítica alemana.<sup>128</sup> Elementos de carácter ecológico tienen, por otra parte, una importancia creciente en la extensión de los métodos arqueológicos a períodos más recientes de la investigación histórica y, sobre todo, en la aparición de una «arqueología agraria» que se ocupa de temas como «la historia del medio humanizado» o que ha creado explotaciones experimentales para reproducir satisfactoriamente las viejas condiciones de producción.<sup>129</sup>

Ante estos y otros muchos precedentes, y ante la evi-

124. Carl O. Sauer, *Agricultural origins and dispersals*, Nueva York, American Geographical Society, 1952 (cuyo primer capítulo se titula «Man-Ecologic dominant»). Una visión más amplia de esta escuela se puede obtener en el volumen colectivo, preparado por William L. Thomas, Jr., *Man's role in changing the face of the Earth*, Chicago, University of Chicago Press, 1965, que recoge los trabajos presentados a una conferencia presidida por Sauer, Marston Bates y Lewis Mumford. Se hace difícil aceptar como «reciente» una preocupación ecológica que hace cerca de treinta años podía ofrecer una suma de trabajos tan ambiciosa. Lo que es «reciente» es su descubrimiento por parte de algunos conversos que, encima, creen estar navegando por primera vez estas aguas.

125. Como *The Columbian Exchange: Biological and cultural consequences of 1492*, Westport, Greenwood Press, 1972, o *Imperialismo ecológico*, Barcelona, Crítica, 1988.

126. Jack Ralph Kloppenburg, Jr., *First the seed. The political economy of plant biotechnology, 1492-2000*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

127. Puede servir de ejemplo, como muestra de una amplísima bibliografía, el libro de Karl W. Butzer, *Archaeology as human ecology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

128. Friedrich Ratzel, *La géographie politique*, Paris, Fayard, 1987. Michel Korinman: *Quand l'Allemagne pensait le monde. Grandeur et décadence d'une géopolitique*, Paris, Fayard, 1990.

129. Véase, como introducción a esta temática, Jean Guilaine, ed., *Pour une archéologie agraire*, Paris, Armand Colin, 1991.

dencia de que ha habido una continuidad sin interrupciones en los trabajos históricos que toman en cuenta la importancia del medio natural,<sup>130</sup> no se comprende el sentido que pueda tener el intento de presentarse ahora como descubridores de territorios de investigación supuestamente inexplorados, como Donald Worster, quien, al frente de una obra colectiva, proclama: «El propósito de este libro es introducir a los lectores en el nuevo y rápidamente creciente campo de la historia del entorno» (*environmental history*),<sup>131</sup> o con la declaración de Alberto Caracciolo y Gabriella Bonacchi, en otra introducción semejante: «La redefinición de campos y metodologías es una urgencia que parece hoy advertir toda la investigación historiográfica», a lo que añaden que «la investigación histórica sobre el medio ambiente es un ámbito al cual la historiografía se ha enfrentado recientemente».<sup>132</sup> Claro que en este caso hay

130. Véanse, para observar la continuidad de su aparición, ejemplos como: A. Maczak y W. N. Parker, eds., *Natural resources in European history*, Washington, Resources for the Future, 1978; Gary A. Klee, *World systems of traditional resource management*, Londres, Edward Arnold, 1980; Annalisa Guarducci, ed., *Agricoltura e trasformazione dell'ambiente, secoli XII-XVIII*, Prato, Istituto Internazionale di Storia Economica F. Datini, 1984; Andrée Corvoil, *L'homme aux bois. Histoire des relations de l'homme et de la forêt, XVII-XXI siècles*, Paris, Fayard, 1987; N. D. G. James, *A history of English forestry*, Oxford, Blackwell, 1990 —publicado originalmente en 1981— (en los libros de Corvoil y James se encontrará una abundante bibliografía sobre este capítulo fundamental, y nada nuevo, que es la «historia forestal», que cuenta incluso con una revista especializada en Estados Unidos).

131. Donald Worster, ed., *The ends of the Earth. Perspectives on modern environmental history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. vii.

132. Alberto Caracciolo y Gabriella Bonacchi, *Il declino degli elementi. Ambiente naturale e rigenerazione delle risorse nell'Europa moderna*, Bologna, Il Mulino, 1990, pp. 7-8. Todo lo cual se viste además —seguramente para mostrar su novedad— con una jerga pretenciosa que transcribo sin ni siquiera intentar traducir: «Compete allora alla ricerca ricostruire quella che è stata, in contesti determinati, l'"esperienza" storica della natura come *Umwelt*: il mondo

una palabra que les traiciona: la de «redefinición». Puesto que estamos, en efecto, más ante una operación de traducción —de transvestismo léxico— que de cambio de objeto o de método. Y en algún caso ni siquiera de esto, sino de una mera concesión a la moda, sin temor al ridículo, como cuando un crítico nos propone una «lectura ecológica» de un poema romántico y acaba diciendo que «“La casa de campo en ruinas” de Wordsworth propone que la supervivencia de la humanidad ha de venir con la recuperación por parte de la naturaleza de los edificios de la civilización»,<sup>133</sup> o sea, sencillamente, con el retorno del hombre a las cavernas.

Esto no sería grave —podría considerarse como una simple argucia de vendedor que repinta un poco su vieja mercancía para adaptarla a las nuevas modas—, si no fuese porque se corre el riesgo de que ese repintado, al insistir en la novedad «cientifista» para ocultar sus añejos orígenes, nos lleve a alejarnos de la única forma sensata de operar en el estudio de la relación del hombre con el medio, que es partir del conocimiento previo del trabajo ya realizado, y nos conduzca a repetir viejos abusos que ya se cometieron en la historia del clima y que condujeron a «hallazgos» como los del libro de Le Roy Ladurie en que se nos ilustra acerca de la historia de algunos glaciares, sin añadir nada que sirviese para entender las consecuencias

più o meno plasmabile che ci circonda. Laddove per esperienza bisognerà intendere il nesso indestricabile tra caratteristiche di "ciò che sta fuori" dell'immaginario e quanto l'immaginario elabora in rappresentazioni mentali», etc.

133. Jonathan Bate, *Romantic ecology: Wordsworth and the environmental tradition*, citado por John Barrell en la *London Review of Books* (15 de agosto de 1991), p. 16.

de los cambios climáticos sobre los hombres —más allá de hechos tan poco significativos como que los habitantes de las zonas alpinas habían de abandonar sus casas cuando el avance de los hielos las derribaba.

Ha pasado ya —o debía haber pasado, por lo menos— la ilusión simplista de identificar el cambio climático con la temperatura media —las «pequeñas edades glaciales»— o con la pluviosidad total. Se han revisado afirmaciones demasiado rotundas sobre las «causas climáticas» de determinados acontecimientos históricos y sobre sus consecuencias universales, que comenzaron con la fantasía de atribuirlo todo a la influencia ejercida por las manchas solares, y nuestra comprensión de los mecanismos determinantes del cambio climático ha mejorado.<sup>134</sup>

Pero no basta con introducir en nuestros análisis una visión mucho más compleja que tenga en cuenta la trascendencia que tienen, por ejemplo, los cambios en la circulación de los ciclones, que permiten explicar que lo que en un lugar se nos aparece como empeoramiento resulte ser una mejora coetánea de la situación en otro,<sup>135</sup> y que abandone la idea de grandes mutaciones climáticas de efec-

134. Véase, por ejemplo, M. L. Parry, *Climatic change, agriculture and settlement*, Folkestone, Dawson, 1978, y, sobre todo, H. H. Lamb, *Climate, history and the modern world*, Londres, Methuen, 1982, donde se sostiene que el cambio climático ha sido, con frecuencia, más «una influencia desestabilizadora y un catalizador del cambio» que una causa inmediata de él, y que lo que ha hecho en muchas ocasiones es «concentrar las cargas del sufrimiento en los miembros más débiles de la comunidad nacional e internacional» (p. 309).

135. Véanse, sobre esto, las cortas pero inteligentes páginas que le ha dedicado L. N. Gumilev en *Searches for an imaginary kingdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 18-26 (un libro, por cierto, demasiado inteligente, lo cual no le ha sido perdonado por los «especialistas» al hijo de Ana Ajmatova, lo que explica que lo hayan combatido, como suele hacerse en estos casos, silenciándolo) (hay trad. cast. en Crítica, Barcelona, en preparación).

tos universales y fáciles de detectar,<sup>136</sup> sino que necesitamos alcanzar una interpretación más «humanizada» de los efectos del clima. Jan de Vries nos ha prevenido: «La influencia del cambio climático es real; la dificultad en detectarla puede proceder del hecho de que hemos tendido a buscarla en lugares equivocados». Puesto que, en efecto, nos hemos empeñado en estudiarla, sobre todo, en relación con las crisis a corto plazo, cuyos efectos resultan así dramatizados, sin darnos cuenta de que éstos pueden acabar siendo, a la larga, mucho menores de lo que parecían inicialmente, porque las sociedades, incluso las de tecnología muy primitiva, tienen una capacidad considerable de adaptación a largo plazo. «Al evaluar las consecuencias humanas del cambio climático nuestra atención debe enfocarse hacia estos procesos de adaptación.»<sup>137</sup>

Al fin y al cabo, los estudios actuales nos revelan, como ya se ha apuntado, que los «desastres naturales» a los que achacamos la culpa de daños de efectos catastróficos para determinadas sociedades humanas no siempre suelen ser tan «naturales» como se dice.<sup>138</sup> Lo que viene a otorgar al

136. Una ojeada de fácil comprensión a los métodos actuales de estudio paleoclimático, que incluyen procedimientos tan complejos como la estratigrafía isotópica, se encontrará en Jean-Claude Duplessy y Pierre Morel, *Gros temps sur la planète*, Paris, Odile Jacob, 1990.

137. Jan de Vries, «Measuring the impact of climate on history: the search for appropriate methodologies», en R. I. Rotberg y T. K. Rabb, eds., *Climate and history*, Princeton, Princeton University Press, 1981, pp. 21-50.

138. K. Hewitt, ed., *Interpretations of calamity*, Boston, Allen and Unwin, 1983. Recuérdese que, como se ha dicho anteriormente, Post rompió el viejo mito que enlazaba mecánicamente malas cosechas, precios altos del grano, hambre y mortalidad, advirtiéndonos de que los efectos de una carestía alimenticia sobre una sociedad concreta dependían en gran medida de la forma en que ésta estuviese organizada para hacerles frente y auxiliar a sus miembros más desfavorecidos.

historiador una función semejante a la del revolucionario, según los versos de Brecht:

...wo Unterdrückung herrscht und von Schicksal die Rede ist,  
wird er die Namen nennen.<sup>139</sup>

Hemos hablado del clima a título de ejemplo, y para mostrar los abusos cometidos en este terreno. Lo mismo podría suceder con ese otro estudio, más amplio y ambicioso, que nos proponen ahora la «ecohistoria» o la *environmental history*, y con la «toma de conciencia» de los problemas actuales y futuros para la que deberían servir. El hecho de que comiencen ignorando la evolución histórica de nuestras ideas acerca de las relaciones del hombre con la naturaleza —expuesta admirablemente en el libro de Glacken a que me he referido más arriba— les conduce a dar por supuesto que los problemas de deterioro del medio a que nos enfrentamos hoy son, simplemente, una consecuencia del «desarrollo humano» —en una simplificación semejante a la que se contenta con plantear el problema del hambre en términos «malthusianos» de crecimiento de la población—<sup>140</sup> y que nuestra misión de adelantados del progreso nos obliga a encontrar ahora, para nosotros y para el conjunto de la humanidad, las soluciones técnicas y políticas para estos problemas.

139. «Donde la opresión reina y se habla de destino, él dirá los nombres», Bertolt Brecht, «Lob des Revolutionärs», en *Gesammelte Gedichte*, Frankfurt, Suhrkamp, 1976, p. 467.

140. Véase sobre esta supuesta correlación entre crecimiento de la población y deterioro del medio lo que dice Barry Commoner, *En paz con el planeta*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 138-144.

El primero de los errores de tal planteamiento es el de ignorar que, lejos de ser consecuencia del «desarrollo humano», este deterioro creciente lo es ante todo del modelo europeo de desarrollo industrial depredador —tanto en su variante capitalista tradicional como en la, hoy frustrada, de la industrialización centralizada de los viejos «países del Este». Otras líneas de desarrollo que debieron adaptarse, en condiciones distintas, a países de medios más escasos, o que tropezaron tempranamente con estos mismos problemas, condujeron a otros pueblos a cobrar conciencia mucho antes de su naturaleza real y a buscar vías para su remedio. Uno de los grandes méritos de las investigaciones de John Murra sobre las viejas culturas andinas es el de haber descubierto la complejidad de su ajuste con el medio, al igual que Ángel Palerm nos ha mostrado la importancia de las obras hidráulicas prehispánicas que permitieron desarrollar la población del valle de México hasta alcanzar la magnitud y esplendor de la Tenochtitlan que encontraron los conquistadores.<sup>141</sup>

La preocupación por los problemas de las selvas amazónicas ha llevado a los investigadores a descubrir que son ecosistemas más frágiles de lo que se creía, y que las poblaciones nativas aprendieron, por un largo proceso adaptativo, a desarrollar formas de explotación adecuadas a su conservación, hasta el punto que hoy se nos propone apren-

141. John V. Murra, «El "control vertical" de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas», en *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1975; Ángel Palerm, «Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del valle de México», en *México prehispánico. Evolución ecológica del valle de México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.

der de sus métodos y sistemas de explotación, «como algo paralelo, si no prioritario, a introducir una tecnología avanzada del uso de los recursos».<sup>142</sup>

No se debe caer, sin embargo, en la trivialidad de suponer que todo lo que necesitamos es tomar ejemplo de las prácticas de otras culturas, sin más. En cuanto se refiere a la deforestación, por ejemplo, nos encontramos con que no parece haber habido, por lo menos en líneas generales, una conciencia adecuada de la naturaleza del problema en la India, tal vez porque su agravamiento real date ante todo de la época en que los británicos comenzaron a interferir en su evolución.<sup>143</sup> Al contrario de lo sucedido en el Japón, donde, habiéndose llegado a graves problemas de deterioro como consecuencia de las roturaciones que exigía la subsistencia de una población muy densa, el proceso fue contenido ya a fines del siglo xvii y en el siglo siguiente «se adoptaron métodos para aumentar la deseada producción de los bosques, en un proceso que implicó el paso del Japón de la explotación a la foresticultura regenerativa».<sup>144</sup>

Lo que esto nos indica, ante todo, es la necesidad de no reducir el estudio del medio a una serie de problemas que deben ser considerados únicamente desde la perspectiva científico-natural y de la tecnología de su uso. Es necesario que introduzcamos en el análisis elementos «sociales» sin los cuales toda explicación de lo ocurrido será

142. Michael J. Eden, *Ecology and land management in Amazonia*, Londres, Belhaven Press, 1990, pp. 82-85.

143. M. V. Nadkerni et al., *The political economy of forest use and management*, Nueva Delhi, Sage, 1989.

144. Conrad Totman, *The green archipelago. Forestry in preindustrial Japan*, Berkeley, University of California Press, 1989, p. 174.

insuficiente y toda propuesta de remedio puede quedar en mera retórica moralizante. Esta conciencia, que inspira algunos trabajos de Martínez Alier,<sup>145</sup> me parece sobre todo visible en otros, desgraciadamente poco conocidos, de Juan Carlos Garavaglia, quien señala la necesidad de introducir, al lado del estudio de «las relaciones entre las plantas, los animales, los hombres y el *medio abiótico* —es decir, los elementos climáticos, edáficos e hidrográficos», el de las relaciones que los hombres establecen entre sí como consecuencia de su participación en este proceso, incluyendo en ellas «la tecnología y los saberes que los hombres han ido acumulando en sus complejas relaciones con la naturaleza».<sup>146</sup>

Espero que, habiendo llegado a este punto, se entienda que no me propongo, en modo alguno, minimizar la importancia del estudio del medio natural asociado al del hombre. Pero una cosa es que se deban utilizar los más modernos procedimientos científicos —y pedir el auxilio de los especialistas para la adecuada interpretación de los resultados alcanzados con ellos— con el objeto de profundizar en este estudio de las transformaciones del medio natural, y otra que el historiador haya de convertirse en científico aficionado, cultivador de extrañas «historias inmóviles» en que el hombre apenas desempeña papel alguno. A tales exploradores de parajes supuestamente desco-

145. J. Martínez Alier, «La interpretación ecologista de la historia socioeconómica: algunos ejemplos andinos», *Revista andina*, 8, n.º 1 (1990), pp. 9-46.

146. Juan Carlos Garavaglia, «Ecosistemas y tecnología agraria: Elementos para una historia social de los ecosistemas agrarios rioplatenses, 1700-1830», *Desarrollo económico*, 28, n.º 112 (Buenos Aires, enero-marzo de 1989), pp. 549-575. Me consta, además, que el propio autor ha dado un tratamiento más sistemático a sus ideas en un texto no publicado.

nocidos habría que recordarles la vieja y sensata advertencia de Voltaire: «L'histoire naturelle, improprement dite *histoire*, est un partie essentielle de la physique». <sup>147</sup>

Lo que debe hacer el historiador es mejorar el utillaje con que sus predecesores han trabajado hasta hoy en el estudio de las relaciones entre el hombre y su entorno, entroncar con una tradición más que secular en la que hay mucho que puede aprovechar, orientar su estudio de acuerdo con las necesidades y los problemas actuales de la humanidad —no con las modas intelectuales vigentes— y esforzarse en aportar elementos que «sirvan» por lo menos para hacer más rica y más lúcida la conciencia que los hombres tienen de su situación. Le conviene recordar que lo propio de su trabajo es proporcionar servicios, no vender mercancías que deben «redefinirse» —lo que casi siempre quiere decir poco más que «rebautizarse» y disfrazarse— para parecer nuevas en los escaparates.

Entre hacer más científica nuestra práctica como investigadores y procurar que ésta se dirija a problemas de implicaciones esencialmente humanas, estrechamente ligadas a las necesidades de nuestra sociedad, no hay contradicción alguna. Las circunstancias en que vivimos nos advierten de la necesidad de tomar en cuenta, con una mayor atención que en el pasado, el medio natural, pero ello no significa que nuestra función sea estudiar el suelo, el clima o la vegetación —para lo que no estamos adecuadamente equipados—, sino la de mejorar y enriquecer nuestro conocimiento de la relación entre los hombres, entre las diversas sociedades humanas, y el medio en que viven y trabajan.

147. Voltaire, *Oeuvres*, Paris, Furne, 1835, vol. VII, p. 681.

## EL CIENTIFISMO Y LA DESINTEGRACIÓN DE LA HISTORIA

En esta revisión de los problemas que nos plantea el «cientifismo» hay varias consideraciones de conjunto que conviene hacer. La primera es la que nos invita a evitar la trampa, denunciada por E. P. Thompson, de reemplazar una vieja terminología que el «revisiónismo» ha sometido a ataque —alegando que su imprecisión la hace inútil para (sus) propósitos analíticos— para reemplazarla por otra que no es mejor, sino simplemente «nueva». Thompson nos previene contra la tentación de abandonar términos como «clase», «burguesía», «feudal» o «capitalista», que no han inventado los historiadores, puesto que se han limitado a tomarlos del lenguaje cotidiano de las gentes del pasado, para reemplazarlos por otros como «preindustrial», «tradicional», «paternalismo» o «modernización», que son igualmente imprecisos, cuando menos, y que no es verdad que, a diferencia de los primeros, estén limpios de carga ideológica, sino que tienen otra distinta: mientras los que se nos propone abandonar, forjados en los conflictos reales entre los hombres, traducen una dinámica de enfrenta-

miento, los segundos apuntan a un orden social «autorregulado», inventado por una «sociología histórica» libresca.<sup>148</sup>

Una cosa es que rechacemos las interpretaciones basadas en el empleo abusivo, cosificado, de los viejos términos, y otra que llevemos nuestro abandonismo a aceptar una operación de escamoteo intelectual que nos obliga a renunciar a conceptos forjados por los hombres del pasado, que expresan sus experiencias, sus percepciones y sus luchas, y que están cargados, por ello, de un contenido «histórico» real. Y hablo de «escamoteo» porque no es lo mismo prestarnos a la vieja e inútil operación de «redescribir los fenómenos en un nuevo vocabulario»,<sup>149</sup> que la de dejar, de paso, que nos reemplacen la naturaleza de la carga ideológica de este vocabulario, pretendiendo, encima, que el nuevo no la tiene.

Pero hay, además, otros riesgos no menos graves que éste de la «esterilización» del vocabulario histórico. Los problemas que he tratado de explorar en el caso de esa historia que ha renunciado a su especificidad para tratar de convertirse en teoría económica aplicada (y en otro sentido con la que se identifica con la ecología) se dan también respecto de otras disciplinas sociales o humanas, con resultados poco satisfactorios. Como ha dicho Hayden White, no debemos ir a buscar una fundamentación del análisis histórico «en ninguna ciencia putativa del hombre, la sociedad o la cultura, porque estas ciencias están obligadas

148. E. P. Thompson, *Customs in common*, Londres, Merlin Press, 1991, pp. 18-19 (Barcelona, Crítica, en preparación).

149. Richard Rorty, *Objectivism, relativism, and truth*, p. 78.

a presuponer alguna concepción de la realidad histórica con el fin de realizar el programa de constituirse a sí mismas como ciencias». Pedir a disciplinas como la sociología, la antropología o la psicología un fundamento para determinar una perspectiva adecuada para la historia es como «basar nuestra estimación sobre la solidez de los cimientos de un edificio en las propiedades estructurales que presentan su segundo o su tercer piso».<sup>150</sup>

Uno de los problemas más graves que nos plantea ese cambio de fundamentación, ese sometimiento al vasallaje de otras disciplinas sociales, es el de la fragmentación de nuestro objeto de estudio. En la medida en que cada una de estas «ciencias» tiene un objeto distinto al de la historia, que es el de abarcar la totalidad del cuadro social, su utillaje sólo sirve para actuar sobre segmentos de este cuadro, lo cual ha tenido como consecuencia que una investigación tentada por el mimetismo cientifista se convierta en esa «historia en migajas» de la que nos habla François Dosse,<sup>151</sup> y que es mucho menos la de la vieja escuela de *Annales*, donde Braudel conservaba todavía el sentido de la globalidad, que esa otra *nouvelle histoire* que guarda escasa relación con aquélla: que viene a ser algo así como una degeneración de la que en su día propugnaron Febvre y Bloch.<sup>152</sup>

150. Hayden White, *The content of the form. Narrative discourse and historical representation*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1990, p. 75.

151. François Dosse, *La historia en migajas. De «Annales» a la «nueva historia»*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988.

152. Lo cual servirá para explicar por qué no me refiero aquí para nada a esa fenecida escuela de *Annales*, que constituye un tema del pasado. Quisiera, con todo, dejar en claro que mi desconsideración hacia esta *histoire* supuestamente *nouvelle*, entendida como sistema o escuela, no tiene nada que ver con



El problema, por otra parte, no es exclusivamente de Francia ni de los presuntos herederos de *Annales*, sino mucho más general, y debe ser analizado como algo que afecta en la actualidad a la práctica de la investigación histórica en el mundo entero. Una cosa es que pensemos que una explicación histórica más rica debe incluir hoy muchos factores que anteriormente no tomábamos en cuenta —o que considerábamos complementariamente— porque no éramos conscientes de su importancia, y otra que interpretemos eso como una invitación a abrir nuevos campos separados que tenderán a convertirse en la práctica en disciplinas independientes.

Cualquier intento de hacer ni siquiera un catálogo elemental de tales campos obligaría a un despliegue de referencias bibliográficas interminable, de modo que me voy a limitar a una rápida revisión de algunos de los más favorecidos por las modas académicas actuales.

Tenemos un amplio y viejo terreno, el de la historia demográfica, donde la separación entre ésta y una «demografía histórica» se encuentra ya establecida desde hace mucho tiempo.<sup>153</sup> Como dependientes hasta cierto punto de ella podríamos considerar los estudios, que cuentan ya con una extensa bibliografía, sobre la sexualidad y el matrimonio (Boswell, Shorter, Brundage, Brown, Corbin, Goody, etc.), con un subcampo que se ocupa de la familia (Flan-

el respeto que me merece la obra individual de algunos de los historiadores que se identifican con ella. Son dos cosas distintas.

153. En realidad hace ya muchos años que un manual de T. H. Hollingsworth había adoptado el título de *Historical demography* (Londres, Sources of History, 1969), que reivindicaba también posteriormente Louis Henry para su *Manual de demografía histórica*, Barcelona, Crítica, 1983.

drin, Stone, Laslett)<sup>154</sup> y otro de la infancia (con estudios sobre el parto —Gélis, Forbes, Pancino—, el amamantamiento —Fildes—, la situación del niño en la familia y su primera educación, etc.). Hay investigaciones específicas sobre las enfermedades, que van desde las dedicadas a una concreta, como la peste (Biraben), el cólera (Pelling, Delaporte), la tuberculosis, etc., hasta las de carácter más general, a las que he aludido anteriormente. Sin olvidar los libros sobre la locura (Porter), la muerte (Ariès, Vovelle, Chaunu), etc.

Uno de los campos de más rápido crecimiento en los últimos años ha sido el de la historia de las mujeres, que ya se ha transformado, antes de consolidarse, en la *gender history*, que pretende ir más allá de la consideración aislada de la mujer.<sup>155</sup> Hay la historia del proceso de urbanización (De Vries, Bairoch, etc.), que no hay que confundir ni con esa disciplina separada que es la «historia urbana» (Dyos), ni, menos aún, con la de la industria de la construcción o la de la vivienda.<sup>156</sup> Hay la de la pobreza y el trato dispensado a los pobres (Woolf, Guitton), la de la marginación (Geremek), las cárceles (Foucault, Ig-

154. Lo que no impide que aparezca, de pronto, un trabajo como el de Wally Secombe, *A millenium of family change. Feudalism to capitalism in Northwestern Europe*, Londres, Verso, 1992, que promete poco menos que una revisión completa del problema desde el campo de la «sociología histórica».

155. Me limitaré a recordar aquí, por próximo a nosotros, el reciente libro compilado por James S. Amelang y Mary Nash, *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990, y un estimable intento global: B. S. Anderson y J. P. Zinsser, *Historia de las mujeres: una historia propia*, Barcelona, Crítica, 1991, 2 vols., como muestras de una literatura inmensa.

156. De la que se puede encontrar una amplísima bibliografía en Linda Clarke, *Building capitalism*, Londres, Routledge, 1992.

natieff, Spierenburg) y las galeras (Vigie, Zysberg), el pecado (Delumeau), el vestido, la comida,<sup>157</sup> etc. La lista de tales «especializaciones» —que con frecuencia dan lugar a la organización de asociaciones de estudio, revistas específicas (se puede decir que no transcurre un mes sin que aparezca el anuncio de alguna nueva revista consagrada a «un nuevo objeto de estudio»), etc.— es inacabable.

No es que estos aspectos no hayan sido tomados en cuenta anteriormente por la historia, sino que ahora tienden a desgajarse, a cerrarse sobre sí mismos, aislándose del estudio global de la sociedad, y a convertirse en territorio acotado de una práctica científica que se pretende autónoma. Una aberración que llega a su extremo cuando se pretende convertir en disciplinas independientes incluso lo que son simples técnicas de trabajo —herramientas que sólo tienen sentido cuando se ponen al servicio de una interpretación histórica global— como la historia oral<sup>158</sup> o la arqueología industrial.<sup>159</sup>

157. Ya me he referido más arriba al volumen colectivo, preparado por Hans J. Teuteberg, *European food history. A research review*, Leicester, 1992. Añadámole obras tan diversas, por poner unos ejemplos de estilos distintos de enfoque, como Charles B. Heiser, Jr., *Seed to civilization: the story of food*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1990; Jack Goody, *Cooking, cuisine and class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982; Stephen Mennell, *All manners of food*, Oxford, Blackwell, 1985; Jean-Paul Aron, *Le mangeur du XIXe siècle*, Paris, Payot, 1989; Hillel Schwartz en *Never satisfied. A cultural history of diets, fantasies and fat*, Nueva York, Anchor Books, 1990, etc.

158. Paul Thompson, *La voz del pasado. Historia oral*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988. Hay un *International Journal of Oral History*, publicado desde 1980, y una revista española, más reciente, que se dedica al mismo tema.

159. Que no sólo cuenta con revistas, sino con gran número de asociaciones en la mayor parte de los países avanzados, y que celebra sus propios congresos internacionales sobre conservación de los monumentos industriales (el primero tuvo lugar en Ironbridge en 1973).

Esta falsa emancipación empobrece los resultados que pueden obtenerse en los nuevos campos o con las nuevas herramientas. Al desmenuzarse el análisis en historias microsectoriales (uso este término para distinguir tales prácticas de la «microhistoria» a que me he referido antes, ya que aquélla, pese a que pueda con frecuencia acusársela de trivialidad, conserva el sentido de la globalidad histórica) pierde de vista, por fuerza, ese objeto central de estudio que es el hombre en sociedad, inabarcable desde cualquiera de estas pequeñas visiones que se proponen como alternativas más «científicas» a la supuesta vaguedad de una imaginaria «historia total», que nunca ha sido un programa efectivo que se nos propusiese aplicar en la práctica, sino una aspiración inalcanzable que se presentaba más bien como un modelo extremo: como un indicador que orientase, en lo posible, la práctica de nuestro trabajo.

## HISTORIA Y ANÁLISIS DEL DISCURSO

El año pasado, Lawrence Stone hacía, desde las páginas de *Past and Present*, un llamamiento angustioso en favor de la vuelta a una historia que se ocupase de los acontecimientos y la conducta, operando sobre la base de textos contemporáneos y con la finalidad de explicar los cambios acaecidos a los hombres. El llamamiento se justificaba por las terribles consecuencias del «posmodernismo» que, con la triple amenaza de la lingüística, la antropología cultural y el llamado «nuevo historicismo», estaba convirtiendo la ciencia histórica en una «especie en peligro de extinción».<sup>160</sup>

La angustia resulta explicable, aunque no tanto por el vigor del asalto que la historia ha sufrido en estos años desde el campo de la lingüística, como por la facilidad con que parecen haberse rendido en los últimos tiempos algunos historiadores. No es fácil explicar las razones del éxito

160. Lawrence Stone, «History and post-modernism», *Past and Present*, 131 (mayo de 1991), pp. 217-218. El artículo ha suscitado diversas respuestas, entre las cuales destaca la enfurecida de Patrick Joyce en el número 133 de la propia revista (noviembre de 1991), pp. 204-209.

alcanzado, porque habría que hacerlo en un contexto más amplio que el de la historia, dentro de lo que Rorty ha llamado el «giro lingüístico», que afectó profundamente a la filosofía de las últimas décadas.<sup>161</sup>

En la visión conservadora de Gertrude Himmelfarb se trataría simplemente de una etapa más del viejo debate de «las dos culturas», con la capitulación de los humanistas y la consiguiente deshumanización de muchas disciplinas sociales y de los estudios sobre la cultura, «despojándolos de toda realidad social y humana».<sup>162</sup> Frederic Jameson, en cambio, sitúa estas mutaciones culturales en un campo mucho más amplio, intentando fijar unas etapas de la evolución del pensamiento filosófico que comenzarían con la gradual superación del existencialismo sartreano por el «estructuralismo», definido como «una variedad de nuevos intentos teóricos que comparten por lo menos una única "experiencia" fundamental: el descubrimiento de la primacía del lenguaje o del símbolo». La transformación de este «estructuralismo», demasiado inestable como para que durase, habría dado paso a «la reducción a una especie de cientifismo, a método y técnica analítica (en la semiótica)» y, por otra parte, en el terreno de la transformación de sus perspectivas «en ideologías activas en las que se deducen consecuencias éticas, políticas e históricas», a lo que co-

161. Richard Rorty, *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós, 1990. Véase también, en *Objectivity, relativism and truth*, ya citado, «Texts and lumps» y, sobre todo, su crítica a Heidegger y Derrida en *Essays on Heidegger and others*, «Philosophical papers, vol. 2», Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

162. G. Himmelfarb, «El darwinismo social, la sociobiología y las dos culturas», en *Matrimonio y moral en la época victoriana*, Madrid, Debate, 1991 (cita de la p. 104).

nocemos como «posestructuralismo», asociado a nombres como los de Foucault, Deleuze o Derrida.<sup>163</sup>

También Dosse ve el nacimiento de la «deconstrucción» como algo que surge en el interior del estructuralismo y, en cierto modo, de su reflujo y descomposición, desde las tempranas formulaciones de Derrida, inspiradas fundamentalmente por el pensamiento de Heidegger, que le conducirán a ese primer ataque abusivo contra Foucault, ese «asesinato del padre» al que éste responderá con una desautorización de tal «reducción de las prácticas discursivas a las trazas textuales».<sup>164</sup> Lo cual no impide que se presente a Foucault, a su vez, como «destructor de la historia». Paradojas de una terminología ambigua que sirve para todo.

La denuncia de la futilidad del sistema se efectuó inicialmente en los Estados Unidos, tanto desde posiciones inequívocamente conservadoras, por el estilo de las de Allan Bloom<sup>165</sup> —lo que duró hasta que las nuevas doctrinas y

163. Frederic Jameson, «Periodizing the 60s», en *The ideologies of theory. Essays. II: Syntax of history*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988, cita de las pp. 186-187. Uno de los más influyentes libros de Jameson, *The political unconscious*, puede leerse en castellano en una traducción irreconociblemente «translitulada», con una «cita» de Walter Benjamin, *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, Madrid, Visor, 1989.

164. Sobre estos puntos, véase F. Dosse, *Histoire du structuralisme*, vol. II, pp. 38-40; Didier Eribon, *Michel Foucault*, pp. 144-147, y, sobre todo, la respuesta de Foucault en *Historia de la locura en la época clásica*, Madrid, Fondo de Cultura Económica España, 1985/3, II, pp. 340-372, cita literal de p. 371. Se me perdonará si no considero estos episodios de «historia intelectual parisiense» tan importantes como para perder más tiempo en ellos.

165. Véase el interesante análisis que de su denuncia de la deconstrucción hace Gary Taylor en *Reinventing Shakespeare. A cultural history from the Restoration to the present*, Londres, Vintage, 1991, pp. 321-329 (no debe olvidarse que Bloom es autor, también, de un libro sobre «la política de Shakespeare» donde se sostiene «que no era demócrata»).

sus autores fueron asimilados y domesticados por el mundo académico, que descubrió muy pronto que eran útiles e inocuas—, como desde la izquierda, sobre todo a partir del momento en que resultó evidente la filiación heideggeriana del pensamiento de Paul de Man, y se hicieron públicas sus conexiones personales con el nazismo, con casos de desconcierto como el de un Peter Washington que, a la vez que arguye que los cultivadores de la autodenominada «teoría literaria radical» no son más que practicantes de otra estéril e inofensiva moda académica, mezcla de manera incoherente en su denuncia marxismo, deconstrucción y feminismo, o sea, todo lo que le molesta.<sup>166</sup>

En el terreno del estudio de la sociedad y la cultura, los efectos más importantes del giro lingüístico se han manifestado en los estudios literarios, donde, tras su rechazo inicial, han acabado atrayendo a una parte del sector académico más conservador, que se sintió así legitimado en su lucha contra cualquier teorización: «de pronto las persistentes y obstinadas resistencias de quienes se sentían amenazados por el análisis teórico adoptaron el ropaje de la teoría».<sup>167</sup>

166. Peter Washington, *Fraud. Literary theory and the end of English*, Londres, Fontana Press, 1989, pp. 36-37. Lo que Washington y muchos de sus colegas desean es, simplemente, el retorno al estudio de la literatura. Reivindicación harto razonable, pero que no se ve que tenga mucho que ver, por ejemplo, con la condena del feminismo.

167. John M. Ellis, *Against deconstruction*, Princeton, Princeton University Press, 1989, p. 154. Edward W. Said iba más lejos y creía ver una clara relación entre «la aparición de una filosofía tan estrechamente definida como de pura textualidad y no interferencia crítica», y el ascenso del «reaganismo» y «un giro generalizado hacia la derecha en la economía, los servicios sociales y la organización del trabajo» (en *The world, the text and the critic*, Londres, Vintage, 1991 —la edición original, sin embargo, es de 1984—, p. 4).

Los resultados obtenidos son en ocasiones discutibles. Analizando laboriosamente unos difíciles poemas de Paul Celan, Hans-Georg Gadamer llega a uno en que una errata de imprenta modificó totalmente una palabra, transformando «el ácido celestial» en «la moneda celestial». Gadamer no se inmuta y explica el sentido de los dos poemas: el que escribió Celan y el que nace de la errata. Un método que sirve para explicar esto, sirve para explicar cualquier cosa, pero merece muy escasa confianza.<sup>168</sup> A lo que conduce la lógica final de estos métodos es a la eliminación del propio texto, que acaba convertido en mero objeto de estudio académico, vacío de contenido y sin ninguna significación real para un lector «inocente».<sup>169</sup>

Esta eliminación gradual de la literatura propiamente dicha había de repercutir en el lugar de los estudios literarios en la universidad —un profesor de un departamento de inglés explicaba recientemente que «en un comité nombrado para la dirección de los estudios de grado un deconstruccionista me informó de que los textos, esto es, las obras literarias, eran innecesarios y que los estudiantes podían

168. Hans-Georg Gadamer, *Qui suis-je et qui es-tu? Commentaire de «Cristaux de soufflé» de Paul Celan*, Vendôme, Actes Sud, 1987, pp. 30-36 (los poemas se nos dan también en su texto original alemán). Esta crítica puntual no pretende, por supuesto, aplicarse globalmente a la obra de Gadamer; pero sí rendir homenaje al Rorty que afirma: «"Racionalidad científica" es un pleonismo, no la especificación de una particular y paradigmática clase de racionalidad».

169. De hecho, la eliminación del significado del texto la había iniciado ya la práctica académica tradicional, como lo demuestra, por ejemplo, la transformación de Shakespeare que Gary Taylor estudia en el ya citado *Reinventing Shakespeare*. Una crítica muy interesante, que lamento no poder seguir aquí, se hallará en Rorty, «Deconstruction and circumvention», en *Essays on Heidegger and others*, pp. 85-106.

aprender teoría literaria sin leer literatura»—,<sup>170</sup> lo cual puede ayudarnos a entender que el rigor extremo del «giro lingüístico» se fuese abandonando en favor de formas intermedias como las del llamado «nuevo historicismo»; con su pretensión de enriquecer las prácticas formalistas de la crítica literaria con una peculiar atención al contexto histórico en que han surgido los textos,<sup>171</sup> o como la «nueva historia cultural», que parece poco más que la actitud ecléctica que define las preocupaciones actuales de un grupo que, tras haber abandonado su intento de fundamentar el análisis de la cultura en las realidades sociales, nunca aceptó por completo las propuestas basadas en la teoría literaria de Hayden White y Dominick LaCapria, cayó un tiempo bajo la influencia de la antropología, y en especial de Geertz —era la época en que Robert Darnton estudiaba «la gran matanza de los gatos»—, y que, no habiéndose tampoco dejado convencer por la escuela francesa de las «mentalidades», parecen estar esperando a ver por dónde soplarán los vientos, dispuestos a adaptarse a las nuevas modas «teóricas»,<sup>172</sup> mientras sus colegas más viejos, como el propio Darnton, se lamentan de «este malestar que se está exten-

170. Louis Simpson, de la Universidad del Estado de Nueva York, Stony Brook, en una carta al director publicada por el *Times Literary Supplement* el 22 de noviembre de 1991, p. 15.

171. H. Aram Veeser, ed., *The new historicism*, Nueva York, Routledge, 1989; pero Hayden White les advierte que volver los ojos a la historia implica mucho más que adoptar una nueva técnica de análisis («New Historicism: a comment», en el volumen citado, pp. 293-302).

172. Lynn Hunt, ed., *The new cultural history*, Berkeley, University of California Press, 1989, y, dentro de este volumen, su «Introduction: History, culture and text», pp. 1-22.

diendo entre los historiadores intelectuales de los Estados Unidos».<sup>173</sup>

Lo que parece escandaloso es que este retorno a la literatura —exigido tanto por la futilidad de un método que ha acabado agotándose en su negación del texto, como por las preocupaciones profesionales de quienes se dedican a los estudios literarios— haya pretendido disfrazarse con argumentos políticos «virtuosos». Paul de Man murió en los Estados Unidos en 1983, tras una carrera brillante —parece haber sido un buen vendedor de su mercancía intelectual en los circuitos universitarios de conferencias y seminarios—, y nada ocurrió hasta que en 1987 se «descubrieron» sus artículos «colaboracionistas» publicados en la Bélgica ocupada por los alemanes, entre los cuales, para empeorar la cuestión, había alguno claramente antisemita.<sup>174</sup> Lo cual sirvió para iniciar un alboroto en que la propia vaciedad de los métodos empleados por De Man quedaba en lugar secundario —parecía no importar a nadie—, desplazada por una preocupación «política» y moral (una preocupación que nadie había sentido, por ejemplo, por los antecedentes, harto más comprometidos, de un Kantorowicz). El «escándalo nacional» que se fundamentaba en los artículos «pronazis» del «deconstructor» se com-

173. Robert Darnton, *The kiss of Lamourette. Reflections in cultural history*, Londres, Faber and Faber, 1990, p. 191. John Sutherland —«Devouring the pangolin», *London Review of Books* (25 de octubre de 1990), pp. 24-26— afirma que, no sabiendo cómo avanzar, Darnton ha optado ahora por retroceder.

174. «Los judíos y la literatura contemporánea», publicado en *Le Soir* el 4 de marzo de 1991, donde De Man afirmaba que los literatos europeos de origen judío eran de segunda fila, y acababa con la afirmación de que «una solución al problema judío que llevase a una colonia judía aislada de Europa no tendría consecuencias de importancia para la vida literaria de Occidente».

pletaba con el hipócrita añadido de unos toques adicionales acerca de «una vida privada de bigamia».<sup>175</sup>

En el terreno de la historia los efectos del giro lingüístico han sido tardíos, tal vez por haber tenido que superar el desencanto producido por algunos intentos iniciales muy pobres, como un «estudio sobre la construcción textual de la realidad», referido a las leyes de pobres británicas, en que el autor nos explica que «los políticos no reaccionan ante la realidad como tal, sino ante la realidad socialmente construida, y que la forma en que la sociedad es conocida para propósitos políticos y administrativos depende de prácticas específicas de lectura y escritura».<sup>176</sup> La cosa recuerda aquel aforismo de Oulipo en que se dice: «Nos hemos dado cuenta de que no somos más que lenguaje, de la cabeza a los pies. Y que, cuando uno creía tener dolor de vientre, era en el lenguaje donde tenía dolor. Que todo esto no era muy discernible»<sup>177</sup> (lo cual puede contener una parte de verdad, pero es difícil que sirva para aliviar jamás un dolor de vientre).

Paradójicamente, su influencia se ha ido extendiendo en los últimos tiempos entre los historiadores —cuando parecía encontrarse en franco retroceso en los estudios culturales y literarios— y una invasión de análisis del discurso amenaza con reemplazar el de la realidad. Es cierto que

175. Toda esta historia ha provocado increíbles cantidades de literatura que no merece la pena citar. Una síntesis del debate se encontrará en el libro de David Lehman, *Signs of the times. Deconstruction and the fall of Paul de Man*, Nueva York, Poseidon Press, 1991.

176. Bryan S. Green, *Knowing the poor. A case-study in textual reality construction*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983.

177. Jean Lescure en Oulipo, *La littérature potentielle*, Paris, Gallimard, 1973, p. 28.

hay elementos útiles en esta nueva conciencia del texto que debería servir para evitar que cayésemos en lecturas anacrónicas y, por ello, incorrectas de los escritos del pasado. Pero una vez realizada esta tarea de depuración crítica, es exagerado que aceptemos quedar paralizados, como si los textos no fuesen susceptibles de uso. Entre otras razones porque textos de índole diversa, y contruidos con lenguajes e intenciones diversas, pueden contrastarse entre sí,<sup>178</sup> y porque el historiador trabaja, además, con evidencias no textuales como las de la arqueología y con un tipo de datos, como los elementales de la demografía (nacimientos, fecundidad, esperanza de vida, defunciones) que difícilmente pueden ser «deconstruidos».

Una de las grandes utilidades «reales» del análisis del texto reside, por ejemplo, en el examen de cómo se elaboran los discursos históricos legitimadores,<sup>179</sup> pero hay una gran diferencia entre este tipo de escritos y los documentos que regulan o explican los acontecimientos de la vida cotidiana (entre las crónicas oficiales de la conquista española de América y las reales cédulas en que los reyes daban instrucciones concretas a sus funcionarios, por ejemplo, y que nunca estuvieron destinadas a la publicación), y no debemos olvidar que la «construcción» o

178. Lo que hace un conjunto de palabras importante «es una negociación social, no un proceso mágico que resulte por ello incognoscible» (Margaret C. Jacob, *Living the Enlightenment*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, p. 217).

179. Como lo hace, por ejemplo, Enrique Florescano en *Memoria mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821*, México, Joaquín Mortiz, 1989.

la esfera pública como una construcción política: la escena de prácticas discursivas que compiten».<sup>183</sup>

Del grado de confusión a que se puede llegar por esta vía da buena idea la reseña de un libro sobre la cultura popular que sostiene que «lo popular existe como una categoría separada sobre todo porque ha sido construido así por estudiosos, políticos y teóricos sociales interesados en ello», lo que lleva al reseñador a sugerir que es importante «desplazar la discusión para que no sólo la cultura popular, sino también las discusiones científicas sobre la cultura popular se conviertan en un foco de atención».<sup>184</sup> Hasta que alguien, contagiado por el mismo entusiasmo, vaya más allá y nos proponga discutir las discusiones sobre las discusiones acerca de la cultura popular, y así sucesivamente, pasando del discurso al metadiscurso, y de él al meta-metadiscurso, etc. Dado que, como ha dicho Hartman, «la propia teoría no pasa de ser otro texto, que no goza de un estatuto privilegiado», podemos pasarnos la vida estudiando «textos sobre textos», sin preocuparnos por definir quién es el sujeto que inicialmente emitió el primer discurso analizado —los autores de una cultura que se convirtió en «popular» por obra del discurso de los especialistas— o, más sencillamente, por averiguar si había pueblo, quiénes y

183. Colin Jones, «The return of the banished bourgeoisie», *Times Literary Supplement* (29 de marzo de 1991), p. 7. Claro que ni siquiera esto disculpa la estupidez extrema de un novelista español —cuyo nombre ahorraré piadosamente al lector— que se suelta el pelo diciendo cosas como ésta: «Las guerras napoleónicas no tendrían sentido si no hubieran pasado a *Guerra y paz* de Tolstói» (*La Vanguardia*, Barcelona, 26 de marzo de 1992, p. 44). Lo cito como demostración de los efectos que una moda seguida irracionalmente puede tener sobre un alma de cántaro.

184. B. E. Maidment, reseña de Morag Shiach, *Discourse on popular culture*, en *Social history*, 16, n.º 1 (enero de 1991), pp. 126-128.

cuántos eran, cómo vivían y qué pensaban. Pero esto es algo demasiado trivial, y muy «visto», que no puede motivar a los afanosos buscadores de la «novedad».<sup>185</sup>

Tampoco sería justo suponer que la vaciedad de contenido la hayan llevado al campo de la historia los partidarios del «giro lingüístico», porque siempre se la ha podido encontrar en él. En una crítica del último libro —o, más bien, de la última compilación de «papeles»— de W. W. Rostow, Gregory Clark señala que en nuestra vida académica se está asentando cada vez más una pauta que se repite en muchas carreras de «científicos» de primera fila. En su primera fase, éstos se limitan a trabajar con seriedad y modestia, sin recibir demasiado reconocimiento. Pasada esta etapa de aprendizaje, están ya preparados para el *take-off* a un período de «producción autosostenida» basado en una «gran idea». «La gran idea debe estar vacía de contenido empírico y aparecer expresada tan ambiguamente como sea posible; si fuese verificable empíricamente, resultaría fácil refutarla; si se expresase con claridad, se vería que carece de contenido.» A partir de este momento se puede prescindir de la investigación concreta para dedicarse a reelaborar la gran idea y defenderla de quienes «la han entendido mal». «Y además, como a reconocido autor de una gran idea, puede escribir con autoridad acerca de lo que le venga en gusto.»<sup>186</sup> Lo que han hecho los parti-

185. Entre otras razones, por la decisiva de que asumir el complejo programa que nos propone el E. P. Thompson de *Customs in common* —por ejemplo, pp. 12-15, 54-57, etc.— implica demasiado trabajo previo, ya que exige un conocimiento muy a fondo de la realidad acerca de la cual se está «discurseando».

186. Gregory Clark, reseña de W. W. Rostow, *History, policy and economic theory: essays in interaction*, en *Journal of Economic History*, 51, n.º 1 (marzo de 1991), pp. 256-257.



darios del análisis del discurso es ayudar a legitimar la vaciedad, «teorizándola».

Hay que luchar, pues, contra esta esterilización del trabajo histórico que se produce tanto cuando agotamos nuestra capacidad de análisis en el intento de desmontar el texto,<sup>187</sup> como cuando pretendemos reemplazar el estudio de los problemas reales de los hombres por el de los discursos que se refieren a ellos (en ocasiones para ocultarlos). Al propio tiempo que incorporamos a nuestro instrumental de trabajo una nueva y mejor conciencia crítica de la necesidad de analizar el sentido real de las palabras y de desmontar las ideologizaciones legitimadoras —comenzando por las de los propios historiadores, de cualquier tendencia o escuela que sean (o sea, comenzando por nosotros mismos).

187. Donoghue, en el artículo sobre De Man que antes he citado, sostiene que «a lo sumo la deconstrucción puede retrasar nuestra aceptación de los significados aparentes y hacernos más cuidadosos de lo que hubiéramos sido de otro modo».

## VIEJOS CAMPOS EN PROCESO DE RENOVACIÓN: HISTORIA DE LA CULTURA, HISTORIA DE LAS MENTALIDADES

En cuanto a la vieja historia intelectual —de las ideas, de la cultura o como se quiera llamarla— fue siempre terreno abonado para las formas más extremas de fragmentación, que conducían lógicamente al «inmanentismo», a una visión endógena de su evolución de acuerdo con la cual el arte se explicaba íntegramente desde las coordenadas del arte, la ciencia sólo se podía comprender a partir de la evolución de las corrientes del pensamiento científico, etc. Esto daba lugar a que hubiera una historia de la ciencia (o mejor, unas historias de las ciencias),<sup>188</sup> una historia de la

188. Cuando encontramos una «historia de la ciencia», acostumbra a ser una compilación de tratamientos monográficos de las diversas ramas, escritos por especialistas de cada materia. Se excluyen casi siempre de ella las ciencias sociales o de la cultura que, por lo visto, no merecen ir al lado de la física o la medicina. El mismo tratamiento paralelo y escasamente integrado tenemos en obras que se ocupan específicamente de las ciencias sociales, como en A. y J. Kuper, *The social science encyclopedia*, Londres, Routledge, 1985, donde por ciencias sociales se entienden unas disciplinas «centrales» —antropología, economía, ciencia política, psicología y sociología— y otras «asociadas», como demografía, estudios sobre el desarrollo, lingüística, semiótica y psiquiatría.

tecnología, otra del arte, de la literatura, etc., sin que la mayoría de sus cultivadores académicos parezcan haberse preocupado seriamente por la posibilidad de relacionar estos campos para alcanzar una visión homogénea de la cultura, lo que sería una condición previa para integrarla en un análisis de la sociedad.

Siempre ha habido también, justo es decirlo, intentos de una historia «social» de la cultura bien fundamentada, pero éstos se vieron sumergidos un mal día por las simplificaciones abusivas de unos marxistas vulgares que no supieron aprender de su catecismo más que aquella trivialidad mal digerida de la base y la superestructura, y no alcanzaron ni a matizarla con la advertencia que añade que los hombres toman conciencia de los problemas de la sociedad, y los resuelven, en el terreno de «las normas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas».

Por suerte, las viejas corrientes de una historia social de la ciencia, alejadas de la simplicidad de planteamientos de un Bernal, siguen fructificando hoy en formas de análisis que rechazan una explicación mecanicista trivial e insisten en «la necesidad de entender que la cultura y la ideología son vitales para la esencia misma del cambio histórico»<sup>189</sup> o que, además de romper la visión lineal del progreso científico, proponen interpretaciones del cambio visto en su conjunto, y no como un haz de trayectorias paralelas.<sup>190</sup> Y hay análisis de la historia de la técnica que se-

189. Margaret C. Jacob, *The cultural meaning of the scientific revolution*, Nueva York, Knopf, 1988, p. 253.

190. Como en el libro colectivo dirigido por Michel Serres, *Éléments d'histoire des sciences*, París, Bordas, 1989 (hay traducción castellana, publicada por Cátedra).

ñalan hasta qué punto la elección de una u otra solución ha dependido en cada momento de una serie de criterios no sólo económicos, sino también culturales, o que han desmitificado su supuesto papel de primer motor del progreso humano.<sup>191</sup> Al igual que siguen produciéndose estudios muy estimables de historia social de la literatura o del arte que resultaría imposible examinar aquí.

Pero la mayor de las confusiones procede en este campo, paradójicamente, de lo que debió haber contribuido a su clarificación. Me refiero al fracaso de la cultura catequística de los países del llamado «socialismo real», al demostrarse que su menosprecio por la creatividad de las ideas, vistas como un mero epifenómeno del desarrollo económico, los incapacitó para el intento de construir una nueva visión cultural que expresase las aspiraciones profundas de los hombres y pudiese convertirse en el fundamento de una concepción «socialista» del mundo, ampliamente compartida.

El efecto que esta crisis ha producido en el terreno de las ciencias sociales «de Occidente», y muy especialmente en el de la historia, ha sido devastador. Muchos historiadores que en su tiempo fueron más o menos influidos por el marxismo, se han dejado arrastrar por una irracional oscilación del péndulo hacia el estudio de las ideas, reivindicado ahora poco menos que como un territorio inexplorado, lo que implica olvidar que, junto a la «vulgata marxista», se había desarrollado ya con mucha anterioridad entre quienes avanzaban a partir de las huellas del pensamiento de Marx una visión de la historia de la cultura

191. George Basalla, *La evolución de la tecnología*, Barcelona, Crítica, 1991; Juel Mokyr, «Is economic change optimal?», *Australian economic history review*, XXXII, 1 (marzo de 1992), pp. 3-23.

mucho más rica y matizada. Tal es el caso de Gramsci —convendrá no olvidar que sus análisis de la cultura o de la formación de la conciencia nacen del rechazo de las simplificaciones de la «sociología marxista» del Bujarin de *El materialismo histórico*—, de Walter Benjamin, de Lukács, del Raymond Williams que en sus últimos escritos seguía defendiendo la necesidad de una «teoría de la cultura» que no se contentase con enlazar en una sola explicación los territorios de la cultura y de la sociedad, sino que se dedicase a estudiar las «relaciones» cambiantes que siempre han existido entre ellos,<sup>192</sup> del Christopher Hill que ha dedicado la mayor parte de su obra a los orígenes y las consecuencias intelectuales de la Revolución inglesa del siglo xvii —y que nos ha enseñado una manera distinta de leer a Milton—, de E. P. Thompson, o, en la propia Rusia, de un Gurevich o un Bajtin, por poner unos pocos ejemplos.<sup>193</sup> Y que esta *otra tradición* marxiana es algo sólido y coherente, no un simple archipiélago de grandes islas in comunicadas.<sup>194</sup>

192. Raymond Williams, «The uses of cultural theory», en su libro póstumo, compilado por Tony Pinkney, *The politics of modernism. Against the new conformists*, Londres, Verso, 1989.

193. Omíto aquí cualquier referencia a la inmensa literatura sobre Gramsci y Lukács, a la que existe —y va en rápido ascenso— sobre Walter Benjamin (frecuentemente confusa, lo que hace aconsejable acudir directamente y sin mediaciones a la lectura de Benjamin). Por referirse específicamente a la historia, no puedo dejar de lado el volumen compilado por Harvey J. Kaye y Keith McClelland, *E.P. Thompson. Critical perspectives*, Cambridge, Polity Press, 1990. Pero a lo que me niego es al juego tramposo de inventar un Bajtin que habría pensado lo contrario de lo que escribía, como se pretende en G. S. Morson y C. Emerson, eds., *Rethinking Bakhtin. Extensions and challenges*, Evanston, Ill., Northwestern University Press, 1989.

194. Véase, como uno de tantos ejemplos, el volumen compilado por Lawrence Grossberg y Cary Nelson, *Marxism and the interpretation of culture*, Londres, Macmillan, 1988.

Lo que resulta inaceptable es que ese movimiento general que se esfuerza por recuperar para la ciencia histórica el campo de las ideas, los sentimientos y la cultura —por investigar la formación de esa «conciencia» que explica las razones que han llevado a los hombres a obrar de una u otra forma— conduzca a algunos a sostener que lo que conviene hacer ahora es invertir la vieja explicación: a hacer de las representaciones mentales el motor fundamental de la historia, lo que equivale a repetir los mismos errores de enfoque mecanicista del pasado. Sólo la superficialidad académica puede explicar que haya quien escriba, como si estuviese hablando de la evolución de las modas, que de una visión de la historia asentada en el estudio de la sociedad, estamos pasando a otra que considera como su primer motor la cultura.<sup>195</sup> Y sólo el miope reaccionarismo de un Ariès podía celebrar la voga de la «historia de las mentalidades» porque estaba apartando a los investigadores de los «viejos temas socioeconómicos» que antes cultivaban.<sup>196</sup>

Quisiera referirme, aunque sea brevemente, a esa «historia de las mentalidades» a que acabo de aludir, entusiásticamente abrazada por quienes, al romperseles las andaderas de la vulgata marxista, parecen necesitar otras —un nuevo catecismo y el calor de una «escuela» que les arroje— para poder subsistir. Con todo lo que tiene de positivo ese regreso al territorio de las ideas, existe en este caso el riesgo de perderse en una fragmentación que

195. Lynn Hunt, ed., *The new cultural history*, p. 22.

196. P. Ariès, «L'histoire des mentalités», en J. Le Goff, ed., *La nouvelle histoire*, Paris, CEPL, 1978, pp. 402-423.

supone —implícita o explícitamente— la existencia en él de niveles distintos que deben estudiarse por separado.<sup>197</sup>

El riesgo viene agravado por la propia indefinición de esta corriente. Jacques Revel afirma, por ejemplo, que la historia de las mentalidades «no constituye tanto una subdisciplina dentro de la investigación histórica, como un campo de interés y de sensibilidad relativamente amplio y heterogéneo» y reconoce que «tal vez sea la misma vaguedad de la noción la que le ha asegurado el éxito a través de sus indefinidas posibilidades de adaptación».<sup>198</sup> Puesto que, en efecto, nos enfrentamos aquí a definiciones no ya diversas, sino hasta contradictorias. Le Goff señala que el atractivo de la historia de las mentalidades «reside precisamente en su imprecisión, en su vocación para designar los residuos del análisis histórico, el no-sé de la historia».<sup>199</sup> Chaunu, que sigue a Vovelle tan sólo en lo más superficial, la sitúa en el «tercer nivel» de la experiencia, y Chartier dice que nada de tercer nivel, puesto que es un determinante fundamental de la realidad social...

Entre las paradojas con que tropezamos en este terre-

197. Habría que añadir también la parte que en este tratar de erigir la «historia de las mentalidades» en algo nuevo tiene el afán de los herederos de *Annales* de seguirse considerando el centro del mundo y su tradicional ignorancia de lo que se hace en otras lenguas, como lo demuestra su tardío descubrimiento de un autor que podía haberles resultado tan útil para estas operaciones como Norbert Elias, de quien todavía no se da cuenta en la enciclopedia de *La nouvelle histoire* de 1978.

198. S.v. «Mentalités» en André Burguière, ed., *Dictionnaire des sciences historiques*, París, PUF, 1986, p. 450.

199. Jacques Le Goff, «Les mentalités. Une histoire ambiguë», en J. Le Goff y P. Nora, eds., *Faire l'histoire*, París, Gallimard, 1974, vol. III, pp. 76-94.

no, citemos el caso de un gran libro en lengua alemana, en cuya versión inglesa el traductor ha adoptado el término de «mentalidades» en el subtítulo (lo que parece legitimado por el hecho de que el texto se ocupa de «creencias populares», aspectos de la «existencia campesina», «emociones y pánicos», etc.) y que se inicia, en cambio, con la siguiente advertencia del autor: «En última instancia, toda historia es una historia de las mentalidades. Pero esta denominación no ha de usarse con exceso», porque se corre el peligro de que algo que no puede definirse sin ambigüedad degenera en fórmula. «Sería una lástima que la investigación en el terreno de las mentalidades se llevase a cabo de manera demasiado abstracta: ... *los productos del pensamiento y la interpretación no pueden separarse de la existencia de la gente en este mundo.*»<sup>200</sup> He subrayado deliberadamente estas últimas palabras porque me parece que constituyen una advertencia que no se debe pasar por alto.

La crítica más dura y consecuente de esta corriente tal vez sea la que ha formulado G. E. R. Lloyd, quien, tras apuntar que la nueva doctrina tiene mucho en común con la vieja visión racista de la «mentalidad primitiva» enunciada por Lévy-Bruhl —la idea de que el primitivo tiene una mentalidad prelógica, distinta de la del hombre civilizado, que no hay que confundir con el estudio, totalmente lícito, de los diferentes «modos de razonar» de los hombres, que implican diversidad, pero no jerarquización—, denuncia su imprecisión: «si ha de haber en el uso del término algo más que un vago gesto hacia ciertas diferencias en las actitudes o visiones», resulta necesario fijar los ele-

200. Heinrich Fichtenau, *Living in the tenth century. Mentalities and social order*, Chicago, University of Chicago Press, 1991, p. xvii.

mino «cultura popular», que es el hecho de sugerir un cuerpo definido y estable de ideas semejante al de la «cultura patricia». Aron Gurevich expresaba esta inquietud en un «postfacio» escrito hacia 1988:

Tengo hoy serias dudas acerca de otro concepto ...: cultura popular. Me preocupa menos el adjetivo que el nombre; lamento no haber encontrado un aparato inteligible más adecuado para comprender el fenómeno. Pese a su indefinición (¿o tal vez a causa de ella?), el término 'mentalidad' es aparentemente más adecuado para describirlo que el de 'cultura', aunque tiene también demasiados significados y puede conducir a interminables debates.<sup>206</sup>

Hay que insistir, sin embargo, en que Gurevich se planteaba el problema de definición para la totalidad de ese utillaje mental colectivo, no proponía su segmentación entre diversos «niveles» —pensaba en algo global, aunque no fuese estructurado ni uniforme— y no se decidió finalmente a adoptar el término «mentalidades» para definirlo, convencido de que era más equívoco y problemático aún que el de cultura.

La misma incomodidad muestra el último E. P. Thompson, que usa tan sólo al paso el término *mentalités* y que acaba diciendo «o, como yo preferiría, la cultura política, las expectativas, tradiciones y, por supuesto, supersticiones» de un grupo,<sup>207</sup> lo que nos da una definición que, al abrazar la totalidad del campo del pensamiento «popular»

206. Aron Gurevich, «Afterword», en *Medieval popular culture. Problems of belief and perception*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 225.

207. E. P. Thompson, *Customs in common*, p. 260.

—desde la cultura hasta la superstición, pasando por ese otro término complejo que él define como *custom*—, resulta inobjetable.<sup>208</sup>

La confusión que puede engendrar la denominación «historia de las mentalidades» no sería tan grave si todos sus cultivadores tuviesen la seriedad de un Michel Vovelle. A quien se puede reprochar la vaguedad de la conceptualización, puesto que en ocasiones habla, nebulosamente, de «las actitudes, creencias y sentimientos, en una palabra, lo que hoy se engloba cómodamente bajo el término de "historia de las mentalidades"»,<sup>209</sup> y en otras precisa que se trata de estudiar «las actitudes colectivas en su aspecto masivo, o en su anonimato».<sup>210</sup> Pero que, en la práctica, nos ofrece una investigación sólidamente asentada en un estudio previo de la sociedad que permite dejar las cosas claras. Tampoco existen riesgos, en este sentido, en la mayor parte del trabajo de Roger Chartier sobre «la cultura de lo escrito».<sup>211</sup> Pero por las muchas aberturas que deja la indefinición conceptual se pueden introducir en el campo —y no hay duda de que lo han hecho— toda clase de embaucadores. Y, lo que es peor, podemos estar ofreciendo a las jóvenes generaciones de historiadores que se

208. Sobre estos aspectos véase el primer capítulo, «Introduction: Customs and Culture», del libro antes citado, pp. 1-15.

209. Michel Vovelle, *De la cave au grenier*, Quebec, Serge Fleury, 1980, p. 9. Uno de los subtítulos del libro reza: «De la historia social a la historia de las mentalidades».

210. Michel Vovelle, *La mentalidad revolucionaria*, Barcelona, Crítica, 1989, p. 13.

211. R. Chartier, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien régime*, Paris, Seuil, 1987, y la gran *Histoire de l'édition française*, codirigida con Henri-Jean Martin; pero hay bastante más confusión en textos menos concretos como *les de L'ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre xvi<sup>e</sup> et xviii<sup>e</sup> siècle*, Aix-en-Provence, Alinea, 1992.

inician en la investigación una cobertura puramente nominal —tanto más atractiva por la libertad que ofrece— para una práctica carente de rigor, que puede producir un enorme volumen de literatura insustancial.

Ante la perspectiva de tales riesgos, y de tan pocas ventajas reales, ¿por qué empeñarse en el equívoco y la imprecisión?; ¿por qué reivindicar un valor tan dudoso como el de la novedad a costa de aislarnos de una rica tradición de trabajo que no debe rechazarse, sino que hay que continuar dentro de nuevas coordenadas?; ¿por qué exponer el estudio de la historia a nuevos peligros de segmentación? Parte de los problemas que se le planteaban a Gurevich se resuelven simplemente entendiendo que «cultura popular» no es la suma de un sustantivo y un adjetivo que lo califica —aunque sea así en un sentido estrictamente gramatical— sino un concepto global, sustantivo, del que nos servimos para designar un territorio entero de la experiencia histórica para el que no tenemos otro nombre mejor.

Y en lugar de perder el tiempo levantando nuevas banderas para inútiles querellas de escuela, dedicarlo a trabajar —en colaboración con otros cultivadores de las ciencias de la sociedad y la cultura, si conviene— en todo aquello que pueda servir para entender mejor, desde sus mentes y sus sentimientos, la trayectoria histórica de los hombres, y para ayudarles, con ello, a comprender su presente y a resolver sus problemas.

## DESPUÉS DE LA TORMENTA «REVISIONISTA»: UNA PRIMERA OJEADA A LA SITUACIÓN ACTUAL

No es mi propósito hacer seguir lo que ha pretendido ser una mera guía para salir del laberinto de un presente de confusión, por un programa estructurado de orientaciones para el futuro, ni me considero en condiciones o con la capacidad para hacerlo.<sup>212</sup> Una labor semejante sólo podrá realizarse como resultado de un serio esfuerzo colectivo de todos cuantos nos dedicamos a la historia y compartimos además el objetivo de pretender que nuestro trabajo tenga alguna utilidad, por modesta que sea su aportación, en la mejora de la suerte de los hombres.

Quisiera, con todo, apuntar algunas recomendaciones elementales para volver a un funcionamiento más satisfactorio que el actual, y señalar algunos de los problemas ma-

212. Aunque estoy trabajando desde hace años en otros proyectos que deben aportar buena parte de lo que aquí se apunta y no se desarrolla, comenzando por un programa elemental y modesto de «introducción al estudio de la historia».

yores a que habremos de enfrentarnos en un futuro, tan inmediato que casi se confunde con el presente.

Comencemos, pues, por lo más sencillo, que consiste en efectuar una primera revisión —un tanto superficial— del viejo paradigma del marxismo catequístico. Una de las razones de que éste alcanzase tanto éxito en el pasado, y de que haya quienes piensen todavía que, una vez «reparado», estará en condiciones de volver a funcionar, es que daba a sus usuarios un marco global para situar y explicar el conjunto de los acontecimientos históricos —aunque fuese un marco sesgado— y que proporcionaba un sentido al trabajo del historiador, al convencerle de que con su tarea estaba contribuyendo a hacer la crítica de la sociedad vigente y de su legitimación ideológica, con el fin de preparar a los hombres para un futuro más igualitario y más justo.

Ambas aspiraciones eran legítimas, aunque el modo de realizarlas fuese insatisfactorio. Pienso que somos muchos los que consideramos necesario recuperar el sentido de globalidad —la consideración de la historia como ciencia que intenta abarcar lo humano en su conjunto y explicar, con ello, el funcionamiento de la sociedad— y que deseamos seguir orientando nuestro trabajo de acuerdo con un objetivo que trascienda la ciencia, como es el de explicar el mundo real y enseñar a otros a verlo con ojos críticos, para ayudar a transformarlo. Que trascienda la ciencia no significa, sin embargo, que deje de ser científico. Para decirlo como me enseñó hace muchos años Pierre Vilar: «No es una ciencia fría lo que queremos; pero es una ciencia».

Cabe esperar que hayamos aprendido que la primera de estas aspiraciones —la de la globalización— la llevába-

mos a cabo con frecuencia de manera inadecuada: el método de nuestros manuales había acabado reduciéndose a unos esquemas rígidos y empobrecedores, previamente establecidos por un saber escolástico, a los que sometíamos el material concreto: los hechos de la vida real. La reflexión teórica debe ser, a la vez, el punto de partida de nuestras hipótesis de trabajo y el de llegada, una vez realizada la tarea de investigación, para discutir y perfeccionar los presupuestos con que hemos iniciado el camino. El saber libresco, el uso de evidencia elaborada por otros, es inevitable en todo trabajo de síntesis y proporciona el enmarcamiento adecuado para el de investigación. Pero todo intento de ahondar y renovar, de avanzar respecto del estado actual de nuestros conocimientos, ha de basarse en la confrontación con el material primario que nos proporcionan las fuentes —arqueológicas, textuales o numéricas—, en la frecuentación del archivo, «donde se encuentra la evidencia ambivalente y enigmática».<sup>213</sup>

Y en cuanto a la recuperación del contenido político (en el *buen* sentido del adjetivo, que no es precisamente el habitual de *partidista*), no nos hemos de dejar aturdir por quienes pretenden descalificarnos con el hundimiento de los regímenes del Este europeo, por dos razones. Porque ni nuestra práctica historiográfica tenía nada que ver con la que se hacía en ellos —donde la mayor parte de nosotros hubiéramos sido igualmente condenados por hete-

213. La expresión es de E. P. Thompson en *Customs in common*, p. 92, y se refiere a los testimonios acerca del modo de pensar de la «plebe» inglesa del siglo XVIII, estudiada en sus páginas con una atención minuciosa al detalle y al matiz, que debería servir de lección a las alegres tentativas simplificadoras de tanto historiador y socio-historiador de brocha gorda.

rodoxos—, ni el objetivo «político» que la animaba era el del establecimiento de regímenes como aquéllos.

Hace muchos años que, desde el propio «marxismo crítico», se nos habían proporcionado los elementos suficientes para advertir que buena parte de lo que quedaba de «marxiano» en el programa leninista se había desvanecido desde los años veinte, cuando se produjeron en la Unión Soviética la consolidación del autoritarismo y, poco después, el gran viraje que llevó a abandonar el esfuerzo por asentar los fundamentos científicos y políticos de una economía planificada —un gran sueño en cuyos proyectos trabajaban no sólo bolcheviques, sino hombres de las más diversas tendencias—, reemplazado por una centralización forzada donde el plan era poco más que una legitimación engañosa.

Las últimas ilusiones que pudiéramos conservar acerca de lo que estaba consiguiendo el nuevo sistema las abandonamos la mayoría de nosotros después de los acontecimientos de la «primavera de Praga», y la idea de repetir el modelo de lo que se llamaba, con un eufemismo tal vez demasiado piadoso, el «socialismo real», no la mantenía casi nadie. Nunca olvidaré la emoción que me produjo la carta de un amigo checo que me contaba, apenas pasados los acontecimientos, el triste hundimiento de sus ilusiones «sobre la posibilidad de crear un sistema en el cual sea posible desarrollar las capacidades creadoras del hombre y vivir en una sociedad justa».

Y si se nos pregunta por qué no nos sumamos entonces al coro público de los detractores de aquel sistema, habrá que recordar que en 1968 eso significaba hacer el juego de los otros: de los que usaban el espantajo del comunis-

mo para combatir la democracia, comenzando por los Estados Unidos<sup>214</sup> y acabando por el general Franco. Y que buena parte de los que dejamos hace muchos años —más que la mayoría de los conversos de estos tiempos— cualquier responsabilidad política partidista no hemos querido tampoco que se confunda nuestra actitud con la de quienes fueron abandonando un barco que se hundía para ponerse en la cola de la repartidora. Sin olvidar el respeto que nos merecen algunos de los que, a falta de otras nuevas, han preferido seguir luchando tras de las viejas banderas antes que rendirse (y creo haber dejado claro al comienzo que no me refiero precisamente a Sendero Luminoso).

Porque conviene que quede claro que hay algo de lo que sostuvimos en el pasado de lo que no nos avergonzamos ni hemos renegado: el propósito de seguir luchando por un mundo donde haya la mayor igualdad posible dentro de la mayor libertad. En este combate no importa perder una batalla, porque sabemos que otros lo proseguirán. E incluso si supiésemos de antemano que es inútil, porque todas las batallas deben perderse, habría merecido la pena librarlo. Un poeta lo dijo en su tiempo, en lo que sigue siendo una lección de ética y de esperanza:

He querido negar, aniquilar los soles negros de las enfermedades y la miseria, las noches salobres, las cloacas de la sombra y el azar, la miopía, la ceguera, la destruc-

214. Quien quiera comprender mejor esta afirmación la puede encontrar justificada en el libro de Noam Chomsky, *El miedo a la democracia*, Barcelona, Crítica, 1992, donde se hace una inteligente interpretación de la política norteamericana después de la segunda guerra mundial.



ción, la sangre seca, las tumbas. Aunque no hubiera tenido, en toda mi vida, más que un solo momento de esperanza, hubiese librado este combate. ... Y si los soles de que he gozado han sido rotos por noches innumerables, si no he conocido mi victoria, he conservado la noción de ella. A pesar de todo, en medio del dolor, del peligro y del miedo, he sabido decir las razones negras y blancas de la esperanza.<sup>215</sup>

Estos planteamientos no deben confundirse, sin embargo, con una propuesta inmovilista. Ni en el sentido político, ni, menos aún, en el de los cambios metodológicos a que hemos de enfrentarnos. E insisto en esto porque corremos el peligro de no darnos cuenta de la urgencia de hacer rectificaciones a fondo (de actualizar el pensamiento crítico de la izquierda para acomodarlo a las necesidades reales de nuestro tiempo), si se produce pronto, como parece anunciarse, el reflujó de esa «ola revisionista» que hasta hace poco amenazaba con sumergirlo todo. Porque si hay algo que comienza a verse claro es que este «revisionismo», que tuvo éxito, y hasta alguna utilidad, en su función estrictamente crítica, ha demostrado ya su incapacidad para proponer una alternativa coherente. No se puede esperar vivir indefinidamente de la negación, la descalificación y la paradoja, sin ofrecer más recambios que los de discursar incansablemente acerca del discurso o propugnar la vuelta al viejo positivismo narrativo.

Ante la escasez de su cosecha, la más estricta lógica había de hacernos prever que el agotamiento de los revisio-

215. Paul Éluard, *Une leçon de morale*, 1950.

nistas acabaría haciendo surgir, más pronto o más tarde, a sus propios «revisadores». Pero la verdad es que no creíamos que esto fuese a suceder tan rápidamente. Porque nos encontramos hoy con que, mientras los Clark, Furet y compañía se preparan para ingresar en los estantes de la literatura pasada de moda, apunta ya con fuerza la nueva ola de los «posrevisionistas».

En un texto reciente, Christopher Hill nos dice que desde los años setenta el concepto mismo de una Revolución inglesa del siglo diecisiete, con sus causas y sus consecuencias, ha sido discutido, pero que

los Jóvenes Turcos de los setenta se han convertido en los Turcos de Mediana Edad de los noventa, y una generación de Turcos Más Jóvenes está restableciendo un equilibrio que incorpora algunas de las percepciones más útiles de los historiadores «revisionistas» ... y rechaza las fantasías más delirantes de sus epígonos.<sup>216</sup>

La cuestión se plantea mucho más sistemáticamente en un artículo de Alan Knight que, aunque centrado en el caso de la Revolución mexicana, analiza también las «interpretaciones revisionistas» de las de Inglaterra y Francia. Knight no se limita, sin embargo, al anuncio de que «los revisionistas de hoy se han convertido en el objetivo de los posrevisionistas», sino que saca del proceso entero una visión global más optimista, si cabe, que la de Hill:

216. Christopher Hill, *Change and continuity in Seventeenth-Century England*, ed. revisada, New Haven, Yale University Press, 1992, p. ix.

el desafío del revisionismo ha llevado a una respuesta ortodoxa que, a su vez, ha producido, o está en trance de producir, una síntesis superior y más ajustada. Porque el revisionismo obligó a la tradición a mostrar su auténtica valía, la forzó a confrontar sus propias debilidades, a mejorar su forma y conservarla. Negativo en su concepción, el revisionismo tuvo finalmente un efecto positivo, aunque a veces fuese doloroso.<sup>217</sup>

No se trata, hay que insistir en ello, del resultado de las «oscilaciones de la moda», sino de la obstinada tozudez de los hechos: de la realidad que muestran los resultados de la investigación. Recordemos, por ejemplo, el caso de la Revolución francesa. Hace unos años la valoración histórica de sus efectos sufrió un primer asalto a cargo de los Crouzet, Lévy-Leboyer y Le Roy Ladurie, que sostenían que el «atraso» francés respecto de la industrialización británica era culpa de la «catástrofe nacional» de la Revolución francesa, y en especial de su política de mantener la propiedad campesina de la tierra. Las investigaciones sobre el desarrollo agrario francés les desmintieron enseguida, de modo que ya en 1976 el volumen correspondiente de la *Histoire de la France rurale*, dirigida por Duby y Wallon, reconocía que la etapa de 1789 a 1852 fue de rápido crecimiento, lo que confirmarían igualmente algunos trabajos posteriores.<sup>218</sup>

217. Alan Knight, «Viewpoint. Revisionism and revolution: Mexico compared to England and France», *Past and Present*, 134 (febrero de 1992), pp. 159-199 (cita de la p. 199).

218. Ante todo el de William Henry Newell, *Population change and agricultural development in nineteenth-century France*, Nueva York, Arno Press, 1977, que ha recibido menos atención de la que merece. Resulta sorprendente,

El nuevo asalto a la Revolución, coincidente con su bicentenario, ha ido por otras vías, sin que quepa atribuirle ninguna aportación seria en este terreno del crecimiento económico,<sup>219</sup> pero su intención descalificadora ha sido todavía más general y sistemática. Sólo que, una vez pasados los indigestos discursos del señor Furet sobre la «historiografía» de la Revolución —sobre su historia poco puede decir quien, que se sepa, no ha realizado ningún trabajo de investigación acerca de ella— y la ya demasiado repetida charanga de acompañamiento de la señora Ozouf sobre «la fiesta revolucionaria», los primeros resultados de las nuevas investigaciones que aparecen insisten en reforzar lo esencial de los viejos esquemas, matizándolos y enriqueciéndolos.

Tal sucede con la monografía de Chassagne sobre el algodón y sus patronos, que sostiene que la Revolución no sólo no les ha sido desfavorable, sino que ha consolidado a los industriales algodoneros como grupo social, al permitirles «acceder rápidamente a los escalones superiores de la fortuna, de la consideración y del poder social» y nos muestra que el proceso de mecanización y el desarrollo de

en contrapartida, que Hugh Clout, *Agriculture in France on the eve of the railway age*, Londres, Croom Helm, 1980, y, sobre todo, Roger Price, *The modernization of rural France*, Londres, Hutchinson, 1983, en su intento de dar un papel de protagonista al ferrocarril, se apuntan a la vieja interpretación, que desmienten las mismas cifras que ellos publican. Lo que demuestra, por un lado, la fuerza obnubiladora de los tópicos y, por otro, que algunos publican cifras sólo por sus efectos decorativos (porque dan «aire científico»).

219. Productos como el de F. Aftalion, *L'économie de la Révolution Française*, París, Hachette, 1986, o el de R. Sedillot, *Le coût de la Révolution Française*, París, Perrin, 1987, son aportaciones menores, que no merecen especial atención.

la fábrica se han realizado en Francia entre 1815 y 1840, adoptando el modelo británico.<sup>220</sup>

Y lo mismo ocurre, con matices muy interesantes, con otra investigación reciente sobre el mundo de los negocios en la región de Lille.<sup>221</sup> Para empezar, se nos advierte que la crisis económica de 1789 «no es una fabulación, la invención de una tradición historiográfica empeñada en justificar retrospectivamente el nuevo curso de los acontecimientos», sino una evidencia que se deduce a primera vista de la curva de las quiebras. Se insiste en que el marco social e institucional que los hombres de negocios necesitaban para su progreso no era el que les ofrecía el Antiguo Régimen. Pero el minucioso y agudo trabajo de Hirsch no cae en la trampa de convertir de súbito a estos hombres en una minoría dirigente iluminada que tiene claro el futuro y dirige el conjunto de la sociedad hacia la realización de un proyecto «burgués». A través de unas trayectorias individuales y familiares concretas vamos siguiendo sus entusiasmos y sus dudas, y entendemos mejor por qué, una vez ganadas las mínimas libertades que necesitaban —la de comercio, proclamada por la Revolución, no volverá a ser discutida—, estos comerciantes, que vivían con el mie-

220. Serge Chassagne, *Le coton et ses patrons. France, 1760-1840*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1991 (cita literal de la p. 661). El libro de William M. Reddy, *The rise of market culture. The textile trade and French society, 1750-1900*, Cambridge/Paris, Cambridge University Press, 1984, contempla este mundo desde una óptica distinta a la de los «patronos».

221. Jean-Pierre Hirsch, *Les deux rêves du commerce. Entreprise et institution dans la région lilloise (1780-1860)*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1991 (una faja anuncia, además, que el libro ha obtenido el «Prix d'histoire économique 1991»). La cita literal es de la p. 113.

do a sus trabajadores, se mostraron hartos conservadores, solicitando control social y protección. No hay ninguna incompatibilidad entre esta matización y una buena lectura «de izquierdas» de la Revolución. Antes al contrario.

Volviendo al artículo de Knight que he citado antes, lo que debe producirnos más temor en estos momentos es que la «ola revisionista» pase demasiado pronto, antes de que haya ejercido los efectos necesarios —más que de crítica, de autocrítica de los historiadores afectados por ella— y que, como muestran algunos ejemplos británicos recientes, caigamos en la tentación de volver a empezar el trabajo donde lo dejamos, sin haber renovado todo lo que necesitaba reparación.

De hecho, una primera versión de este texto que presento hoy acababa sin prever este problema —cuando la escribí, parecía que los efectos del «revisionismo» iban a ser más duraderos—, con la simple propuesta de remedios «blandos», que se limitaban a poca cosa más que a la necesidad de recuperar los dos signos de identidad de una historiografía crítica que son la «globalización» y la «politización».

«Globalización», o sea, voluntad de recoger los fragmentos de una historia troceada para reconstruir una visión unitaria del hombre en todas sus dimensiones, desde su alimentación hasta sus sueños, con el fin de superar las consecuencias del fraccionamiento cientifista que nos está conduciendo a investigar minucias carentes de relevancia fuera del ámbito estricto de la profesión, y a publicar los resultados en revistas y monografías que sólo leen otros miembros de la «tribu».<sup>222</sup>

222. O ni siquiera éstos. Una información de prensa —X. Domènech, «El dilema de publicar o morir», Suplemento de ciencia de *La Vanguardia* (Barce-

«Politización», que significa, por un lado, necesidad de comprender que detrás de toda interpretación histórica hay siempre una «política», y que conviene que seamos conscientes de este contenido subyacente, en lugar de limitarnos a transmitirlo inadvertidamente, como solemos hacer. Recordaré aquí la lúcida visión de Walter Benjamin:

los acontecimientos que rodean al historiador y en los que éste toma parte están en la base de su presentación, como un texto escrito en tinta simpática. La historia que somete al lector constituye, por así decirlo, el conjunto de citas que se insertan en su texto y son únicamente éstas las que están escritas a mano, de una manera que todos pueden leer.<sup>223</sup>

Pero sin olvidar que «politización» significa también volver a dirigir nuestro trabajo al conjunto de los que nos pueden leer y nos escuchan, lo que nos obligará a hablar de aquello que puede importar a los más —de problemas reales de la sociedad y del hombre— y a hacerlo de forma que lo que escribimos les resulte comprensible.

Así terminaba este texto. Pronto me di cuenta, sin em-

lona, 7 de septiembre de 1991), p. 7— nos asegura que, según una investigación realizada por el Instituto para la Información Científica de Filadelfia, el 55 por 100 de los artículos publicados entre 1981 y 1985 en las revistas científicas más prestigiosas del mundo no ha sido citado ni una sola vez en los cinco años siguientes a su aparición. En el caso de la historia, la proporción supera el 95 por 100. ¿Durante cuánto tiempo seguirá subvencionando la sociedad esta enorme masa de trabajo irrelevante que no tiene otro objeto que nutrir los *curricula* personales?

223. Walter Benjamin, *Paris, capitale du xxxe siècle*, Paris, Éditions du Cerf, 1989, p. 494 (hay trad. cast. en *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, pp. 171-190, Madrid, Taurus, 1991).

bargo, de que unas preocupaciones de fondo expresadas tan sumariamente podían entenderse como un estímulo para una simple reforma superficial de nuestras viejas herramientas de trabajo, con algunas novedades de enfoque: una mayor atención al texto y al discurso; la preocupación por el medio natural; una consideración del cambio económico que se ocupe más de las transformaciones internas y de los problemas de distribución, en lugar de limitarse a razonar en términos de agregados «nacionales»; una «historia social» que abandone la tentación de manipular mecánicamente los conceptos de clase —sin renunciar a ellos— y se base en un análisis minucioso de los grupos y de su comportamiento<sup>224</sup> y, finalmente, una incorporación adecuada de cuanto se refiere a las ideas de los hombres, desde lo que solemos definir como «cultura» hasta lo que quepa en la más nebulosa de las definiciones de «mentalidad».

Es evidente que propongo esto, pero no *sólo esto*. Estos cambios metodológicos podrían bastar, si lo que hubiese ocurrido fuese simplemente un problema de «moda intelectual» al que se pudiese dar respuesta desde un «academicismo de izquierdas»: que es el que denuncia la práctica de los demás como «mero academicismo» y se comporta, a su vez, de modo semejante, buscando ante todo el éxito personal y la proyección del grupo en el que uno se encuentra integrado.

224. Sobre la necesidad de recuperar términos supuestamente «superados» por el revisionismo, como los de «orden» y «clase», aunque sea afinando en su definición y uso, véase el conjunto de reflexiones que se agrupan en M. L. Bush, ed., *Social orders and social classes in Europe since 1500: Studies in social stratification*, Londres, Longman, 1992.

Hace unos años, un gran historiador peruano lamentablemente desconocido entre nosotros, Pablo Macera, advertía de un riesgo semejante a sus compatriotas, con palabras que yo no sabría mejorar:

Queda por último una nota marginal que es una cuestión previa: los historiadores peruanos, y por extensión todos los científicos sociales, no podrán realizar éste o cualquier otro programa de reforma, si no tienen una clara conciencia de su propia situación histórica y asumen la responsabilidad que les concierne como hombres de tránsito, al filo entre dos épocas. ... Debemos aprender a vivir sin oportunismos en esta frontera. De lo contrario, todo proyecto reformista sólo vendría a ser una herramienta disimulada de arribismo, una maniobra para engañar por igual a nuevos y antiguos.<sup>225</sup>

Vivimos, también hoy, en un «tiempo de frontera», y hemos de ser conscientes de que lo que se está desmoronando a nuestro alrededor es mucho más que un estilo de investigación y de docencia. Por ello, una respuesta que se contentase con estos aspectos de método sería insuficiente y podría ser acusada de comodidad oportunista.

225. Pablo Macera, «La historia en el Perú: ciencia e ideología», en *Trabajos de historia*, vol. I, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1977, pp. 3-20 (cita de la p. 20).

### ¿QUÉ HISTORIA PARA MAÑANA? REFLEXIONES PARA UNA RENOVACIÓN MÁS SUBSTANCIAL

Hemos hablado de la caída de los regímenes del «socialismo real» desde el punto de vista de su fracaso político y social. No es esto, sin embargo, lo más importante, por lo menos en un sentido general y a largo plazo. Porque lo que ha revelado esta caída es, *además y sobre todo*, su fracaso económico: su incapacidad para cumplir los objetivos de crecimiento que se había propuesto alcanzar.

Y esto es importante porque ocurre en los mismos momentos en que resulta patente que está seriamente amenazado el crecimiento económico de los países desarrollados y que han fracasado casi por completo —las excepciones de las nuevas industrializaciones del extremo oriente tienen explicación puntual y muy concreta— los intentos de los subdesarrollados por conseguir su «despegue» por las vías tradicionales del capitalismo liberal o por «terceras vías» más o menos legítimas.

De la época en que se nos prometía un año 2000 de opulencia y hartura para todos y en que se predecía que

el gran problema iba a ser en qué ocupar el ocio, hemos pasado a la amarga realidad actual en que se llegan a hacer previsiones pesimistas sobre un próximo «fin del mundo occidental», que se parecerá al hundimiento económico de los países del Este europeo, pero cuyos responsables no serán aquí, lógicamente, los partidos comunistas, sino los banqueros, culpables de haber cometido, en el marco del capitalismo ortodoxo, errores semejantes a los de aquellos en el del «socialismo real».

Occidente ha empujado a los herederos de la Unión Soviética a adoptar la economía de mercado, añade esta misma previsión, «sin haberle revelado los males económicos y financieros terribles que padecemos. Cuando nuestro sistema se hunda y vivamos en un caos político y económico semejante al que conoce hoy la antigua Unión Soviética, asistiremos a la desintegración de nuestra civilización industrial».<sup>226</sup>

Tal vez este escenario que nos pinta un mundo paralizado y agonizante sea exagerado, por lo menos en lo que se refiere a su inminencia, pero la verdad es que las frías estimaciones cuantitativas no son tampoco estimulantes. Los informes actuales del Banco Mundial reconocen que en la década de 1980 a 1990 el producto real per cápita ha descendido tanto en América Latina como en el África negra, y ofrecen un sombrío panorama para la década 1990-2000, con un África al sur del Sáhara que, si se calcula que puede aumentar el producto per cápita a una tasa anual del 0,3-0,5 por 100, lo que es tanto como decir que

226. Jean Gimpel, *La fin de l'avenir. Le déclin technologique et la crise de l'Occident*, París, Seuil, 1992, p. 195.

sus habitantes seguirán muriendo de hambre, tal vez sea porque no se ha tomado en cuenta la catástrofe del sida —se prevé para un futuro inmediato un millón de niños infectados y varios millones de huérfanos— o se da por supuesto que estos países no van a intentar siquiera el esfuerzo económico aplastante a que se verían obligados si quisieran dar atención médica a los pacientes de esta enfermedad. Lo cual sucede mientras en América Latina el empobrecimiento está permitiendo que resurjan en forma epidémica enfermedades de la miseria que considerábamos poco menos que erradicadas, como el cólera. Los pocos éxitos que puedan apuntarse los países pobres son, además, dudosos. Lo son los progresos de la enseñanza, ya que buena parte de los alumnos que acaban los estudios primarios en estos países no tienen ni «la capacidad de lectura que se exige a escala nacional o internacional».<sup>227</sup> O el crecimiento de la producción de alimentos en la India, que no ha eliminado el peligro de futuras catástrofes, ya que presenta nuevos riesgos de dependencia (respecto de los proveedores de semillas), de vulnerabilidad a las plagas y, a largo plazo, de pérdida de los recursos genéticos de donde pudieran surgir variedades mejor adaptadas a los requerimientos y condiciones locales.<sup>228</sup>

No sólo ha fracasado, pues, el modelo de las economías de «planificación centralizada», sino el intento glo-

227. Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1991*, Washington, 1991; las citas literales son de las pp. 72 y 73. De la misma fuente proceden los indicadores de desarrollo que se utilizan en los párrafos siguientes.

228. Utsa Patnaik, «Food availability and famine: a longer view», *Journal of Peasant Studies*, 19, n.º 1 (1991), pp. 1-25; Henk Hobbeink, ed., *Más allá de la revolución verde*, Barcelona, Lerna/ICDA, 1987.

bal de extender nuestra receta de crecimiento industrial con elevado consumo al resto del mundo, sea por la vía que fuere. Y ni siquiera se puede decir, como hacían las viejas interpretaciones dependentistas, que la culpa es del crecimiento de los países adelantados, que se nutre de los recursos de los más pobres —con lo cual todo se podría solucionar actuando sobre los mecanismos de intercambio—, como lo demuestra el hecho de que el comercio de los países desarrollados es cada vez más un comercio *entre* ellos mismos: en 1989 los cuatro mil millones de seres humanos que integran eso que llamamos los «países de ingreso bajo y mediano» participaron en menos de un 20 por 100 del comercio mundial de mercancías (les correspondió un volumen de importaciones del orden de 133 dólares anuales por habitante), mientras los ochocientos treinta millones que habitan en los países de ingreso alto realizaron más del 80 por 100 de este tráfico (y sus importaciones superaron los 3.000 dólares anuales por cabeza).

Si este modelo de crecimiento derivado de nuestra concepción del progreso nos ha conducido a una situación semejante, ¿podemos seguir sosteniéndolo como base para nuestra enseñanza de la historia? Conviene recordar su génesis. Lo ideó la burguesía en ascenso de los siglos XVIII y XIX para justificarse a sí misma, para demostrar que el nuevo orden económico y social que había creado era mejor «para todos» que la barbarie antigua o la sujeción feudal, al mostrarse capaz de crear «esta universal opulencia que se extiende hasta las más humildes capas de la sociedad» y hacer que la vivienda de un campesino europeo «sea mejor que la de muchos reyes africanos, dueños absolutos de la vida de diez mil salvajes desnudos», para decirlo con

las mismas palabras que emplea *La riqueza de las naciones*.<sup>229</sup>

El Marx joven y los «socialistas» de su tiempo, que no eran lo suficientemente lúcidos como para ser «utópicos» —esto es, para atreverse a proponer una ruptura global con el sistema en que vivían—, aceptaron el mito smithiano, creyendo que bastaba con negar que el sistema establecido por el capitalismo representase «el fin de la historia» hegeliano y propugnar la continuidad del mismo desarrollo económico dentro de un marco de relaciones sociales distinto. Y aunque Marx matizase posteriormente sus primeros esquemas —aclaró, por ejemplo, que los desarrollos más elaborados del volumen primero de *El capital* se referían ante todo a la Europa occidental—<sup>230</sup> no los reemplazó con formulaciones simples y claras, de modo que el «marxismo catequístico» acabó basándose en las certezas del Marx joven y desconociendo las dudas del maduro.

Así se explica que a los cincuenta años de su muerte un «marxismo» fosilizado proclamase el dogma de la secuencia única de los modos de producción, que se convirtió en característica del estalinismo, el cual anunciaba, a su vez, un nuevo «fin de la historia», el del comunismo, para una fecha tan cercana, casi al alcance de la mano, que justificaba todos los sacrificios que estaba exigiendo su «construcción».

229. Smith, *Wealth of nations*, I, 1.

230. Denunciando a quienes pretendían «transformar mi esquema histórico de la génesis del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría histórico-filosófica del curso fatalmente impuesto a todos los pueblos, sean las que fueren las circunstancias en que se encuentran» (véase, sobre este texto de 1878, Haruki Wada, «Marx and revolutionary Russia», en T. Shanin, *Late Marx and the Russian road*, Londres, Routledge, 1984, pp. 40-75; pero también, Maurice Godelier, *Sur les sociétés précapitalistes*, París, Éditions Sociales, 1970, pp. 82-83).

Esta visión de la historia elaborada inicialmente por los ilustrados escoceses y completada en Francia a comienzos del siglo XIX, no sólo sirvió para legitimar el nuevo orden burgués en Europa, sino para justificar la conquista y expoliación del resto del mundo, con el pretexto de civilizarlo y de guiarlo por el sendero del progreso económico. Cuando los ingleses del siglo XIX interpretaban la India de los príncipes como una sociedad feudal, deducían que el presente de la India era el pasado de Europa, y que ellos, que habían vivido esta experiencia y la habían superado, estaban en condiciones de guiar a estas gentes «atrasadas» por el mismo camino. «Esta construcción de una historia universal permitía a los británicos controlar el pasado de la India» y no sólo les daba derecho a intervenir en su presente, sino que convertía esta ingerencia en un acto de virtud.<sup>231</sup>

Es evidente que algo debió fallar, porque el conjunto de los tres países que integran lo que antes era la India tienen hoy —tras haber disfrutado de más de un siglo de tutela británica— un PNB per cápita de 326 dólares, en comparación con los 14.610 dólares del Reino Unido, y una esperanza de vida que sobrepasa muy poco los 50 años, contra los 76 de los habitantes de las islas Británicas.

Y que conste que estoy hablando de error, no de engaño deliberado. Es difícil no creer en la sinceridad del Kipling que saludaba la conquista norteamericana de las Filipinas con los versos en que glosaba la dura «carga del

231. Bernard S. Cohn, «Cloth, clothes and colonialism», en A. B. Weiner y J. Schneider, eds., *Cloth and human experience*, Washington, Smithsonian Institution, 1989, pp. 303-353, cita de la p. 321.

hombre blanco»:<sup>232</sup> su obligación de acabar con las guerras salvajes; de saciar el hambre y curar la enfermedad; de enviar a sus propios hijos para que, con los recursos del hombre blanco, construyeran unos puertos y carreteras de que sólo se beneficiarían los filipinos, etc. Y todo ello para recibir el pago habitual: la queja y la ingratitud del nativo. Resulta aleccionador, sin embargo, el contraste que existe entre estas expectativas y lo realmente alcanzado: hoy, cuando está a punto de cumplirse el primer centenario de la conquista norteamericana de las Filipinas, el PNB per cápita de este país supera muy poco el 3 por 100 del norteamericano. Y lo peor es que ha disminuido entre 1965 y 1989, y que las previsiones para el futuro no son precisamente optimistas. Si tenemos en cuenta que las diferencias económicas entre países «civilizadores» y países «salvajes» parece que eran menores hace ciento cincuenta años: de lo que son hoy, resulta lícito preguntarse si no les hubiera ido mejor sin nuestra ayuda (como le ha ocurrido al Japón, que no se dejó «civilizar»).

Lo peor es que con esta visión lineal del progreso les hemos convencido incluso a ellos, como lo demuestran los errores que han cometido los países africanos al querer seguir los modelos industrializadores europeos después de su independencia. Tal es el caso de Egipto y de la presa de Asuán, que, al retener el limo del Nilo, obliga a la agricultura egipcia a suplir este recurso natural con fertilizantes químicos cuya fabricación necesita más energía que la

232. Dejaremos a un lado la molesta evidencia de que para él los españoles, que habían precedido a los norteamericanos como colonizadores de las Filipinas, no eran, evidentemente, «hombres blancos».



producida por la propia presa,<sup>233</sup> o el de tantos lugares en que la transformación de la producción agraria en función de la demanda de los mercados exteriores ha llevado a exponer las cosechas a riesgos de fracaso superiores a los de los viejos cultivos y ha acentuado la indefensión ante el hambre. Otra de las lecciones que los dirigentes de esta África «progresiva» aprendieron de Europa fue la conveniencia de practicar el «despotismo ilustrado»: durante veinticinco años, el presidente Seku Ture de Guinea, que en algunos momentos pasó por modelo del «socialismo africano», prohibió la publicación de otras obras que no fuesen las suyas, y muchos dirigentes de Somalia, Camerún, Togo, Zaire, etc. —partidarios de políticas de planificación o de mercado libre, de «izquierdas» o de «derechas»— hicieron algo semejante, dedicándose a perseguir las ideas ajenas, con lo cual consiguieron asegurar el triunfo de programas europeizantes más o menos degradados y evitar que otros pensasen «en africano». La cosecha de medio siglo de estos programas de «progreso» —en todas las variantes europeas, desde las ultraliberales a las marxistas, pasando por la fe en los milagros que ha llevado a construir un templo católico mayor que el Vaticano— ha sido la de conseguir que el conjunto del África al sur del Sáhara, con cerca de 500 millones de habitantes, ocupe el lugar más bajo en todas las tablas de indicadores de desarrollo.

Pero ese no es sólo un problema africano, porque las consecuencias del error que implica el uso de este modelo comenzamos a sentir las hoy en nuestra propia piel. Hemos sido educados en una visión esencialmente «optimis-

233. Carlo Rubbia, *El dilema nuclear*, Barcelona, Crítica, 1989, p. 159.

ta» del proceso industrializador, que en su versión «progresista» vertía alguna lágrima por el hambre y los sufrimientos de los campesinos y de los tejedores manuales, pero que acababa aceptando que, en última instancia, el resultado final significó un progreso general.

Lo malo de este «modelo» no es que minimice los sufrimientos que costó a sus víctimas, sino el hecho mismo de que nos lo sigamos planteando como «único», por lo menos en sus líneas generales. Muchas de sus piezas no encajan hoy, a la luz de nuestros conocimientos: la «necesidad previa» de unas transformaciones agrarias según el modelo inglés (léase ante todo «explotación de los campesinos de sus bienes comunales») ha sido puesta repetidamente en duda;<sup>234</sup> se ha discutido que el modelo fabril de organización social de la producción fuese una condición necesaria para el crecimiento industrial,<sup>235</sup> etc. Con este viejo modelo resulta difícil comprender cómo triunfó la industrialización en países como Francia o Alemania, que aplicaron reglas distintas a las británicas. Esta visión unilineal bloquea nuestra capacidad de pensar en términos de posibilidades de desarrollo diversas, de vías o secuencias alternativas, que podrían responder tanto a elementos de la estructura interna de las sociedades como al hecho de

234. Jacques Mulliez, «Du blé, "mal nécessaire". Réflexions sur les progrès de l'agriculture de 1750 à 1850», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XXVI (enero-marzo de 1979), pp. 3-47; R. C. Allen y C. O'Grada, «On the road again with Arthur Young: English, Irish and French agriculture during the industrial revolution», *Journal of Economic History*, XLVIII (1988), pp. 93-117.

235. Como, por poner un solo ejemplo, en Ch. Sabel y J. Zeitlin, «Historical alternatives to mass production: politics, markets and technology in nineteenth-century industrialization», *Past and Present*, 108 (agosto de 1985), pp. 133-176.

que los procesos industrializadores hayan tenido lugar en medio de circunstancias «históricas» —esto es, reales y concretas— distintas (y, por definición, las de Gran Bretaña, «primer llegado» al dominio del mercado mundial, fueron únicas e irrepetibles).

Por otra parte, la sobrevaloración del papel de la tecnología nos ha llevado a entender mal las alternativas que se les ofrecían a los hombres del pasado. Hemos olvidado, o menospreciado, toda una serie de elementos que se integraban en el pensamiento de Bacon, Newton o Leibniz (los hemos descartado como restos de un programa «mágico», de carácter no científico) y, al hacerlo, no nos hemos percatado de que estábamos renunciando también al viejo sueño de Galileo de hacer una ciencia que sirviese a la vez para comprender la naturaleza y el hombre, y que hemos emprendido un camino distinto: el que fijaron aquellos que le condenaron, no tanto porque estuviese subvirtiendo la imagen astronómica del mundo, como porque podía poner en peligro su estabilidad social.<sup>236</sup> Esto nos ha conducido a la dependencia respecto de una tradición tecnológica que a veces ha acabado mostrándose estéril, y a desdeñar la posibilidad de buscarle alternativas —de volver a caminos abandonados en alguna encrucijada del desarrollo científico-técnico del pasado—, a la vez que ha favorecido que nuestro sistema educativo se dedique a formar

236. La exploración de estas ideas obligaría a una larga lista bibliográfica. La limitaré a dos citas fundamentales. Por un lado, la de algunos libros de Margaret C. Jacob, como *The cultural meaning of the scientific revolution*, Nueva York, Knopf, 1988; *The radical Enlightenment*, Londres, Allen and Unwin, 1981, o el ya mencionado *Living the Enlightenment*. Por otro, las espléndidas páginas que Eugenio Garin dedica a Galileo en *Umanisti artisti scienziati*, Roma, Riuniti, 1989.

especialistas estrechamente condicionados por las vías de desarrollo científico establecidas, menospreciando el caudal de ideas creativas que podrían ofrecernos los «generalistas» ilustrados, capaces de enfrentarse imaginativamente a los nuevos problemas.

Todo esto, que en una formulación tan apretada puede parecer muy abstracto, tiene aplicaciones concretas al caso español, como puede mostrar un ejemplo que tiene dos vertientes: una que se refiere a la interpretación del pasado y otra que, basándose en éste, tiene que ver ante todo con el presente.

Entre quienes han estudiado el proceso industrializador en la península hay dos escuelas netamente enfrentadas, que no se distinguen por apoyar las opciones de «proteccionismo» o «librecambismo», como se sostiene cuando se quiere descalificar de manera simplista a los partidarios de la «industrialización». Lo que sostienen los últimos no es la necesidad de unos aranceles «protectores», sino la de todo el complejo de una «política industrializadora», y piensan que los gobiernos españoles del siglo XIX fracasaron al mostrarse incapaces de entender la necesidad de una línea de actuación que tuviese en cuenta las necesidades y las circunstancias del país y que atendiera, sobre todo, al desarrollo del mercado interior,<sup>237</sup> como lo hicieron en aquellos años los de Francia o Alemania. Los contradictores de estos «industrialistas», ultraliberales partidarios de unos modelos de crecimiento dentro de un marco de

237. • Idea que debemos, entre otras razones, a haber leído con más atención que nuestros amigos «liberales» a Adam Smith: véase, por ejemplo, *Wealth of nations*, II, 5.

especialización internacional (que son los que llevaron a la ruina, por ejemplo, a los países latinoamericanos que adoptaron esta misma filosofía), hablan en nombre de la «teoría económica» neoclásica, olvidando que estos modelos se encuentran hoy desprestigiados y que los economistas han acabado adoptando visiones más realistas de la evolución económica, que no presuponen ya que una misma fórmula de crecimiento pueda resultar igualmente válida en condiciones distintas, que han abandonado la mitología que hacía del cambio tecnológico el motor fundamental del progreso y hacen hoy afirmaciones como ésta: «el cambio tecnológico, como la evolución, es un proceso no óptimo, en el sentido de que pudimos haberlo hecho mejor, mucho mejor, al mismo nivel de costes y de esfuerzos, y de que sus resultados no son inexorables».<sup>238</sup>

Pero la forma en que entendemos el crecimiento industrial no sólo tiene que ver con nuestra interpretación del pasado, sino también con nuestra postura ante el presente. La actual integración de España en el mercado europeo se asemeja hasta cierto punto a lo que fue el proceso industrializador para las regiones menos dotadas que se incorporaban a un mercado «nacional», sin obstáculos ni defensas «antinaturales». Y los resultados que estamos recogiendo no sólo no nos están llevando a la «universal opulencia» prometida, sino que muestran una serie de efectos negativos, que tal vez hubieran podido evitarse, o por lo

238. Joel Mokyr, «Is economic change optimal?», *Australian Economic History Review*, XXXII, 1 (marzo de 1992), pp. 3-23 (cita de la p. 13). El artículo merece ser leído con detenimiento, porque su interesante argumentación no se agota, en modo alguno, con esta cita, sino que llega a sostener que tampoco el propio «cambio económico», considerado en su aspecto más general, es óptimo.

menos atenuarse, si se hubiese sido capaz de prever con más realismo el futuro, en lugar de confiar ciegamente en la lógica del modelo histórico de crecimiento.

Pondré un ejemplo de lo que quiero decir. En 1985, con motivo del 75 aniversario del Sindicato Minero SOMA-UGT, pude ver en Oviedo cómo un destacado líder del sindicato, que lo era también del PSOE, mantenía un férreo control ideológico para evitar cualquier crítica al partido gobernante, que acababa de adoptar hacia poco el compromiso de ingresar en la Comunidad Económica Europea. A los seis años, el mismo dirigente encabezaba el movimiento de protesta contra una de las consecuencias de este ingreso, al verse obligado a responder al descontento de los trabajadores asturianos que se resistían a aceptar el cierre de su minería del carbón y de su siderurgia. ¿Es posible que en 1985 este dirigente sindical no se diese cuenta de que la liquidación de una minería y una siderurgia no competitivas en el «nuevo mercado ampliado europeo» era una consecuencia cantada de la política que estaba defendiendo? Como lo era, por citar otra de las repercusiones que todos sabíamos entonces que había de producirse, la ruina de la ganadería productora de leche de la cornisa cantábrica o, a causa del sacrificio de cabezas de ganado que esto implica, la de los productores castellanos de cereales para pienso.

Lo peor del caso es que una política de prevención que hubiese paliado estos males era posible hace unos años, pero no lo es hoy. Quienes ahora reclaman al gobierno que «solucione» el problema —que reindustrialice las zonas en crisis, que financie nuevas líneas de producción o que proteja los precios de los productos agrarios— no parecen ha-

ber entendido que al aceptar su política económica (que era la misma que la de la oposición derechista a la cual, como es lógico, tampoco preocupaban las consecuencias sociales de la integración) aceptaron un programa que implicaba ceder la capacidad de decisión en estas materias a un colectivo supranacional en el que ingresábamos como parientes pobres, y que renunciaron con ello, adormecidos tal vez por el sueño de prosperidades sin cuento que les estaban vendiendo, a esta clase de protecciones «antinaturales» que ahora solicitan. («Antinaturales», claro está, en la lógica de las economías dominantes, que son partidarias de esta versión canibalesca del liberalismo, como los tiburones lo serían de la «selección natural», si leyese a Darwin.)

Consumidores de un modelo explicativo del proceso industrializador que, en nombre del progreso colectivo, minimizaba sus consecuencias «sociales» desfavorables —las reducía a ajustes a corto o medio plazo— y se negaba a tomar en serio los sufrimientos que implicaba la expulsión de la tierra del campesino, la pérdida de independencia del artesano, el sacrificio que conllevaba la renuncia a la personalidad del oficio ante el anonimato del trabajo fabril, el malestar ante la ruptura familiar a que obligaba el sometimiento de las esposas y los hijos a la disciplina de la fábrica... ¿entenderemos que lo que estamos viviendo no es más que la repetición de ese proceso de especialización territorial, a escala ampliada, con la diferencia de que ahora nos ha tocado vivirlo desde el lado de los «desindustrializados»?

¿Qué nos reserva el futuro? Siempre hemos estudiado la industrialización como un capítulo necesario de la epo-

peya del ascenso humano, y hemos prestado escasa atención a quienes han intentado explicarnos que tal vez no se produjo de la única forma posible (ni de la más deseable). ¿Seguirán aceptando nuestros estudiantes que les expliquemos ese cuento de hadas que es la visión tradicional de la «Revolución industrial», aunque no les ofrezcamos una argumentación razonable para hacerles aceptar como buenas las jubilaciones anticipadas de sus padres y sus magras expectativas de futuro? ¿Se resignarán al papel que les ha tocado: a un futuro en que probablemente se les destine a ser los albañiles, camareros, ascensoristas, barrenderos o enfermeros de una Europa avanzada, supliendo a los turcos, marroquíes, argelinos, paquistaníes y otros «no europeos», obligados a regresar a sus países de origen por leyes restrictivas y por coacciones y persecuciones «incontroladas»?

Aquí estamos rozando otro terreno en el que nuestra visión de la historia como una invencible marcha hacia el progreso ha hecho aguas. Reflexionando acerca de un libro sobre el «estado racial alemán», un crítico ha hecho notar cuán inadecuado resulta calificarlo de «utopía bárbara», puesto que «no fueron las hordas de Atila o de Gengis Jan las que intentaron convertir esta utopía en realidad. ... Alemania era el país más avanzado y “moderno” de la Europa occidental: un modelo de la civilización occidental».<sup>239</sup> Que buena parte del bagaje racial nazi esté resurgiendo en nuestros días, a cincuenta años de su apa-

239. El libro es el de Michael Burleigh y Wolfgang Ippermann, *The racial state. Germany 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, citado más arriba; la reseña, de C. R. Browning, «Barbarous utopia», *Times Literary Supplement* (20 de marzo de 1992), p. 5.

rente derrota, debe enseñarnos a desconfiar acerca de que el «progreso», por lo menos en el terreno de las ideas, sea un resultado natural y obligado del curso de la historia humana, y a temer que el racismo y el fascismo hayan reaparecido «naturalmente», porque forman parte de esta fase de nuestro modelo de crecimiento económico. Entenderlo así debería permitirnos que nos enfrentásemos de manera más lúcida a las actitudes irracionalistas y violentas de los jóvenes europeos de hoy; a no contentarnos con pensar que se trata de un problema «moral» que puede resolverse por la educación y a indagar seriamente en sus fundamentos, tratando de comprender las razones de su desencanto y de ofrecerles alternativas que contengan alguna esperanza razonable para su futuro.

Una de las primeras cosas que hemos de eliminar de nuestra teoría de la historia es, por consiguiente, la «vía única»: hemos de aprender a pensar el pasado en términos de encrucijadas a partir de las cuales eran posibles diversas opciones, evitando admitir sin discusión que la fórmula que se impuso fuese la única posible (o la mejor), si no queremos seguir condenándonos a repetir los errores de los países pobres que han malgastado sus posibilidades de crecimiento, o resignarnos a aceptar como inevitable el futuro, poco estimulante, que se nos ofrece a nosotros mismos dentro del paraíso europeo («Reservado el derecho de admisión»): Necesitamos repensar la historia para analizar mejor el presente y plantearnos un nuevo futuro, dado que las viejas previsiones en que habíamos depositado nuestras esperanzas se han venido abajo, porque estaban mal fundamentadas.

Esta propuesta de romper la línea continua postulada

por la interpretación histórica establecida no tiene por objeto elucubrar sobre historias «contrafactuales» —incitar a la práctica de ejercicios imaginativos acerca de lo que hubiese ocurrido «si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta»— sino contribuir a la realización de ese tipo de historia que pedía Walter Benjamin, cuando nos proponía elaborar un materialismo histórico liberado de la noción de progreso —que tuvo una función crítica en el siglo XVIII, pero la perdió en el XIX, cuando se popularizó la idea, reforzada por el darwinismo, de que el progreso se realizaba automáticamente—, sustituida por la de «actualización». Un método que procedería arrancando sus objetos de estudio de la continuidad histórica y que tendría como objetivo central «colocar el presente en una situación crítica». Que debería realizar una «revolución copernicana» consistente en invertir la visión tradicional, que considera el pasado como el centro fijo y estable en torno al cual hacemos girar el presente, y situar el presente en el centro de nuestras preocupaciones, utilizando el pasado para hacer «la rotación dialéctica que inspira una conciencia lúcida». Porque debe quedar claro que, incluso para el historiador, «la política tiene preeminencia sobre la historia».<sup>240</sup>

Vivimos momentos de desconcierto ideológico. El espectáculo de unas sociedades europeas en que los propios perjudicados insisten en votar a quienes les están empujando, temerosos de que cualquier cambio pueda em-

240. Los textos de Benjamin empleados proceden de la edición ya citada de *Paris capitale du XIX<sup>e</sup> siècle*, pp. 477, 493 y 495, y de unos textos citados en Susan Buck-Morss, *The dialectics of seeing. Walter Benjamin and the Arcades Project*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1989, pp. 338-344.

peorar todavía más su situación, revela, por una parte, la falta de una conciencia crítica, pero también la pérdida de la fe en cualquier posible programa alternativo. A la tarea de recomponer esta conciencia crítica, de devolver alguna esperanza y de reanimar la capacidad de acción colectiva hemos de contribuir todos. Quienes nos dedicamos a la enseñanza, y en especial a la de las ciencias sociales, tenemos en ella una función esencial. Por desconcertados que nos sintamos, sabemos que nuestra obligación es ayudar a que se mantenga viva la capacidad de las nuevas generaciones para razonar, preguntar y criticar, mientras, entre todos, reconstruimos los programas para una nueva esperanza y evitamos que, con la excusa del fin de la historia, lo que paren de verdad sean nuestras posibilidades de cambiar el presente y construir un futuro mejor.

De entre cuantos enseñan ciencias sociales, esa función recae ante todo en los historiadores. Y está claro que no nos encontramos preparados para asumirla. Necesitamos renovar por completo nuestros «métodos» y enriquecer nuestro bagaje «teórico», lo cual no lograremos sin mucho trabajo colectivo, en colaboración con cultivadores de la filosofía y de otros dominios de las ciencias sociales que compartan nuestras preocupaciones. Y estos colaboradores no sólo hemos de buscarlos en nuestras universidades, o en las de otros países avanzados (económica o tecnológicamente avanzados, lo que no siempre coincide con que lo sean también en el terreno de las ciencias sociales); sino en las de aquellos que se encuentran más cerca de los problemas actuales del subdesarrollo (en África o América Latina, por ejemplo). A la vez que aprendemos a asomarnos a la calle: a aproximar nuestro trabajo al estudio de lo que

sucede a nuestro alrededor. Lo cual, como demuestra el ejemplo de la necesidad de criticar y renovar el modelo de cambio económico, no implica tan sólo la búsqueda de un saber «aplicado», inmediatamente utilizable en la vida cotidiana, sino también la reflexión teórica que ayude a repensar los problemas actuales.

Que la historia sea importante para comprender el mundo nos lo dicen cada día los científicos de otros campos y nos lo demuestran los gobiernos, cuando se esfuerzan en transmitir sus propias «visiones de la historia» a los ciudadanos a través de aparatosos festivales y conmemoraciones en que se malgastan unos recursos que se regatean a los programas de asistencia social (y, por supuesto, a la investigación histórica que no esté dirigida a dar apoyo a estos festivales). Al hablar de «la importancia de la historia», no me estoy refiriendo, claro está, a cuál sea la valoración académica que se hace en la actualidad de ella en nuestras universidades, y hasta estoy dispuesto a conceder que la baja estima en que se la tiene está justificada por nuestro propio abandono. No pienso en términos de prestigio y carrera académica, sino de utilidad social.

En cuanto se refiere a su utilidad social todas las actividades humanas deben ser valoradas, en última instancia, por el servicio que rinden al conjunto de los hombres. De entre las ciencias sociales, la historia tiene el privilegio de ser la que mayores servicios puede rendir, porque es la más próxima a la vida cotidiana y la única que abarca lo humano en su totalidad. Sin olvidar tampoco que, cuando se lo propone, resulta ser la más inteligible para un mayor número de receptores de su mensaje —estudiantes, lectores o espectadores. No importa que ello la haga más

arriesgada; que no permita adornarla con unas apariencias de exactitud que hoy sabemos, además, que no son un criterio de validez científica, sino una mera ilusión.

Merece la pena, pues, que nos esforcemos en recoger del polvo del abandono y el desconcierto esta espléndida herramienta de conocimiento de la realidad que se ha puesto en nuestras manos. Y que nos pongamos, entre todos, a repararla y a ponerla a punto para un futuro difícil e incierto.

## ÍNDICE ALFABÉTICO

- Aftalion, F., 121 n. 219  
*agrarian history of England and Wales, The*, 68
- Ajmatova, Ana, 72 n. 135
- Allen, R. C., 135 n. 234
- Amelang, James S., 83 n. 155
- Anderson, B. S., 83 n. 155
- Annales*, escuela de, 9, 67, 68 n. 120, 81 y n. 152, 82, 106 n. 197
- Appleby, Andrew B., 52 y n. 88
- Arecchi, Tito, 30 n. 43, 31-32
- Ariès, P., 83, 105 y n. 196
- Aron, Jean-Paul, 84 n. 157
- Arrow, K. J., 34
- Bacon, Francis, 136
- Bairoch, Paul, 83
- Bajtín, Mijail, 104 y n. 193, 109 n. 205
- Baker, Keith M., 97-98
- Barrell, John, 71 n. 133
- Basalla, George, 103 n. 191
- Bate, Jonathan, 71 n. 133
- Bates, Marston, 69 n. 124
- Bell, Daniel, 26 y n. 34
- Benjamin, Walter, 89 n. 163, 104 y n. 193, 124, 143 y n. 240
- Berg, M., 44 n. 67
- Béricas, Françoise, 58 n. 102
- Bernal, Antonio-Miguel, 102
- Bettelheim, Bruno, 14 n. 14
- Bideau, A., 59 n. 104
- Biraben, J. N., 58, 83
- Blackburn, Richard James, 12 n. 12
- Blanqui, A., 61 n. 106
- Bloch, Marc, 68, 81  
*Historia rural francesa*, 68
- Bloom, Alan, 89 y n. 165
- Bonacchi, Gabriella, 70 y n. 132
- Boswell, 82
- Botham, 45 n. 71
- Boureau, Alain, 14 n. 14
- Bowley, A. L., 43 n. 66, 45
- Bowman, James, 24 n. 31
- Bramwell, Anna, 67 n. 118
- Braudel, Fernand, 81
- Brecht, Bertolt, 74
- Brown, A. B., 47 n. 75, 53 n. 89, 82
- Browne, M., 44 n. 68

- Browning, C. R., 141 n. 239  
 Brundage, 82  
 Bujarin, N. I., 104  
*El materialismo histórico*, 104  
 Buret, Eugène, 61 y n. 106  
 Burgelin, C., 16 n. 18  
 Burguière, Ancre, 106 n. 198  
 Burleigh, Michael, 14 n. 14, 141 n. 239  
 Bussh, M. L., 125 n. 224  
 Butzer, Karl W., 69 n. 127
- Campbell, Bruce M. S., 68 n. 123  
 Cantor, Georg, 29  
 Caracciolo, Alberto, 70 y n. 132  
 Casanova, Julián, 33  
*La historia social y los historiadores*, 33  
 Celan, Paul, 91  
 Cipolla, Carlo M., 20 n. 23, 23, 26 n. 34, 28, 40-41  
*Allegro ma non troppo*, 28  
*Chi ruppe i rastelli a Monte Lupo?*, 23  
*Entre la historia y la economía*, 40-41
- Clare, John, 64  
 Clark, Gregory, 99 y n. 186, 119  
 Clarke, Linda, 83 n. 156  
 Clout, Hugh, 121 n. 218  
 Cohen, G. A., 12  
 Cohen, Mark Nathan, 47 n. 75, 57-58 y n. 101  
 Cohen, Sande, 18-19, 96  
 Cohn, Bernard S., 132 n. 231  
 Coleman, D. C., 37 n. 60  
 Commoner, Barry, 74 n. 140  
 Compagni, Dino, 18  
 Conrad, 39
- Corbin, 82  
 Cornwall, J. C. K., 49  
 Corvol, André, 68 n. 121, 70 n. 130  
 Crosby, Alfred W., 57, 69 y n. 125  
 Crouzet, 120
- Chandler, William J., 40 n. 64  
 Chartier, R., 106, 111 n. 211  
 Chartres, J., 68 n. 122  
 Chassagne, Serge, 121, 122 n. 220  
 Chaudhuri, K. N., 28-29 y n. 40  
*Asia before Europe*, 28-29  
 Chaunu, Pierre, 83, 106  
 Chomsky, Noam, 117 n. 214
- Darnton, Robert, 92-93 y n. 173  
 Darwin, Charles, 140  
 Daunton, M. J., 37 n. 60, 46 n. 72  
 Davis, N. Z., 20  
*El retorno de Martin Guerre*, 20  
 De Man, Paul, 14-15 y n. 15, 90, 93 y n. 174, 100 n. 187  
 De Vries, Jan, 73 y n. 137, 83  
 Delaporte, 83  
 Deleuze, Giles, 89  
 Delumeau, 84  
 Demangeon, 67  
 Derrida, Jacques, 29, 88 n. 161, 89  
 Dion, Roger, 68 n. 120  
 Doménech, X., 123 n. 222  
 Donoghue, Denis, 15 n. 15, 100 n. 187  
 Dornic, 68 n. 121  
 Dosse, François, 27 y n. 36, 81, 89 y n. 164  
 Duby, Georges, 120  
 Dunn, John, 8 n. 3  
 Duplessy, Jean-Claude, 73 n. 136
- Durant, John, 96 n. 181  
 Dyer, Christopher, 48 y n. 77, 49 nn. 79 y 80, 50, 63 n. 111  
 Dyos, 83
- Eco, Umberto, 20  
*El nombre de la rosa*, 20  
 Eden, Michael J., 76 n. 142  
 Elias, Norbert, 106 n. 197, 108 n. 203  
 Elton, G. R., 17 n. 19  
 Éluard, Paul, 117-118  
 Ellis, John M., 90 n. 167  
 Emerson, C., 104 n. 193  
 Engel, Ernst, 37  
 Engels, F., 10, 61 n. 106  
 Eribon, Didier, 27 n. 37, 89 n. 164
- Fabian, A. C., 31 n. 45  
 Febvre, Lucien, 68, 81  
*La terre et l'évolution humaine*, 67-68  
 Feinstein, Charles, 45  
 Fernández Buey, Francisco, 11 n. 7  
 Fichtenau, Heinrich, 107 n. 200  
 Field, Alexander J., 39 n. 62  
 Fildes, 83  
 Flandrin, Jean-Louis, 82-83  
 Flatrés, Pierre, 68 n. 120  
 Flinn, Michael W., 45 n. 71  
 Florescano, Enrique, 95 n. 179  
 Floud, Roderick, 62, 63  
 Fogel, Robert W., 17 n. 19  
 Forbes, 83  
 Foucault, Michel, 27 n. 37, 29, 83, 89 y n. 164  
 Fukuyama, Francis, 7 y n. 1  
 Fumagalli, 48 n. 77  
 Furet, François, 7 n. 1, 97, 119, 121
- Gadamer, Hans-Georg, 91 y n. 168  
 Galileo, 30, 136 y n. 236  
 Garavaglia, Juan Carlos, 65 n. 114, 77 y n. 146  
 Gardiner, J., 37 n. 60  
 Garin, Eugenio, 136 n. 236  
 Garnsey, Peter, 47 n. 76  
 Geertz, 92  
 Gélis, 83  
 Geremek, B., 83  
 Gimpel, Jean, 128 n. 226  
 Ginzburg, Carlo, 20, 109 n. 204  
*El queso y los gusanos*, 20  
 Glacken, Clarence J., 66 n. 117, 74  
 Gödel, Kurt, 29  
 Godelier, Maurice, 131 n. 230  
 Goody, Jack, 82, 84 n. 157  
 Gould, Stephen Jay, 31 n. 46  
*La vida maravillosa*, 31 n. 46  
 Gramsci, Antonio, 104 y n. 193  
 Green, Bryan S., 94 n. 176  
 Gregory, Annabel, 62, 63  
 Greimas, 29  
 Gresham, 37  
 Gross, Alan G., 96 y n. 181  
 Grossberg, Lawrence, 104 n. 194  
 Guarducci, Annalisa, 70 n. 130  
 Guilaine, Jean, 69 n. 129  
 Guitton, 83  
 Gumilev, L. N., 72 n. 135  
 Gurevich, Aron, 104, 109 n. 205, 110, 112  
 Guzmán, Abimael, 10
- Hacking, Ian, 30 n. 42  
 Hartman, 98  
 Hegel, G. W. F., 7 y n. 2, 8  
*Filosofía del derecho*, 7 n. 2  
*La razón en la historia*, 7 n. 2



- Heidegger, Martin, 88 n. 161, 89  
 Heiser, Charles B., Jr., 84 n. 157  
 Hennock, E. P., 43 n. 66  
 Henry, Louis, 82 n. 153  
 Heródoto, 23  
 Hewitt, K., 54 n. 93, 73 n. 138  
 Hey, D., 68 n. 122  
 Hilbert, David, 29  
 Hill, Christopher, 8 y n. 4, 104, 119  
 «¿Funerales prematuros?», 8  
 Himmelfarb, Gertrude, 23-24, 88  
 y n. 162  
 Hirsch, Jean-Pierre, 122 y n. 221  
 Hobbelink, Henk, 129 n. 228  
 Hoffman, Philip, 68 n. 121  
 Holub, Miroslav, 59-60  
 Hollingsworth, T. H., 82 n. 153  
 Hopkins, S. V., 44 n. 68, 63  
 n. 111  
 Hudson, P., 44 n. 67  
 Hume, David, 19 n. 22  
 Hunt, Lynn, 45 n. 71, 92 n. 172,  
 97, 105 n. 195
- Ignatieff, M., 83-84
- Jacob, Margaret C., 95 n. 178, 102  
 n. 189, 136 n. 236  
 Jakobson, Roman, 29  
 James, N. D. G., 70 n. 130  
 Jameson, Frederic, 88, 89 n. 163  
 John Birch Society, 50  
 John M. Olin Foundation, 7  
 Jones, Colin, 97-98 y n. 183  
 Jóvenes Turcos, 119  
 Joyce, Patrick, 87 n. 160
- Kadish, Alon, 35 n. 55  
 Kantorowicz, Ernst H., 13, 14 n.  
 14, 93  
*Los dos cuerpos del rey*, 13-14  
 Kaye, Harvey J., 104 n. 193  
 Kindleberger, Charles P., 35 y n.  
 54, 36 y n. 56, 37  
 Kipling, Rudyard, 132  
 Klee, Gary A., 70 n. 130  
 Kloppenburg, Jack R., 69 y  
 n. 126  
 Knight, Alan, 119-120 y n. 217, 123  
 Kojève, 8  
 Komlos, John, 61-62 y n. 108  
 Korinman, Michel, 128  
 Kuper, A. y J., 101 n. 188
- LaCapria, Dominick, 92  
 Lachiver, Marcel, 54 n. 94  
 Lamb, H. H., 72 n. 134  
 Laplace, P. S., 30, 31  
 Laslett, Peter, 52, 83  
 Le Goff, Jacques, 105 n. 196, 106  
 y n. 199  
 Le Lionnais, François, 15 n. 16  
 Le Roy Ladurie, E., 71-72, 120  
 Leboutte, R., 46 n. 72  
 Lee, R. D., 53 n. 91  
 Lehman, David, 94 n. 175  
 Leibniz, J. W., 136  
 Lenin, V. I., 10  
 Lescure, Jean, 94 n. 177  
 Lévi-Strauss, Claude, 29  
 Levine, Andrew, 12 y n. 11  
 Lévy-Bruhl, 107  
 Lévy-Leboyer, 120  
 Lindert, Peter, H., 50  
 Lowenthal, 96 n. 180  
 Lukács, G., 104 y n. 193

- Lloyd, G. E. R., 107-108 y n. 210
- Macera Pablo, 126  
 MacLachlan, Colin M., 97 y n.  
 182  
 Maczac, A., 70 n. 130  
 Maidment, B. E., 98 n. 184  
 Malthus, T. R., 47 n. 73, 74, 55, 57  
 Mandelbrot, Benoît, 30 n. 42  
 Mao Tse-tung, 10  
 Martin, Henri-Jean, 111 n. 211  
 Martin, John, 109 n. 204  
 Martínez Alier, Joan, 65 n. 114, 67  
 n. 118, 77 y n. 145  
 Marx, Karl, 9 n. 5, 10-11, 12 n. 12,  
 13, 61 n. 106, 103, 131  
*El capital*, 10, 131  
 McClelland, Keith, 104 n. 193  
 McCloskey, Donald N., 34 n. 52,  
 37, 41  
 McKeown, Thomas, 57  
 McNeill, 55  
 Mennell, Stephen, 84 n. 157  
 Mercer, Alex, 58, 59 n. 103  
 Meuvret, 51  
 Meyer, 39  
 Middlekauff, Robert, 21 n. 25  
 Milton, 104  
 Moers, Colin, 12 n. 11  
 Mokyr, Joel, 138 n. 238  
 Montanari, Massimo, 48 n. 77  
 Morel, Pierre, 73 n. 136  
 Morson, G. S., 104 n. 193  
 Muchembled, Robert, 108  
 Muir, Edward, 20 n. 24  
 Mulliez, Jacques, 135 n. 234  
 Mumford, Lewis, 69 n. 124  
 Murra, John V., 75 y n. 141
- Nadkerni, M. V., 76 n. 143  
 Nash, Mary, 83 n. 155  
 Nelson, Cary, 104 n. 194  
 Newell, William Henry, 120 n. 218  
 Newman, Lucile F., 47 n. 75, 55 n.  
 95  
 Newton, Isaac, 30, 136  
 Nieto de Valcárcel, Juan, 55-56 y  
 n. 96  
 Nietzsche, F., 8  
 Nora, P., 106 n. 199  
 North, Douglas C., 40 n. 63
- O'Grada, C., 135 n. 234  
 Ortiz de Montellano, Bernard, 48  
 n. 78, 53 y n. 90  
 Orwell, George, 52-53 y n. 89  
 Oulipo (Ouvroir de Littérature Po-  
 tentielle), 15 y n. 16, 94 y n.  
 177  
 Overton, Mark, 68 n. 123  
 Ozouf, M., 121
- Palerm, Ángel, 75 y n. 141  
 Pancino, 83  
 Parker, W. N., 34 n. 53, 70 n. 130  
 Parry, M. L., 72 n. 134  
 Patnaik, Utsa, 55 n. 95, 129 n. 228  
 Pelling, 83  
 Penn, S. A. C., 49 n. 79, 63 n. 111  
 Perec, Georges, 15, 16  
*La vie. Mode d'emploi*, 15  
 Pérez Moreda, Vicente, 51  
 Persall, D. M., 48 n. 78  
 Phelps Brown, H., 44, 63 n. 111  
 Pick, Daniel, 61 n. 107  
 Pinkney, Tony, 104 n. 192  
 Plant, Raymond, 7 n. 2

- Ponting, Clive, 66 n. 116  
*A green history of the world*, 66 y n. 116
- Popper, K. L., 25-26, 30  
*La miseria del historicismo*, 25-26
- Porter, Roy, 58 n. 101, 83
- Post, John D., 53-54, 73 n. 138
- Pounds, N. J. G., 67  
*An historical geography of Europe*, 67
- Price, Roger, 121 n. 218
- Prigogine, Ilya, 31
- Purchasing Power Parity, 46
- Quaderni storici*, 20
- Queneau, Raymond, 15 y n. 16
- Rabb, T. K., 50 n. 83, 73 n. 137
- Ramella, Franco, 20 n. 23
- Ratzel, Friedrich, 69 n. 128
- Reddy, William M., 122 n. 220
- Reher, D., 59 n. 104
- Revel, Jacques, 106
- Ricardo, David, 41
- Rorty, Richard, 30 n. 41, 80 n. 149, 88 y n. 161, 91 nn. 168 y 169
- Rossi, P., 61 n. 106
- Rostow, W. W., 99 y n. 186
- Rotberg, R. I., 50 n. 83, 73 n. 137
- Rubbia, Carlo, 134 n. 233
- Ruggiero, Guido, 20 n. 24
- Ryan, Alan, 8 n. 3
- Sabel, Ch., 135 n. 235
- Sahlins, Marshall, 57
- Said, Edward W., 90 n. 167
- Sauer, Carl O., 69 y n. 124
- Sayer, Derek, 11 n. 8, 12
- Sciascia, 23 n. 29
- Schama, Simon, 21 y n. 26, 22-23 y n. 29  
*Citizens: A chronicle of the French Revolution*, 22  
*Dead certainties (Unwarranted speculations)*, 22
- Schneider, J., 132 n. 231
- Schofield, R., 52 n. 88, 59 n. 104
- Scholliers, Peter, 45 n. 69, 46 n. 72
- Schwartz, H., 45 n. 71, 84 n. 157
- Sedillot, R., 121 n. 219
- Secombe, Wally, 83 n. 154
- Seku Ture, 134
- Sen, Amartya, 49 y n. 81, 54, 55 n. 95, 64
- Sendero Luminoso, 10, 117
- Serres, Michel, 102 n. 190
- Shanin, Teodor, 11 n. 9, 131 n. 230
- Shiach, Morag, 98 n. 184
- Shorter, 82
- Simpson, Louis, 92 n. 170
- Smith, Adam, 12, 131, 137 n. 237
- Smith, Dennis, 22 y n. 27, 33 n. 51
- Smith, F. B., 57 n. 98
- Snell, K. D. M., 64
- Snooks, G. D., 38 n. 61
- Snow, C. P., 26  
 «Las dos culturas y la revolución científica», 26
- Sober, Elliott, 12 y n. 11
- Söderberg, J., 46 n. 71
- Solow, R. E., 34 y n. 53
- Sonenscher, Michael, 44
- Sorre, 67
- Souza Amado, P. Joze de, 56 n. 97
- Spierenburg, Pieter, 84, 108 n. 203
- Stalin, I., 10

- Stewart, Ian, 30 nn. 42 y 44
- Stone, Lawrence, 87 y n. 160
- Super, John C., 48 n. 78
- Sutherland, John, 93 n. 173
- Walter, J., 52 n. 88
- Wallerstein, Immanuel, 31 n. 47
- Wallon, 120
- Wang, 29
- Washington, Peter, 90 y n. 166
- Watts, Michael, 54 n. 93
- Wear, Andrew, 58 n. 101
- Weiner, A. B., 132 n. 231
- Wells, Roger, 47 n. 73
- White, Hayden, 17 y n. 19, 18, 80-81, 92 y n. 171
- Wiener, J., 7 n. 1
- Williams, Raymond, 104 y n. 192
- Williamson, J. G., 47 n. 73, 50
- Wing, Elizabeth S., 47 n. 75, 53 n. 89
- Wippermann, Wolfgang, 14 n. 14, 141 n. 239
- Wolfe, general, 22
- Wood, George H., 43 n. 66
- Wolf, Stuart, 83
- Wordsworth, William, 71
- Woronoff, 68 n. 121
- Worster, Donald, 70 y n. 131
- Wright, Erik Olin, 12 y n. 11
- Wright, T. C., 48 n. 78
- Wrigley, E. A., 52 n. 87
- Zamagni, Vera, 46, 64
- Zeitlin, J., 135 n. 235
- Zinsser, Judith P., 83 n. 155
- Zysberg, 84
- Taylor, A. J., 47 n. 73
- Taylor, Gary, 89 n. 165, 91 n. 169
- Temin, Peter, 33
- Teuteberg, Hans J., 47 n. 74, 84 n. 157
- Thomas, William L., Jr., 69 n. 124
- Thompson, E. P., 20, 51, 79-80, 99 n. 185, 104, 109 n. 205, 110, 115 n. 213
- Thompson, Paul, 84 n. 158
- Totman, Conrad, 76 n. 144
- Tucidides, 23
- Tunzelmann, von, 45 n. 71
- Veeser, H. Aram, 92 n. 171
- Vidal de la Blache, 67
- Vigie, 84
- Vilar, Pierre, 114
- Villermé, 61
- Voltaire, 78
- Vovelle, Michel, 83, 106, 111 y n. 209
- Wachter, Kenneth, 62, 63
- Wada, Haruki, 131 n. 230

Historia, espacio y recursos naturales: de la geografía humana a la «ecohistoria» . . . . . 65  
 El cientifismo y la desintegración de la historia . . . . . 79  
 Historia y análisis del discurso . . . . . 87  
 Viejos campos en proceso de renovación: historia de la cultura, historia de las mentalidades . . . . . 101  
 Después de la tormenta «revisionista»: una primera ojeada a la situación actual . . . . . 113  
 ¿Qué historia para mañana? Reflexiones para una renovación más substancial . . . . . 127  
 Índice alfabético . . . . . 147

ÍNDICE

La historia después del fin de la historia . . . . . 7  
 El retorno a la historia narrativa: un indicador de problemas y una falsa solución . . . . . 17  
 La ilusión cientifista . . . . . 25  
 La «cliometría» . . . . . 33  
 Un ejemplo concreto: el problema del nivel y de la calidad de vida . . . . . 43  
 Historia, espacio y recursos naturales: de la geografía humana a la «ecohistoria» . . . . . 65  
 El cientifismo y la desintegración de la historia . . . . . 79  
 Historia y análisis del discurso . . . . . 87  
 Viejos campos en proceso de renovación: historia de la cultura, historia de las mentalidades . . . . . 101  
 Después de la tormenta «revisionista»: una primera ojeada a la situación actual . . . . . 113  
 ¿Qué historia para mañana? Reflexiones para una renovación más substancial . . . . . 127  
 Índice alfabético . . . . . 147

## HISTORIA DESPUÉS DEL FIN DE LA HISTORIA

Este libro aspira a ayudar a quienes se interesan por el estudio de la historia y, muy en especial, a quienes se dedican a su enseñanza y a orientarse en el laberinto de un presente de confusión. Tras el fracaso de las expectativas depositadas en las formas catequísticas del marxismo como alternativa a la enseñanza y la investigación tradicionales, estamos asistiendo a la recuperación de la historia narrativa presentada como una forma expositiva neutra y libre de carga ideológica, al afán por imitar mecánicamente los métodos de otras disciplinas «más científicas», a la sustitución del estudio de los problemas reales de los hombres por el de los discursos que se refieren a ellos o al intento de hacer de las representaciones mentales el motor fundamental de la historia, lo que nos hace repetir los mismos errores de enfoque mecanicistas que ya hemos pasado. Frente a esta reacción de escapismo ante la pérdida de las viejas andaderas, el profesor Fontana apela a la necesidad de recuperar las señas de identidad de una historiografía crítica («globalización» y la «politización»), propone aprender a pensar en términos de encrucijadas (y no sólo de una «vía única») e incita a los historiadores a situar el presente en el centro de sus preocupaciones. A la tarea de recomponer una conciencia colectiva y de reanimar la capacidad de acción colectiva desde luego todos debemos contribuir, pero de un modo especial los historiadores, porque su obligación, nos dice Fontana, «es ayudar a que se mantenga viva la capacidad de las nuevas generaciones de razonar, preguntar y criticar, mientras, entre todos, reconstruimos los programas para una nueva esperanza y evitamos caer en la excusa del fin de la historia, lo que paraliza de verdad nuestras posibilidades de cambiar el presente y construir un futuro mejor».

ISBN 84-7423-561-8



9 788474 235616